



# **Embarazos, Maternidades y Sexualidad:**

*Derechos Sexuales y Reproductivos de  
Mujeres Jóvenes en Procesos de Inserción Social*



# Embarazos, Maternidades y Sexualidad:

*Derechos Sexuales y Reproductivos de  
Mujeres Jóvenes en Procesos de Inserción Social*



# Embarazos, Maternidades y Sexualidad:

*Derechos Sexuales y Reproductivos de  
Mujeres Jóvenes en Procesos de Inserción Social*

Asociación  
**TNT**  
Tiempos Nuevos Teatro  
"Haciendo Cotidiano el Arte"

  
**Casa de  
Encuentro**  
Mujeres en el camino

 **HEINRICH BÖLL STIFTUNG**  
**SAN SALVADOR**  
El Salvador | Costa Rica | Guatemala |  
Honduras | Nicaragua

Tiempos Nuevos Teatro (TNT), San Salvador, El Salvador, 2020

Investigadores principales

Cándida Irene Chévez Reinoza/ James Alexander Melenge Escudero

Asistente de investigación

Daniela Lisette Galán Blanco

EMBARAZOS, MATERNIDADES Y SEXUALIDAD. Derechos Sexuales y Reproductivos de Mujeres Jóvenes en Procesos de Inserción Social. San Salvador: Tiempos Nuevos Teatro, 2020.

Diseño y diagramación

Rodolfo Melgar

Corrección y estilo

Nelly Chévez

Bajo el auspicio de la Fundación Heinrich Böll / Heinrich Böll Stiftung  
Oficina San Salvador

Representación: Marco Pérez-Navarrete, Programa Democracia  
[www.sv.boell.org](http://www.sv.boell.org) / [www.boell.de](http://www.boell.de)

Desde la mujer que soy,  
a veces me da por contemplar  
aquellas que pude haber sido;  
las mujeres primorosas,  
hacendosas, buenas esposas,  
dechado de virtudes,  
que deseara mi madre.  
No sé por qué  
la vida entera he pasado  
rebelándome contra ellas.  
Odio sus amenazas en mi cuerpo.  
La culpa que sus vidas impecables,  
por extraño maleficio,  
me inspiran.  
Reniego de sus buenos oficios;  
de los llantos a escondidas del esposo,  
del pudor de su desnudez  
bajo la planchada y almidonada ropa  
interior.  
Estas mujeres; sin embargo,  
me miran desde el interior de los espejos,  
levantan su dedo acusador  
y, a veces, cedo a sus miradas de reproche  
y quiero ganarme la aceptación universal,  
ser la «niña buena», la «mujer decente»  
la Gioconda irrepachable.  
Sacarme diez en conducta  
con el partido, el estado, las amistades,  
mi familia, mis hijos y todos los demás seres  
que abundantes pueblan este mundo  
nuestro.  
En esta contradicción inevitable  
entre lo que debió haber sido y lo que es,  
he librado numerosas batallas mortales,  
batallas a mordiscos de ellas contra mí  
—ellas habitando en mí queriendo ser yo  
misma.  
Transgrediendo maternos mandamientos,  
desgarro adolorida y a tropicónes  
a las mujeres internas

que, desde la infancia, me retuercen los  
ojos  
porque no quepo en el molde perfecto de  
sus sueños,  
porque me atrevo a ser esta loca, falible,  
tierna y vulnerable,  
que se enamora como alma en pena  
de causas justas, hombres hermosos,  
y palabras juguetonas.  
Porque, de adulta, me atreví a vivir la niñez  
vedada,  
e hice el amor sobre escritorios  
—en horas de oficina y  
rompí lazos inviolables  
y me atreví a gozar  
el cuerpo sano y sinuoso  
con que los genes de todos mis ancestros  
me dotaron.  
No culpo a nadie. Más bien les agradezco  
los dones.  
No me arrepiento de nada, como dijo la  
Edith Piaf.  
Pero en los pozos oscuros en que me  
hundo,  
cuando, en las mañanas, no más abrir los  
ojos,  
siento las lágrimas pujando;  
veo a esas otras mujeres esperando en el  
vestíbulo,  
blandiendo condenas contra mi felicidad.  
Impertérritas niñas buenas me circundan  
y danzan sus canciones infantiles contra mí  
contra esta mujer  
hecha y derecha,  
plena.  
Esta mujer de pechos en pecho  
y caderas anchas  
que, por mi madre y contra ella,  
me gusta ser.

*("No me arrepiento de nada", Gioconda Belli)*



# Índice

## **Presentación** | 11

### **CAPITULO 1**

Embarazos y maternidades adolescentes: Contextualización de una problemática creciente | 17

### **CAPITULO 2**

Caminos y equipajes de investigación: Aproximaciones metodológicas | 35

### **CAPITULO 3**

Embarazos, maternidades y sexualidad: Hallazgos y reflexiones | 45

### **CAPITULO 4**

Pensar los derechos sexuales y reproductivos: Una propuesta para procesos de inserción social | 97

## **CONCLUSIONES GENERALES** | 107

## **Referencias bibliográficas** | 113

### **ANEXOS**

Relatos para hablar sobre derechos sexuales y reproductivos | 117



# Presentación

Desde el 2015 la Asociación Tiempos Nuevos Teatro (TNT) inició un trabajo con mujeres adolescentes y jóvenes del Centro Femenino para la Inserción Social del Instituto Salvadoreño para el Desarrollo Integral de la Niñez y la Adolescencia (ISNA) a través de una propuesta de arte y cultura que buscaba contribuir a brindar una mejor calidad de vida por medio de la sensibilización y humanización que traen consigo las artes. Este esfuerzo llevó a la creación de la Orquesta de Cuerdas, una experiencia de formación musical de instrumentos de cuerda, como el violín, la viola y el violonchello.

Lo que inició como un proyecto de atención para mujeres jóvenes privadas de libertad, tres años después se convirtió en una propuesta integral de un modelo de inserción social cuyos ejes transversales son el arte, la cultura y los derechos humanos. “Mujeres en el camino” era una propuesta que iniciaba durante las medidas de internamiento, pero continuaba acompañando a las jóvenes al momento de obtener su libertad, convirtiéndose así en un puente que conectaba con un nuevo proyecto de vida en condiciones más dignas.

Durante estos cinco años de trabajo, TNT contó con el apoyo de organizaciones y cooperantes, como la Unión Europea, el Ayuntamiento de Barcelona, la Agencia Catalana para el Desarrollo, el Colegio de Abogados de Barcelona, Fundación Heinrich Boll Oficina San Salvador para Centroamérica, IM Suecia, Huacal, con quienes se ha logrado mantener este esfuerzo e ir al mismo tiempo incorporando otros procesos complementarios, que han sido indispensables para pensar la inserción social de las jóvenes.

En el 2017 con el apoyo de Fundación Heinrich Boll se sistematizó la experiencia de la Orquesta de Cuerdas, un primer esfuerzo narrativo que mostraba cómo la música había transformado la vida de un grupo de mujeres jóvenes y les había permitido construir nuevos horizontes y sueños. Además, reflexionaba sobre la Orquesta como un espacio donde

se encontraban jóvenes privadas de libertad vinculadas a diferentes pandillas, superando estereotipos y prejuicios acerca de la posibilidad de trabajar juntas y tejer nuevos vínculos. Esta experiencia permitió pensar el arte como un espacio y al mismo tiempo como una oportunidad de mediación no solo entre jóvenes vinculadas a diferentes pandillas sino también entre ellas y la sociedad. “LiberArte” (Melenge y Chévez, 2018) fue un ejercicio que permitió explorar los procesos y desafíos de la inserción social y el papel transformador del arte en estos espacios.

Esta ventana nos llevó a un segundo momento caracterizado por las historias de vida de las jóvenes que formaban parte de la Orquesta y el deseo por conocer qué pasaba en El Salvador con las mujeres que se veían involucradas por distintas razones con pandillas. Es así como un año de diálogos y conversaciones permitió ver nacer a “Las Guapas: Historias de vida, amor y libertad” (Chévez y Melenge, 2019), cuatro relatos cortos de la vida de mujeres jóvenes en conflicto con la ley, quienes siendo adolescentes fueron condenadas a cumplir medidas de internamiento por diferentes delitos en el Centro para la Inserción Social del ISNA. Un texto que permitió conocer las condiciones y experiencias de vida que han transitado las jóvenes en contextos precarizados y cómo estas situaciones las han expuesto a ser parte de historias de violencia, pero al mismo tiempo de transformación y construcción de proyectos de vida diferentes.

En estos años, hemos reconocido las diversas limitantes que enfrentan las mujeres jóvenes en sus procesos de inserción social, hace tres años iniciamos esta línea de investigación con el objetivo de conocer cómo el ser mujer y joven implicaba discriminaciones y brechas de desigualdad en este camino. Desde la sistematización y la narrativa nos ha acompañado un genuino deseo por comprender estas vidas que siempre se han desarrollado a los márgenes de las políticas públicas. Nacer mujer y en condiciones de pobreza es una doble condición que las expone a una serie de vulneraciones a lo largo de su vida. Ser además joven y haber estado privada de libertad, vuelve el escenario cuesta arriba para la construcción de sus proyectos personales. ¿Cómo se cons-

truyen biografías propias en medio de contextos vulnerados y violentos? ¿Cómo se forma una vida en procesos de descapitalización, donde la autonomía, económica y familiar, la capacidad de agencia, el compromiso y la libertad son balanceados por las opciones subjetivas y la posibilidad de imaginar el futuro, las posibilidades de tener acceso a estudios, trabajo y de contar con los recursos necesarios para atender las necesidades más básicas para la vida? ¿Cómo se gestiona la sexualidad y el cuerpo de las mujeres en estos escenarios?

En medio de todas las interrogantes que nos han acompañado, siempre ha existido un interés por hablar de la experiencia de la maternidad, los derechos sexuales y reproductivos en las mujeres que viven estos procesos de inserción. Sin ser una característica exclusiva de este grupo, hemos observado la temprana edad en la que se convierten en madres, algunas de ellas viviendo embarazos adolescentes entre los 12 y 15 años, es decir, llegaron al centro siendo madres y otras, lo han sido durante el primer año posterior a obtener su libertad. Han existido diversos esfuerzos por desarrollar programas de educación sexual, en derechos sexuales y reproductivos y programas de atención en salud sexual. Sin embargo, ninguna de estas estrategias pareciera dar los resultados esperados.

Pese a que las jóvenes que hemos conocido expresan deseos por planes de estudios, mejorar sus vidas laborales, su condición económica y continuar sus proyectos artísticos, al obtener la libertad muchas de ellas se convierten de manera prematura en madres, lo cual por su contexto socioeconómico les limita continuar con sus otros planes. Es por ello que surge el interés por comprender el significado de la maternidad para las jóvenes y el reconocimiento que ellas tienen de sus derechos sexuales y reproductivos como una manera de contar con más elementos para el desarrollo de programas de acompañamiento dirigidos a mujeres jóvenes en estos contextos.

La presente investigación no proporciona respuestas definitivas ni exhaustivas con relación al tema de embarazos en jóvenes durante sus procesos de inserción social. Mucho menos, tiene el interés de hacer generalizaciones sobre esta temática. La principal intención es aportar a las discusiones y debates que se generan en este tema desde otras miradas, desde otras voces para dar algunas luces sobre esta compleja situación. Esta investigación tiene como objetivo describir la experiencia del embarazo y la maternidad desde el punto de vista de las jóvenes que la han vivido. El papel de los investigadores se asume desde un rol de intermediarios entre el punto de vista interno que es el de las jóvenes y el del exterior a ellas, que en muchos de los casos es representado por instituciones que intentan acompañar en estas áreas, pero algunas veces, sin una mala intención, generan conclusiones adelantadas o prejuiciadas sobre este tema que llevan al desarrollo de propuestas poco eficaces y de poco interés para las jóvenes. Todo esto nos lleva al propósito de lograr comprender esta experiencia, pero comprender desde un sentido Weberiano que implica ponerse en el lugar de las personas y comprender la intencionalidad de sus acciones (Von Wright, 1987).

Los objetivos específicos de esta investigación son describir el contexto del embarazo de las jóvenes que se encuentran en procesos de inserción social, explorar los significados de la experiencia de la maternidad en este contexto e identificar el reconocimiento que tienen de sus derechos sexuales y reproductivos.

La metodología cualitativa genera conocimiento sobre la manera de actuar (Hammerleys, 1992) y como lo explica Strauss (1978), da la clave para una intervención eficaz y ética pues aprehende la esencia de la realidad. Los estudios cualitativos contribuyen a crear una posición en el lector (Cheek, 1996) a partir de la cual se pueden identificar acciones específicas para los diferentes contextos en un momento determinado. Considerando esto, se espera que la presente investigación contribuya a la construcción de propuestas de acompañamiento en derechos sexuales y reproductivos que sean más eficaces, relevantes

y aceptables para mujeres adolescentes y jóvenes que se encuentran en procesos de inserción social.

Los cuatro capítulos que conforman este libro recogen el desarrollo y los hallazgos de la investigación sobre embarazos, maternidades y sexualidad de mujeres jóvenes en procesos de inserción social. El primer capítulo introduce algunos aspectos teóricos, conceptuales y de contexto relevantes para la investigación, proporcionando significado y justificación de la misma. Se presentan datos sobre el embarazo adolescente en la región Latinoamericana y El Salvador, sus consecuencias, el manejo que se ha dado desde la política pública, además de algunas investigaciones previas que se han realizado. A este capítulo le sigue uno en el que se describen las características de la metodología cualitativa y cómo se llevó a cabo esta investigación.

Los hallazgos y reflexiones se han organizado en el capítulo tres por medio de cuatro apartados (a) “Comenzar de nuevo”: Contextos del embarazo en procesos de inserción social; (b) “La Ilusión de la maternidad”: Reconstrucción de vínculos afectivos; (c) “Reelaborar la vida”: Significados de la maternidad; y (d) “Derechos sexuales y reproductivos”: Una deuda con las jóvenes en procesos de inserción social. El capítulo cuatro propone algunas recomendaciones para el desarrollo de propuestas de acompañamiento en derechos sexuales y reproductivos.





# Capítulo 1

**Embarazos y maternidades adolescentes:  
Contextualización de una problemática creciente**



## Embarazos y maternidades adolescentes

A lo largo de los años son diversas las tradiciones del pensamiento que han realizado un sinnúmero de producción científica en torno a los embarazos y maternidades adolescentes, mucha de esta producción realizada en contextos vulnerados como Latinoamérica, estableciendo relaciones con otras variables como el contexto socioeconómico, la cultura, aspectos de carácter religioso, escolaridad, entre muchos otras. Y es en el transitar por esta producción científica, que es posible evidenciar una tendencia en torno a identificar los embarazos y las maternidades adolescentes en plural, es decir, no es posible afirmar que el embarazo y la maternidad sea vivida de la misma manera por dos mujeres adolescentes, sobre todo cuando se tiene presente la relación con las variables antes descritas. (Atkin, 1994; Pick de Weiss, 1994; Fernández, 1994; Stern y García, 1996; Piñero, 1998; Kaplan y Fainsod, 2001; Alcalntara y Fansoid, 2005; Fainsod, 2006).

Otra tendencia identificada en esta revisión está orientada a concebir el embarazo y la maternidad adolescente como situaciones de riesgo (Morgade y Alonso, 2008). Por un lado, se las entiende como situaciones de riesgo biológico, debido a la temprana edad en la que ocurren dichos embarazos y, en efecto, las maternidades pueden traer consigo situaciones adversas tanto en la salud de la madre como en la del bebé. (nacimientos prematuros, bajo peso al nacer, impactos en la morbilidad y natalidad maternal y perinatal).

Desde esta misma perspectiva del riesgo, también se le ha considerado como una situación de riesgo social, dado que el ser madre en esta etapa vital, puede llegar a traer consigo el abandono de los estudios y la inmediata exclusión en el mercado laboral. Siendo este uno de los argumentos atribuidos a los fenómenos causantes de la pobreza. En este sentido Morgade y Alonso consideran que:

Desde los argumentos planteados, y por sus consecuencias negativas, el embarazo y la maternidad se conciben como fenómenos que no debieran ocurrir en esta etapa vital. Tras estas argumentaciones está implícito un parámetro de normatividad respecto del ser adolescente y del ser mujer que, amparado en una supuesta objetividad, propone al embarazo y a la maternidad adolescente como diferencias deficientes. Tomando como parámetro adolescente el burgués, blanco, masculino y heterosexual, se construye un deber ser donde toda diferencia se constituye en desvío deficitario. (p.101).

Asimismo, en una tercera tendencia, a estas adolescentes embarazadas, se les suele atribuir conductas basadas en la irresponsabilidad y la inmadurez, propias de los contextos de socialización familiar disfuncionales de los cuales provienen. Bajo el supuesto de que la adolescencia es una etapa universal del desarrollo humano, se ha planteado que el embarazo y la maternidad adolescente son problemas para los cuales hay causas y efectos positivistas, es decir: generalizables, controlables y previsibles. La sola presentación de la adolescencia como una etapa universal, desconoce totalmente las múltiples significaciones y prácticas adolescentes que dan cuenta de las desigualdades de clase, género, etnia y etaria. De esta manera, se hace eficaz, en términos simbólicos, un sistema de representaciones que legitima y refuerza un orden social determinado.

Estas perspectivas han generado un terreno fértil para la construcción de discursos y prácticas que, incluso bajo la bandera de la igualdad, han tenido efectos catastróficos en la subjetividad y la experiencia de los sujetos. Al naturalizar e individualizar lo social desde esta perspectiva, se consolida la culpabilización y la estigmatización de quienes ya se encuentran fragilizados y vulnerados.

## Situación en Latinoamérica y el Caribe

En Latinoamérica y el Caribe cuenta con la segunda mayor tasa de embarazo adolescente del mundo, con 66.5 nacimientos por cada mil jóvenes entre el período 2010-2019, tan solo superada por África subsahariana, la tasa mundial promedio es de 46. El 15% de los embarazos en la región Latinoamericana está entre menores de 20 años, esto, según el informe presentado por la Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud (OPS/OMS), Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), denominado: “Acelerar el progreso hacia la reducción del embarazo en la Adolescencia en América Latina y el Caribe”, lo que ha escalado el fenómeno como un problema de salud pública y de desarrollo, derechos humanos e inequidad.

Según el informe, el embarazo adolescente es multicausal, y particularmente en Latinoamérica se resaltan los siguientes factores: falta de acceso a una educación sexual integral y a servicios de prevención y anticoncepción. Sumado a estos, factores sociales y culturales que siguen oponiéndose a esta educación, debido a que entre las mismas comunidades se fomenta el desconocimiento entre los derechos sexuales y reproductivos y la presencia del temor de muchos padres y madres de hablar abiertamente sobre educación sexual responsable. Según este informe el obviar estos temas contribuye a tener las tasas de embarazo en la región.

Adicionalmente, el problema se complejiza con las barreras sociales, legales, familiares y las propiciadas desde los mismos sistemas de salud de los países. Para los adolescentes es difícil acceder a métodos anticonceptivos, dado que muchos de estos servicios atienden solamente en compañía de sus padres, lo que inhibe la consulta. Dicho acceso debería ser prestado en forma diferenciada, con estrategias amigables y sobre todo con privacidad, donde las adolescentes puedan buscar información y ayuda sin la obligatoria supervisión de sus padres.

Los embarazos y maternidades adolescentes son el reflejo de los altos niveles de desigualdad de la región, que perpetúan esta vulnerabilidad. Según los estudios revisados, queda demostrado que hay mayores tasas de embarazo entre niñas y adolescentes de menor escolaridad, mayor pobreza y de sobre todo si pertenecen a sectores rurales o indígenas. En algunos países, las adolescentes sin educación o con solo educación primaria tienen cuatro veces más probabilidad de embarazarse que adolescentes con educación secundaria o terciaria.

También es claro que entre países y al interior de estos se guardan grandes diferencias. Según el informe revisado, la mayor tasa de embarazo la tiene República Dominicana, con 100.6 nacimientos por cada mil adolescentes. Aquí, en las zonas rurales, el embarazo y la maternidad adolescente son mucho más aceptados, y hay tasas mucho más altas. A este le siguen: Nicaragua con 98.8; Panamá con 78.5, Ecuador con 77.3; Bolivia con 72.6; Brasil y Honduras con 68.4; **El Salvador con 66.8**; México 66.5; Argentina con 64; Paraguay con 60.2; Costa Rica con 59.1; Uruguay con 58; Colombia con 57.7; Perú con 52.1; Chile con 49.3; y Cuba con 48.3. El caso de Argentina, a pesar de no ser una tasa representativamente alta, según el informe, es el único país latinoamericano en el cual esta tasa incrementó, lo que se podría explicar, entre otras causas, por el aumento de la pobreza y el estancamiento de la escolarización en algunas de sus provincias.

## Consecuencias de los embarazos y maternidades adolescentes

Según datos de la ONU (2019)<sup>1</sup>, en la región Latinoamericana, la mortalidad materna es una de las principales causas de muerte en mujeres adolescentes y jóvenes en un rango de edad entre 15 y 24 años. En 2018, han fallecido alrededor de 1900 por problemas de salud durante la etapa de gestación, el parto y el posparto. A nivel global, el riesgo de muerte materna se duplica en madres menores de 15 años, originarias de países con ingreso bajo y mediano, y hay un 50% más de muertes de recién nacidos de mujeres menores de 20 años, comprado con los de mujeres entre los 20 y los 29 años.

Lamentablemente, Latinoamérica es la única región del mundo en que los casos de embarazos en niñas menores de 15 años van en aumento. Según el UNFPA (2018), el 2% de las mujeres en edad fértil tuvieron su primer parto antes de los 15 años. Situación particularmente grave, dado que, a esta corta edad, los embarazos, casi en su totalidad, tienen su origen en la violencia sexual. Los embarazos por violación en niñas menores de 15 años en Latinoamérica es una realidad más frecuente de lo que se cree, y debe necesariamente abrir debates en torno a la violencia contra la mujer, el aborto seguro y la maternidad forzada, que organismos de derechos humanos denuncian con ahínco como un tipo de tortura contra las niñas.

Los cuadros de mala nutrición, es decir, la carencia de nutrientes esencial para el buen desarrollo del bebé es una de las mayores consecuencias experimentadas por adolescentes embarazadas. Según la OMS (2019)<sup>2</sup>, un 64% de estas adolescentes presentan cuadros de mala nutrición lo que desencadena un mayor número de abortos espontáneos y partos prematuros antes de la semana 37 de gestación. Estos bebés nacen con bajo peso, ya que la inmadurez del cuerpo de la madre adolescente hace que su útero no se haya desarrollado completamente. Adicionalmente, en los casos de los embarazos en menores de 15 años, existe una alta probabilidad de malformación.

<https://news.un.org/es/story/2019/06/1457041>

[https://www.who.int/maternal\\_child\\_adolescent/topics/maternal/adolescent\\_pregnancy/es/](https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/maternal/adolescent_pregnancy/es/)

También se pueden desencadenar complicaciones de tipo psicológico para las embarazadas o madres adolescentes, en general, las circunstancias por las que pasan están asociadas con: a) *el miedo a ser rechazadas socialmente*, dado que se sienten criticadas por su entorno y tienden a aislarse de sus grupos sociales. b) *rechazo al bebé*. En algunos casos las madres adolescentes no desean asumir la responsabilidad, el tiempo y las obligaciones que supone ser madre, lo que hace que ellas experimenten sentimientos de culpa, tristeza y baja autoestima. c) *problemas con el círculo familiar*. Comunicar el embarazo en la familia, en muchas ocasiones se convierte en una fuente de conflicto, incluso de rechazo por parte de su entorno cercano. d) *frecuente abandono de los estudios*. Al confirmarse el embarazo o al momento de la crianza del hijo, se reducen las futuras oportunidades de lograr buenos empleos y las posibilidades asociadas a la realización personal. e) *embarazos frecuentes*. Las adolescentes que son madres tienden a tener un mayor número de hijos con intervalos intergenésicos más cortos, perpetuando así el círculo de pobreza o de privación en el que pueda vivir.

Pero las consecuencias no se reducen solamente a la madre adolescente, los bebés también tienden a tener mayores riesgos como: a) la muerte súbita del lactante. b) sufrir abusos físicos y negligencia en sus cuidados, lo que puede llevar a retrasos en el desarrollo físico y emocional. c) el poco acceso a beneficios sociales, particularmente al cuidado de la salud, ya sea por una condición “extramatrimonial” o porque sus padres no tienen trabajo que les permita acceder a estos.

La OMS recomienda para evitar el embarazo adolescente: limitar el matrimonio antes de los 18 años; fomentar y facilitar el uso de anticonceptivos para los adolescentes; reducir las relaciones bajo coacción y apoyar decididamente los programas educativos orientados a la promoción y prevención de la salud sexual y reproductiva. Es fundamental informar adecuadamente sobre los riesgos y complicaciones de los embarazos en la adolescencia y todos los cambios biológicos, psicológicos y sociales que se producirán en caso en que una adolescente queda embarazada. La comunicación familiar resulta esencial, por lo tanto, es importante fomentar

el diálogo abierto y transparente para que los adolescentes tengan toda la información a su alcance.

## **Embarazos y maternidades adolescentes en El Salvador**

El entorno comunitario y los patrones culturales en los cuales se encuentran inmersas las niñas y jóvenes salvadoreñas, favorecen la naturalización del embarazo y la maternidad antes de los 18 años. El Salvador, como muchos otros países de la región latinoamericana, atraviesa por un largo periodo en el que la violencia social y estructural tiene múltiples expresiones. Una de estas orientada al ejercicio de la violencia de género. Según fuentes oficiales, los reportes de denuncia de casos de violencia sexual indican que en su inmensa mayoría está dirigida en contra de las mujeres (9 de cada 10 mujeres son víctimas de violencia sexual) con el agravante de que esos datos incluyen solamente los casos denunciados oficialmente, y no aquellos que son sufridos en silencio por mujeres (niñas, adolescentes y adultas), ya sea por temor a represiones o a la estigmatización por ser víctimas de este flagelo. De acuerdo con cifras del Instituto de Medicina Legal salvadoreño, durante el año 2017, se registró un total de 2048 denuncias de agresiones sexuales contra mujeres, lo que significa un promedio de 6 mujeres víctimas de violencia sexual al día.

De otro lado, en el escenario escolar los indicadores nacionales reflejan que niñas y niños cuentan con niveles igualitarios de acceso a la educación primaria, transición a la escuela secundaria, asistencia y terminación de la escuela. Sin embargo, las niñas y las adolescentes enfrentan el ambiente escolar en situación de desventaja por las responsabilidades asignadas a ellas en una cultura patriarcal. La niña y la adolescente en edad escolar es responsabilizada de contribuir en las tareas del hogar, el cuidado de otros miembros de la familia (hermanos pequeños, adultos con discapacidad o adultos mayores) entre otras, a las que debe destinar tiempo que podría utilizar en su educación o recreación.

Según datos suministrados por el estudio denominado: *“Maternidad y Unión en Niñas y Adolescentes, consecuencias en la vulneración de sus derechos”*, realizado en 2015 por el MINSAL y UNFPA, el 47.1% de las niñas de 10 a 12 años que tuvieron parto en 2012 experimentaron rechazo en la escuela en la que estaban estudiando cuando estuvieron embarazadas. El embarazo limita fuertemente las posibilidades de las niñas y las adolescentes de continuar sus estudios. Según este estudio, de las niñas que tuvieron un parto en 2012 sólo 3 de cada 10 estaban asistiendo a la escuela cuando salieron embarazadas, y sólo 1 de 10 estaba estudiando al momento de llevar a cabo la encuesta, es decir, que 9 de cada 10 niñas tuvieron que abandonar la escuela a causa del embarazo.

El estudio también reveló que, de las niñas que tenían entre 10 y 12 años, 29% ya estaba unida antes del embarazo y que 17% se encontraba con una pareja 10 mayor o más años que ella. Estas uniones de niñas y adolescentes con parejas mucho mayores que ellas supone una relación extremadamente desigual de poder, excluyéndolas de la posibilidad de tomar decisiones sobre su vida. Todavía más grave es el hecho de que 1 de cada 10 uniones de este grupo de niñas (10 a 12 años) estaba unida formalmente mediante el matrimonio.

Según el Instituto de Medicina Legal, en el 75% de las agresiones sexuales contra mujeres, el agresor es un familiar o una persona conocida de la víctima. 1634 niñas o adolescentes de 19 o menos años (80% del total de víctimas mujeres), fueron víctimas de violencia sexual en 2015, lo que implica que en promedio cada día 5 niñas o adolescentes son agredidas sexualmente. En promedio, cada 5 horas una niña o adolescentes es agredida sexualmente, y para este grupo de edad, en el 80% de los casos el agresor es familiar o conocido de la víctima.

Este contexto comunitario de violencia sexual y social es el que diariamente afrontan las niñas y adolescentes salvadoreñas que atraviesan por la experiencia del embarazo. Se puede decir entonces que, en relación con lo expuesto ya anteriormente, la vivencia de la maternidad y la unión a edades tempranas obliga a las niñas a transitar a la vida adulta

de manera abrupta y sin estar preparadas para ello. En relación con esto destaca la interrupción de las trayectorias educativas, lo que afectará gravemente a su incorporación al mercado laboral, dado que lo harán en condiciones muy desventajosas. Esto a su vez afecta a la transmisión intergeneracional de la pobreza, dado que estas niñas afrontarán con mucha dificultad los retos impuestos por la sociedad para la mejora de las condiciones de vida de ellas y sus familias.

Utilizando como fuente de información los datos del MINSAL sobre número de embarazos por grupos de edad del año 2015, el mapa de embarazos en niñas y adolescentes (UNFPA, 2015) las proyecciones de población de la DIGESTYC, se ha estimado la prevalencia de inscripciones por embarazos por cada mil niñas y adolescentes. De este modo, a nivel nacional la tasa de embarazo es de 38 por cada mil niñas y adolescentes de 10 a 19 años. Utilizando este indicador, el departamento de Sonsonate tiene la prevalencia más alta con 46 por cada mil, mientras que San Salvador tiene la menor con 31 por cada mil niñas y adolescentes de 10 a 19 años.

Los municipios que tienen las mayores prevalencias de inscripciones por embarazos por cada mil niñas y adolescentes son: Mercedes de La Ceiba, Cinquera, San Agustín, Arambala y Torola (108, 84, 65, 69 y 71 respectivamente), y por el otro lado, El Carrizal, San Antonio Los Ranchos, San Isidro Labrador y Antiguo Cuscatlán son los municipios con las menores prevalencias por cada mil mujeres adolescentes (10, 6, 6 y 6 respectivamente).

## Derechos sexuales y reproductivos

La sexualidad es una dimensión central del ser humano que está presente en todas las etapas de la vida. El disfrute pleno de la sexualidad y el placer son fundamentales para la salud y bienestar físico, mental y social. Adolescentes y jóvenes deben gozar de derechos sexuales, así como de las garantías para su protección, sin distinciones motivadas por origen étnico o nacional, género, edad, discapacidades, condición social, condiciones de salud, religión, opiniones, preferencia, orientación y expresión sexual, identidad de género, estado civil o cualquier otra circunstancia que atente contra la dignidad humana y tenga como objeto o resultado anular o menoscabar los derechos y libertades, favoreciendo en todo momento la protección más amplia de la persona.

El Estado tiene la obligación de promover, respetar, proteger y garantizar los derechos sexuales de conformidad con los principios de universalidad, interdependencia, indivisibilidad y progresividad. Las políticas públicas diseñadas e implementadas por el Estado en materia de derechos sexuales deben regirse por un marco de laicidad, de modo que se fomente la autodeterminación de todas las personas y se atiendan las diversas necesidades y condiciones de vulneración social que enfrentan las adolescentes y jóvenes en cuanto al ejercicio de la sexualidad, así como prevenir, investigar, sancionar y reparar las violaciones a estos derechos en los términos que la ley establece.

Según el informe de ORMUSA (2018) la situación sobre los derechos sexuales y reproductivos en El Salvador, pese a los avances de los últimos años, sigue presentando una deuda grande con adolescentes y jóvenes, sobre todo mujeres. El documento aborda cuatro temas claves a) Derecho al respeto a la integridad física del cuerpo y sus expresiones sexuales, donde se presentan cifras alarmantes sobre embarazo adolescente, violencia por razones de género y violencia obstétrica; b) Salud reproductiva, que presenta la situación de la mortalidad materna, interrupción del embarazo, métodos anticonceptivos; c) Educación Integral en Sexualidad, que incluye la capacitación docente y cifras de estudiantes embarazadas; d) Salud sexual que aborda la situación del VIH en el país.

## Desafíos de las políticas públicas en torno al embarazo adolescente

Según Alemán, Cueva e Isfrán (2017), hay tres enfoques que han guiado la formulación de políticas públicas en la prevención del embarazo adolescente en la región latinoamericana. El primero, hace referencia al *enfoque tradicional* (provisión de información para la toma de decisiones), el cual basa sus intervenciones en la provisión de educación en salud sexual y reproductiva, fundamentando que un mayor acceso a la información mejoraría sustancialmente la toma de decisiones por parte de los adolescentes, de manera que puedan evitar por sí mismos conductas de riesgo que resulten en los embarazos no planeados. Sin embargo, la provisión de esta educación ha tenido un perfil altamente conservador y restrictivo, caracterizado por una persistente negación de la autonomía sexual de los adolescentes, lo cual conduce al ocultamiento de las relaciones sexuales, además de un acceso limitado a información y servicios relevantes para la prevención de embarazos no deseados.

Por esta razón, en la actualidad, los currículos que conforman están apuestas educativas, aún mantienen un mensaje sobre la importancia de comportamientos sexuales saludables como la abstinencia sexual o la reducción del número de parejas sexuales, pero se complementan con provisión de información más amplia y moderna sobre una prevención que empodere a los adolescentes en el control en la toma de decisiones basado en información sustantiva. De esta manera los programas se han ido adaptando a la compleja realidad que viven los adolescentes en la región. En este sentido, en los últimos años se ha prestado especial atención a las características psicosociales de los adolescentes y la mayoría de los programas de educación han incorporado herramientas de negociación y planeación de vida que intentan mejorar capacidades como autoestima, empatía y autocontrol.

Adicionalmente, se observa una tendencia en innovar la provisión de información sobre la salud sexual y reproductiva, para hacerlos más

amigables y confidenciales para asegurar así un compromiso más activo de los adolescentes. Ejemplos de esto son los servicios complementarios como consejería y atención especializada, distribución de métodos anti-conceptivos, actividades extracurriculares recreacionales (deportes, teatro, etc.) y laborales (capacitaciones y pasantías) y la utilización de las plataformas digitales y las redes sociales para transmitir estos tipos de mensajes.

El segundo enfoque es el de *derechos* (propiciar un contexto que respete los derechos de los adolescentes). Esta perspectiva surge en parte como una reacción contra el enfoque tradicional de prevención enfocado en cambiar el comportamiento de los adolescentes como solución, ya que es muy probable que el contexto que los rodea conspira contra una capacidad real de poder tomar decisiones significativas. Los expertos que apoyan este enfoque apuntan principalmente al desarrollo de una institucionalidad y un marco sociocultural donde se respeten los derechos fundamentales de las niñas y adolescentes para que dispongan de opciones válidas para tomar decisiones más saludables en relación con su sexualidad y reproducción. Una coyuntura mejorada en este sentido ofrecería oportunidades que permitirían romper con aquella percepción y valoración cultural que la única opción de las niñas y adolescentes para realizarse como mujeres es la maternidad. Esto permitiría una transición exitosa de las mismas a la adultez donde la visualización de un proyecto de vida más amplio es posible.

Entre estas intervenciones se encuentran aquellas que evitan las uniones a edad temprana y la violencia y coacción sexual a partir de un fortalecimiento del marco legal y una disminución de los prejuicios culturales-tradicionales. También aquellas que garantizan una mayor participación escolar en el mediano plazo y oportunidades laborales en el largo plazo como reformas educativas que amplíen el horario escolar o convenios estudiantiles-laborales, entre otros.

En este grupo de intervenciones también se pueden identificar aquellas de sensibilización y comunicación que promuevan una familia empática con la situación de los adolescentes de hoy. Por último, como el fenómeno del embarazo adolescente está asociado con un contexto de vulnerabilidad, en este grupo también se incluirían políticas gubernamentales que intentan mejorar factores socioeconómicos como la pobreza, la desigualdad y el empleo. Como ejemplo de este tipo de intervenciones se encuentra la reforma educativa llevada a cabo en Chile entre 1997 y 2006, que extendió la jornada escolar de tiempo parcial a tiempo completo. Un estudio sobre este programa estimó que un aumento en 20 puntos porcentuales de la cobertura municipal de escuelas a tiempo completo redujo la probabilidad de embarazo adolescente en aproximadamente un 3%.

El tercero, es el enfoque *integral* (intervenciones multicomponentes, multisectoriales y multiniveles). Teniendo en cuenta lo expuesto, existe un consenso general en la actualidad de recomendar políticas que puedan integrar ambos aspectos: intervenciones que mejoren la capacidad de tomar decisiones por parte de los adolescentes hacia comportamientos menos riesgosos con aquellas que permitan una coyuntura donde se respeten sus derechos teniendo en cuenta sus deseos, planes e inquietudes y ofreciendo mayores oportunidades que promuevan su desarrollo. Por lo tanto, las políticas de prevención deben caracterizarse como:

- a)** Multicomponente: Deben presentar criterios transversales mediante múltiples líneas de acción simultánea y complementaria que atiendan diferentes factores de riesgo.
- b)** Multisectorial: Debe involucrar a sectores gubernamentales, de la sociedad civil y del mundo empresarial en diferentes ámbitos (educación, salud, juventud, etc.) haciendo partícipes a diferentes actores (adolescentes, familia, educadores, servidores comunitarios, agentes sanitarios, etc.).

c) Multinivel: Requiere diferentes decisiones a nivel local/comunitario, departamental/provincial, y nacional.

Este tipo de intervenciones integrales encajan con la noción de que el embarazo adolescente en Latinoamérica y el Caribe es un fenómeno complejo por la multiplicidad de factores que lo influyen y que, consecuentemente, deben ser atendidos simultáneamente para ocasionar los impactos deseados. Sin embargo, una de los principales desafíos de las políticas públicas es la atención diferenciada de poblaciones vulneradas, las adolescentes y jóvenes que han estado en conflicto con la ley, cumpliendo medidas de privación de libertad y posteriormente enfrentando procesos de inserción social, quedan al margen de estas políticas y de las instituciones que se desligan de la responsabilidad de dar acompañamiento a estos grupos.

## **Políticas públicas para la prevención del embarazo adolescente en El Salvador y la promoción de los derechos sexuales y reproductivos**

En la actualidad, El Salvador cuenta con una política pública vigente para la prevención del embarazo adolescente, la cual es denominada: *“Estrategia Nacional Intersectorial de Prevención del Embarazo en Niñas y en Adolescentes 2017-2027”*. Esta estrategia se presenta como un instrumento de gestión que pretende dar respuesta efectiva al fenómeno de los embarazos y las maternidades adolescentes, buscando la restitución de los derechos a estas niñas y adolescentes que han sido vulneradas en su derecho a la salud, a la finalización de su formación escolar, a vivir libres de todo tipo de violencia (en particular de la violencia sexual), a contar con las habilidades y aptitudes necesarias para obtener ingresos en el presente y en el futuro, a tener acceso a la recreación, en definitiva, a hacer realidad su proyecto de vida pleno y a gozar de protección integral.

La estrategia plantea como objetivo general: *“Eliminar el embarazo en niñas y en adolescentes con intervenciones intersectoriales articuladas, que incorporan el enfoque de derechos humanos, género e inclusión, facilitando el empoderamiento de niñas y adolescentes para su pleno desarrollo, buscando superar los obstáculos y desafíos planteados”* (2017, p.11). También cuenta con un marco programático con vigencia al 2027 que busca dar respuesta a una serie de desafíos identificados, entre los que se resaltan: fortalecer a las familias para que cumplan con su rol de protección; fomentar nuevos patrones culturales que promuevan la igualdad entre los géneros; garantizar una vida libre de violencia sexual y sin discriminación; garantizar el acceso a la justicia; mantener la trayectoria educativa de niñas y adolescentes; garantizar el acceso a la educación integral de la sexualidad y el acceso a servicios amigables de salud sexual y reproductiva, entre otros.

Además se cuenta con la *“Política en Salud Sexual y Reproductiva”* cuyo objetivo es garantizar la salud sexual y reproductiva en las diferentes etapas del ciclo de vida, a toda la población salvadoreña, que fortalezca sostenidamente el acceso a la promoción, prevención, atención y rehabilitación de la salud sexual y reproductiva, con base a la Atención Primaria de Salud Integral, con un enfoque de inclusión, género y derechos, en un ambiente sano, seguro, equitativo con calidad, calidez y corresponsabilidad.

A nivel de educación se cuenta con el documento de *“Fundamentos de la educación integral de la sexualidad en el currículo de El Salvador : educación inicial, parvularia, básica y media”* el cual es una propuesta educativa sobre Educación Integral de la Sexualidad (EIS) sustentada en el marco de los derechos humanos incluyendo los derechos sexuales y reproductivos, además, los enfoques de género, diversidad, inclusión y desarrollo humano, con el fin que el estudiantado alcance una educación integral, bienestar, autonomía, capacidad de tomar decisiones libres y responsables; así como planificar y decidir sobre los aspectos que conciernen a su sexualidad y su futuro.





# Capítulo 2

**Caminos y equipajes de investigación:  
Aproximaciones metodológicas**



## El camino recorrido

Con el propósito de cumplir los objetivos de esta investigación elegimos continuar con la estrategia cualitativa biográfica para su desarrollo. Esta investigación es parte de un camino que se ha iniciado tiempo atrás y que nos ha permitido acumular un equipaje metodológico en este campo que no queremos dejar a un lado. Hablar del fenómeno de las pandillas, violencias y la inserción social de jóvenes en El Salvador desde los relatos de vida de mujeres jóvenes ha sido un desafío, pero al mismo tiempo una apuesta ética y política del trabajo de la Asociación TNT y del equipo de investigadores que hemos acompañado estos esfuerzos.

Los métodos cualitativos nos permiten capturar el fenómeno de una manera holística y comprenderlo en su contexto. Enfatizan la inmersión y comprensión del significado humano atribuido a circunstancias y fenómenos. Se apoyan en el paradigma constructivista, que entiende que las realidades son construidas de manera específica y local (Guba y Lincoln, 1994); por eso la comprensión del significado se hace desde el interior de la situación. Así, los estudios cualitativos no hacen énfasis en predecir el comportamiento humano sino en comprenderlo; permiten el acceso a los motivos, significados, emociones; buscan comprender los actos diarios de las personas y su comportamiento en escenarios y situaciones ordinarias, la estructura de estas acciones y las condiciones que las acompañan e influyen sobre ellas (Schwartz y Jacobs, 1979).

Una de las perspectivas teóricas en las que se apoya la investigación cualitativa es la corriente sociológica del “significado y acción”, que considera a las personas como actores sociales (Cuff, et.al. 1990). Aquí se entiende que las personas, aunque condicionadas por aspectos estructurales, deciden o prefieren actuar de una manera determinada. Estas decisiones se basan en los significados que ellas atribuyen a las situaciones, de los cuales depende que la acción proceda de manera sosegada o en conflicto (Layder, 1994). El interaccionismo simbólico surge en esta corriente y conceptualiza al individuo como poseedor de una capacidad

de construir un mundo social (Cuff, et.al. 1990; Ritzer, 1993). El interaccionismo se basa en tres premisas principales:

- 1.** La conducta social se ha de entender basada en los significados que las cosas tienen para las personas.
- 2.** Los significados no surgen de las actitudes iniciales de las personas o de su predisposición, sino que se aprenden en la interacción con los otros. El significado, por tanto, está vinculado a la situación.
- 3.** El significado no es permanente ni estable; cambia al modificarse la circunstancia (Blumer, 1969; Layder, 1994).

Bajo esta perspectiva, la conducta humana se contextualiza en la interacción social: conocer el contexto de la interacción y las circunstancias bajo las que se desarrolla permite comprender las acciones. Pocos estudios han abordado la perspectiva de género y las situaciones que viven las mujeres vinculadas al fenómeno de las pandillas en el país. Cuando decidimos iniciar este camino investigativo para comprender cómo las mujeres jóvenes viven estos procesos encontramos en el método biográfico una alternativa para acercarnos a estos temas de manera más respetuosa, empática y con la posibilidad de que los resultados de las investigaciones fueran un aporte para la sensibilización y construcción de política pública. Al mismo tiempo, este método permitió que para las jóvenes participantes la experiencia fuera una oportunidad de releer su historia, reflexionar y en algunos casos hasta reconciliarse con ella.

En la investigación en ciencias sociales, la utilización del relato de vida ha mostrado importantes desarrollos, permitiendo articular significados subjetivos de experiencias y prácticas sociales. Ha sido utilizado en varias disciplinas y con distintos objetivos: en investigación, en intervenciones o como una herramienta testimonial. En ese sentido, puede señalarse que el relato de vida tiene un carácter instrumental: es una técnica que puede ser utilizada con diversas finalidades.

Al utilizar el relato de vida en investigación, trabajando analíticamente sobre el relato de una persona sobre sí misma o sobre un aspecto de su vida, situamos un nivel de interpretación: interpretamos una producción del narrador, que, a su vez, es una interpretación que hace de su propia vida. El relato de vida corresponde a la enunciación -escrita u oral- por parte de un narrador, de su vida o parte de ella.

La puesta en palabras de la propia existencia implica una constante definición sobre aquello que somos. Sin embargo, tal como señala Heidegger (1997), muchas veces en la cotidianidad de la vida se oculta la radicalidad que esto implica. En este caso, los seres humanos hablamos como si lo que relatamos no nos implicara y comprometiera cada vez con nosotros mismos, a través de la posición que tomamos al enunciarlo. En este sentido, puede afirmarse que hacerse cargo de las propias palabras, asumir la posición subjetiva desde la que hablamos, es siempre una opción ética (De Villers, 1999): podemos asumirlo o desconocerlo, elección que se pone en juego cada vez, dado que nuestra existencia implica un constante contar.

Al solicitar a una persona que nos relate su vida o parte de ella, además de la petición explícita de los contenidos que interesa investigar, existe una petición implícita: la de tomar una posición frente a lo que cuenta. El relato conlleva para el narrador una elección ineludible: optar por asumir o desconocer su posición respecto a su historia.

Previo a comenzar la etapa de la recolección de datos, trabajamos un momento importante en el que se definieron aspectos centrales que guiaron todo el proceso de recolección y análisis de los datos y, se convierten en las bases fundamentales de la investigación. En esta etapa discutimos y afinamos aspectos relativos a la pregunta de investigación, a la relación del equipo investigador y, finalmente, a las bases conceptuales y teóricas que articularon y orientaron la investigación.

¿Qué investigamos? ¿Para qué? ¿Con quiénes? Al reflexionar sobre las distintas experiencias realizadas con las jóvenes y el camino que se ha venido construyendo decidimos centrarnos en aspectos específicos de los programas que forman parte del modelo de inserción que acompaña TNT. Dada la tendencia que se ha observado del incremento de embarazos en el primer año que las jóvenes obtienen la libertad del Centro para la Inserción Social del ISNA y la limitante que esto representa para continuar con el desarrollo de sus proyectos de vida consideramos que era fundamental dar prioridad a la comprensión de la maternidad y de los derechos sexuales y reproductivos de las jóvenes en ese momento particular de sus vidas. Esto con el fin de contribuir al desarrollo de propuestas o programas de acompañamiento en derechos sexuales y reproductivos que sean más efectivos y aceptables por parte de las jóvenes.

Un aspecto clave que definimos fue la incorporación al equipo como co-investigadora a una de las jóvenes que ha sido parte de los procesos de inserción de la Asociación. Esto dio una mirada diferente al análisis y permitió acercarnos a conversar con las jóvenes desde un escenario de mayor confianza.

Además, en esta etapa se realizó la preparación teórica a través de una revisión crítica de la literatura pertinente sobre el tema, orientada a darle fuerza a la investigación y creando una base conceptual que permita profundizar sobre la comprensión del objeto de estudio.

## Las narradoras

Este estudio se realizó durante cuatro meses entre julio y noviembre del 2020. Participaron 6 jóvenes que estuvieron en el Centro para la Inserción Social del ISNA entre el 2014 y 2019. Todas llegaron al Centro siendo menores de edad, dos de ellas ya tenían un hijo al momento de llegar al Centro. Sus edades oscilan entre 18 y 23 años. Solo una de ellas logró finalizar el bachillerato. Todas tuvieron hijos durante el año posterior a la obtención de su libertad. Ninguna de las jóvenes planeó su embarazo, por el contrario, expresan que no deseaban tener un bebé en ese momento. Actualmente solo una de ellas vive con su pareja, las demás viven con sus padres o solo con sus hijos.

Las jóvenes se contactaron a través de TNT ya que, pese a que no todas se encuentran actualmente participando en los programas, durante el cumplimiento de sus medidas sí fueron parte de distintas iniciativas lo que permitió tener sus contactos. Dado el contexto de la pandemia del covid-19 las jóvenes fueron contactadas por teléfono o a través de Facebook. Se realizó una primera llamada para explicarles la investigación, el propósito y los objetivos del estudio en un lenguaje accesible. Se les explicó que toda la información se manejaría de forma confidencial y se guardaría el anonimato de sus identidades, por lo que utilizarían un seudónimo. Se solicitó la participación voluntaria de 12 jóvenes, pero solo 6 de ellas dieron su consentimiento para participar. Es importante mencionar, que uno de los factores que limitó la participación de las jóvenes fue que debido a que las entrevistas se realizarían de manera telefónica, no todas se sienten cómodas ni seguras de hablar de sus vidas desde sus casas.

## Los encuentros: Recolección de los datos

Dadas las condiciones del contexto de la pandemia todo el proceso de recolección de datos se llevó a cabo a través de llamada telefónica o videollamada. Esto dependiendo de las posibilidades de conexión de las jóvenes por las zonas en las que viven. Se acordó un encuentro semanal de una hora u hora y media, en el horario que para ellas fuera más conveniente. Se realizaron de dos a tres encuentros con cada una de las jóvenes.

El proceso de recolección de los relatos durante los encuentros se realizó a través de entrevistas, con el apoyo de una guía de preguntas abiertas que permitiera propiciar la conversación y la construcción del relato. La narración que una persona hace está irremediamente afectada por influencias contextuales actuales, tanto de la vida del narrador como la persona que escucha. La persona narradora es más que un informante, es un sujeto interpelado en su historia. En esto recae la necesidad de realizar una elaboración a través del relato, que demanda un mínimo de tiempo y que exige una pluralidad de encuentros que permitan retomar estas reflexiones. En este punto como en otros, es importante también ser flexibles en el sentido de poder adaptar las características del dispositivo ante situaciones particulares que así lo ameriten.

Es interesante a la hora de trabajar con relatos de vida, tener clara la idea que los relatos de vida no son ni la vida misma, ni la historia misma, sino una reconstrucción realizada en el momento preciso de la narración y en la relación específica con una persona que escucha esa narración. Los relatos de vida serán entonces siempre construcciones, versiones de la historia que un narrador relata a otra persona, en un momento particular de su vida.

Los encuentros fueron grabados previa autorización de las jóvenes, se realizó una transcripción de los relatos las cuales fueron dadas a las jóvenes para su lectura y autorización que todo lo relatado pudiera ser utilizado para los fines de la investigación.

## Análisis

Respecto a las estrategias de análisis de la información y en coherencia con los instrumentos para la recolección de información aplicados en esta investigación, se privilegia desde el análisis cualitativo los principios y procedimientos de la teoría fundamentada (Glasser y Strauss, 1967; Strauss, 1987; Glasser, 1992; Strauss y Corbin, 1990), conjugando la descripción y la interpretación, la codificación (categorización) y el análisis de contenido, reconstruyendo las situaciones vividas y reflexionando comprensivamente sobre ellas.

Los datos se codificaron primero de manera abierta lo que permitió contar con una primera lista de unidades analíticas. Luego se agruparon y se analizaron de manera más abstracta; lo que permitió ir nombrando categorías emergentes. La segunda parte del análisis se centró en refinar y desarrollar las categorías. En este segundo momento se llevó a cabo un diálogo con 3 de las jóvenes para profundizar en la definición de las categorías.



The background features a series of thin, light blue concentric circles that create a ripple effect. Overlaid on this is a dark silhouette of a landscape with rolling hills and a horizon line. The right side of the page is a solid vertical orange bar.

# Capítulo 3

**Embarazos, maternidades y sexualidad:  
Hallazgos y reflexiones**



## “Comenzar de nuevo”: Contextos del embarazo en procesos de inserción social

En este apartado comenzamos explorando los contextos del embarazo de las jóvenes que han cumplido medidas de privación de libertad en el Centro para la Inserción Social del ISNA (CPISF). Aquí nos interesa comprender qué pasa en el mundo de ellas y cómo interactúan con su entorno al momento de salir del Centro. El Salvador es uno de los países latinoamericanos con una ley penal juvenil que considera la edad de imputabilidad desde los 12 años y aplica medidas de privación de libertad que pueden alcanzar hasta los 15 años. El perfil de las jóvenes que ingresan al Centro se caracteriza por contextos vulnerados, infancias violentadas, deserción escolar y vinculación a pandillas. Las jóvenes ingresan al Centro aproximadamente entre los 14 y los 16 años, con experiencias de vida más allá de las esperadas para su edad. Algunas de las jóvenes ya se han acompañado y otras tienen hijos.

Mi madre se había acompañado y mi padrastro no era la persona que esperábamos. Comencé a sufrir abuso sexual y a los 11 años decidí contarle a mi madre. Nunca olvidaré sus ojos llenos de lágrimas, se puso a llorar y desde ese día dejé de ser la “la niña de mamá”, dejé de ser la consentida y algo se rompió en la relación entre nosotras. (...) Yo empecé a refugiarme en la calle, con las amistades, con los “bichos” que me invitaban a fiestas y espacios donde me podía olvidar de lo que sucedía en casa, comencé a fumar marihuana, a tomar cerveza y me sentía bien. En este espacio, también encontraba protección, mi padrastro ya no se iba a volver a atrever a tocarme, porque ya no estaba sola, y si tenerme miedo era la única forma que el abuso se detuviera, lo prefería así. En más de una ocasión, me dieron ganas de vengarme y yo sabía que con la pandilla lo podía hacer. A los 14 años me acompañé.

Sin embargo, pese a las diferentes experiencias vividas, las jóvenes siguen encontrándose en una etapa del desarrollo que es clave para la vida de una persona. En la adolescencia y primeros años de la juventud se construye la vida social y afectiva, se reafirma la identidad y la constru-

cción de lazos y redes que contribuyen al desarrollo psicosocial de la persona. La privación de libertad implica la separación de la adolescente y la joven de todo su entorno conocido: su familia, de sus grupos de referencia, de sus espacios de interacción, lo que afecta su vida y su vinculación afectiva.

Aunque la privación de libertad como sanción supone una evidente restricción de derechos, según la ley, debería estar acompañada de un componente socioeducativo, para cumplir con los objetivos que la medida se propone. Sin embargo, en la práctica, la vida de las jóvenes dentro del Centro representa para ellas una pausa en sus vidas, un tiempo detenido. El abordaje de derechos sexuales y reproductivos no está incorporado como parte de una estrategia de acompañamiento institucional, sino que depende de las organizaciones o instituciones que deciden incorporarlo en sus programas. Esto lleva a enfoques diversos y en algunos de los casos hasta contradictorios, ya que predominan los discursos religiosos y tradicionales sobre la sexualidad y los roles de las mujeres.

Las condiciones de vida de las jóvenes al salir del Centro se caracterizan por contextos precarizados, dificultades para incorporarse a la vida laboral y desmotivación para continuar procesos educativos. La mayoría, regresa a vivir con sus familias y en sus comunidades, donde siguen enfrentando las mismas condiciones de vulneración previas a su medida de privación de libertad. Al salir las jóvenes quieren continuar con sus vidas y tratar de recuperar los años perdidos, sobre todo desde los vínculos afectivos, sentirse queridas e importantes para alguien. Estar libre para las jóvenes significa volver a ser parte de redes sociales y comenzar a establecer nuevos vínculos o recuperar los que dejaron atrás.

En el CPISF las jóvenes que han tenido la experiencia de formar parte de los distintos procesos de formación artísticos-culturales de la Asociación TNT expresan haber cambiado sus planes de vida, crear nuevos sueños, proyecciones, se ven a sí mismas incorporándose en dinámicas educativas, laborales y algunas de ellas dando continuidad a su formación artística. Sin embargo, en estos años de acompañamiento

se ha observado que, pese a estos deseos de construir planes diferentes, generalmente en el primer año de haber obtenido su libertad quedan embarazadas y esto las hace pensar que deben dejar de un lado sus proyectos y dedicarse a la maternidad y a la familia como único proyecto vital.

Me acompañé a los 14 años. Yo quería ser mamá. Me ilusionaba la idea de tener un hijo, de cuidarlo y estar con mi pareja. No pensaba en lo difícil que podría ser tenerlo o cómo íbamos a hacer para mantenerlo, solo imaginaba que sería lindo tener una familia. En ese entonces, no tenía otros planes para mi vida, por lo que la ilusión de convertirme en madre y tener una familia era mi único sueño. (...) Después de casi 4 años, obtuve mi libertad con la ilusión de llevar a cabo mis nuevos planes. Sentía que algo había cambiado en mí y que deseaba tener una vida diferente. Pensaba primero en finalizar mis estudios, conseguir un trabajo y tener una casa donde algún día pudiera formar un hogar. Pero a los tres meses de haber salido del Centro quedé embarazada.

## Noviazgo y “amor romántico”

Establecer una relación de noviazgo para las jóvenes al momento de salir del Centro es una señal de continuar con sus vidas e intentar establecerse. Pero las relaciones de noviazgo están permeadas por la cultura del “amor romántico”. Los tópicos asociados al amor romántico son social e históricamente construidos y son interiorizados casi de forma inconsciente, por lo que influyen en las creencias y actos en el ámbito de

El amor romántico encuentra parte de su fundamentación o razón de ser en el mito de andrógino. En El Banquete, Platón narra la historia de unos seres duales, seres que podían reunir características de ambos sexos, dando lugar a seres: hombre-hombre, mujer-mujer o hombre-mujer. Estos seres, duales y completos en sí mismos, intentaron invadir el Monte Olimpo cuando Zeus –haciendo manifestación de la ira de los dioses–, lanzó un rayo que hizo que cada ser se dividiera en dos mitades. Mitades incompletas y castigadas eternamente a buscar su otra mitad. Por un lado, este mito daba explicación a la androginia y la homosexualidad en la antigüedad. Por otro, asentaba las bases sobre las cuales Occidente ha justificado históricamente un amor basado en los principios de universalidad y naturalidad. Según Pascual-Fernández (2016), Aunque el “amor romántico” como lo conocemos es histórico y heredero del amor cortés, el amor burgués y el victoriano; se consolida en la dependencia entre hombres y mujeres, encontrando justificación en esa supuesta necesidad de complementación psicológica entre estos. De aceptación y asunción de concepción diferencial y complementaria de hombres y mujeres (definición del yo y del grupo al que pertenezco a través de la negación de unos atributos del otro) nacen los estereotipos, roles y mandatos de género cuya visibilidad en la sociedad y productos culturales, no hace más que reproducir estos esquemas desiguales en un círculo vicioso. El amor romántico se basa en asociar la consecución del amor (completitud del ser) con la de la felicidad, haciendo del amor y la búsqueda de la otra mitad una meta vital. Otros elementos que se desprenden del mito del amor romántico y cuya asimilación puede provocar situaciones de tolerancia ante el maltrato son las ideas de que “el amor lo puede todo” y que es normal “sufrir por amor”.

las relaciones afectivas. Por lo tanto, estos tópicos sirven para juzgar qué es aceptable y normal en el enamoramiento o en la pareja y qué es previsible o deseable. Generan unas expectativas irreales e inculcan un prototipo de relación:

Al salir del Centro, comencé a estudiar primer año de bachillerato. La meta era terminar mis estudios, conseguir un trabajo, tal vez si las cosas iban bien pensar en estudiar en la universidad. Pero lo importante era trabajar para poder ayudarle a mi mamá. Tengo hermanos pequeños y no quería que ellos pasaran por lo mismo. Sin embargo, cuando uno lleva bastante tiempo encerrada, alejada de las amistades, de las personas, pareciera que uno sale con mucha más necesidad de cariño. Es bien fácil que una persona te comience a decir palabras bonitas, a tratarte bien, a tener detalles y eso después de haber estado en esas condiciones a uno le hace sentir especial. Casi al siguiente día de salir uno ya tiene gente que le está escribiendo, mandándole mensajes, endulzándote el oído. La vida en el Centro no sé si afecta más nuestra autoestima, pero al salir sentir que alguien aún nos quiere, que no le importa que hayamos estado ahí, a uno lo hace sentir bien. Te hace sentir que puedes volver a tener una vida normal y recuperar el tiempo perdido. En menos de un mes, yo ya tenía novio.

Desde sus primeras experiencias afectivas, el amor para las jóvenes busca llenar carencias y vacíos de la infancia. El amor lo reconocen a través de palabras bonitas que las hace sentir valiosas, el amor lo encuentran en una persona que sienten que las cuida, que está pendiente de ellas:

Conocí a un joven que estaba involucrado en pandillas. Me enamoró y sentí que alguien me quería, me hablaba bonito, me trataba bien y me cuidaba. A los 14 años, sin darme cuenta, me acompañé. Nunca lo hablamos, solo que yo empecé a pasar más tiempo con él. Me quedaba en su casa y convivía con su familia. En el fondo, había un deseo de alejarme de

mi casa, dejar de sufrir los abusos de mi padre y quizás también de dejar de tener tantas privaciones económicas. Desde que nos vinculamos a la pandilla, mi padre no volvió a tocarnos. Esa fue nuestra única salida: él nos tuvo miedo y respeto. Para mí el amor es un sentimiento bonito que uno tiene por otra persona, algo inexplicable que uno siente, pero que debe cuidarse y dedicarle tiempo para demostrarlo.

La pareja se presenta en la vida de las jóvenes como proyecto vital. Cuando todo va mal, es el refugio, el que perciben como único y capaz de dar sentido a su existencia. Por este motivo, si hace falta, en nombre del amor, se está dispuesta a soportar el abuso a través de humillaciones, insultos, faltas de respeto, limitaciones a la libertad, chantajes, imposiciones de qué y cómo se ha de hacer, como vestir u otros. Por otro lado, también hay un componente de seguridad. Perciben que sus parejas les proporcionan una fuente de protección que no podrían encontrar en ningún lugar. El hombre utiliza este modelo de amor romántico como medio de control y dominio sobre la mujer, y es este mismo discurso el que le da permiso para hacerlo. De esta manera, es como se refuerza el mecanismo de sumisión, el sacrificio, la dependencia mutua y la necesidad constante de aprobación o de control. De manera adicional la cultura de la pandilla refuerza visiones patriarcales, machistas y roles de género que incitan, validan y normalizan la violencia hacia las mujeres:

Para las mujeres, no es tan sencillo finalizar una relación en la pandilla, son ellos quienes deben finalizarla y, mientras eso no sucediera, yo sabía que tenía ese lazo que me limitaba a tomar otros caminos. Siempre pensaba cómo le iba a hacer cuando saliera, cómo iban a ser las cosas y si él estaría de acuerdo con que yo ya no siguiera involucrada en nada con la pandilla. (...) Al inicio, seguía comunicándome con mi pareja y a mí

me gustaba cómo él me trataba, me cuidaba, parecía que me protegía y se preocupaba por mí. Él me aconsejaba y se enojaba cuando yo salía, me decía que tuviera cuidado, que dejara de andar con los “bichos”, que me quedara en la casa con mi mamá y siguiera estudiando. Pero con el tiempo, me di cuenta de que a él le decían cosas de mí, que andaba solo en la calle, que me juntaba con otras amistades, y que seguramente yo ya tenía a alguien más. Eso a él no le pareció y mandó a dar la orden de desaparecerme.

El tipo de relaciones afectivas de noviazgo que las jóvenes establecen al interior de la pandilla inician como una etapa de ilusión y enamoramiento, donde se sienten seguras y protegidas, pero transitan a escenarios de control, violencia y en algunos casos hasta terminan en feminicidios. Al salir del Centro prevalecen sentimientos de incertidumbre, inseguridad, temor por el futuro, inestabilidad emocional, que en algunos casos se trata de llenar con el afecto de una pareja.

## Autoconcepto, Autoestima y Eficacia

En el caso de las jóvenes, las carencias afectivas, económicas y las violencias vividas desde la infancia han contribuido a construir autoestimas poco sólidas, inestables, frágiles y que dependen en gran medida del reconocimiento y valoración externa. Sobre todo, de aquellas figuras que para ellas se vuelven significativas en sus vidas. El entorno se convierte en un espejo, y solo se sienten bien consigo mismas si se sienten importantes para alguien más.

Recuerdo que siempre estuvimos solas con mis hermanas, porque mi mamá tenía que trabajar casi todo el día. Cuando regresaba del trabajo, ya estábamos dormidas. Se iba antes que nos despertáramos, pero siempre nos dejaba el desayuno listo. Ella siempre ha trabajado de empleada doméstica en una casa en San Salvador, no le pagan ni el salario mínimo, pero eso le ha permitido siempre contar por lo menos para la comida. A ella sola le ha tocado mantenernos; mi padre nos abandonó desde muy pequeñas y nunca le ayudó.

El autoconcepto es una elaboración detallada y organizada de una persona sobre sí mismo, que se va construyendo a lo largo de la vida, esta imagen debe comprenderse como una construcción cognitiva y multidimensional (Loperena, 2008), como un conjunto de autorreferencias, las que surgen desde lo cognitivo (pensamiento), lo afectivo (sentimientos) y lo conativo (comportamientos), dando lugar a los constructos: autoconcepto, autoestima y autoeficacia (Matalinares, 2011). Los procesos de socialización que comienzan con la familia, su entorno, escuela, comunidad y amigos influyen en el desarrollo de la autoestima que es resultado de la autovaloración, la cual depende del autoconocimiento y la autorrealización (Ramos, 2005), esta autovaloración se expresa en actitudes de aprobación o desaprobación del sí mismo (Coopersmith, 1995). La adolescencia es una etapa en que se recibe mayor influencia de la valoración social, el autoconcepto se vuelve más inestable, debido a que las ideas sobre sí mismo se van rigidizando, haciendo difícil regular el comportamiento y lograr una buena percepción de sí (Domínguez, 2003).

Yo siempre fui muy buena en los estudios, los profesores siempre me decían que era muy inteligente y eso hacía que mi mamá se sintiera muy orgullosa de mí, que me admirara. Me da tristeza pensar que las cosas ya no sean así, ahora no puedo ponerle mente a algo, los estudios me cuestan, cuando antes todo era muy sencillo, entendía las clases, las tareas... Ahora me cuesta leer, hacer alguna tarea, todas las cualidades que mi madre admiraba en mí, ya no las tengo. Llevo tres años intentando finalizar mi último año de bachillerato y nunca lo logro, siempre pasa algo. Eso me frustra, a veces hasta pierdo las ganas de seguirlo intentándolo.

Debido a toda la estigmatización y discriminación que viven las jóvenes, por su entorno incluyendo en algunos casos la misma familia, al momento de obtener la libertad, para las jóvenes es muy significativo que una persona les preste atención, les de reconocimiento y no las juzgue por su pasado. El noviazgo les permite sentirse más seguras de sí mismas, al sentir que una persona las puede querer a pesar de todo y por ello también no quieren perderla y están dispuestas a hacer el sacrificio que sea necesario para conservarlo.

Con el tiempo me volví a enamorar y eso me hizo replantearme la idea de ser madre nuevamente. En realidad, yo no quería, pero él sí deseaba ser padre y yo sentía que él se había comprometido conmigo y con mi hija, lo que me hacía pensar que sería un buen padre y una buena pareja. La primera vez que me tocó el tema de ser papá y que tuviéramos otro hijo, aún no me animaba, le dije que lo pensáramos bien y que esperáramos que la niña creciera un poco más, pero él me dijo que, si esperaba que la niña creciera, yo iba a ser mayor y me iba a costar más, que mejor lo tuviéramos ahora que éramos jóvenes, así los niños crecían juntos y que si más adelante queríamos tener un varón lo pensábamos bien o nos quedábamos solo con dos hijos. Pensé que estaba bien la idea y acepté. Así quedé embarazada de mi segunda hija.

Y el embarazo también se convierte en una forma en la que sienten que las personas las ven diferentes, cuando se convierten en madres sienten que cambia la percepción sobre ellas.

Durante los últimos tres meses del embarazo me sentí feliz. Cada vez sentía más cómo se movía el bebé, me veía en el espejo y me veía bonita embarazada, mi autoestima subió por las nubes. A pesar de que aún tenía pendiente la resolución del juzgado y que sabía que me podían dar una pena mayor, me sentía feliz que el bebé no naciera en el Centro.

La privación de libertad en la adolescencia es una práctica que daña, que deja huella en la experiencia subjetiva de las jóvenes. Un hecho inédito en la trayectoria vital personal y familiar. Se produce, como diría el filósofo alemán Karl Jaspers, una situación límite, evento que pone al sujeto ante un sentimiento de desgarramiento y lo deja inmerso en “situaciones de las que no podemos salir y que no podemos alterar” (Jaspers, 1950). Las dinámicas de encierro capturan el cuerpo y conforman subjetividades. Para muchas adolescentes la experiencia de la detención, el juzgamiento y el encierro significan una catástrofe que se instala en sus vidas (Cintras, 2009; Gatti, 2008). Las condiciones en que se produce la privación de libertad provocan un impacto negativo en personas que se encuentran en proceso de desarrollo. La adolescente, con sus singularidades se encuentra en una etapa en la que debe conocer y convivir con un “nuevo cuerpo”, sus cambios biológicos, su maduración que lo habilita al ejercicio de la sexualidad. Es una persona psicológica y biológicamente inquieta. Debe descubrir y descubrirse, moverse, conocer otros, otros pares que la acompañen porque las personas adultas deberían sostener, generar confianza para que se anime a ser, a ser desde sus inquietudes y deseos, pero en el encierro este proceso se anula.

En un tiempo de socialización, en un espacio que postula la inserción social como estrategia para favorecer el desarrollo, el cambio y la transformación como sujetos, las jóvenes en el encierro viven al decir de Uriarte (2006) la desocialización, en tanto afecta todos sus vínculos; los de afuera y “los vínculos en y del encierro”. Así, se construyen a sí mismas entre rejas, produciéndose subjetividades desde lugares como la desconfianza, el temor y la reafirmación de la vulnerabilidad. Las jóvenes, implícita y/o explícitamente, reclaman confianza y buscan espacios de acción y de estar con otros haciendo, espacios de salud, espacios relacionales, otro trato, espacios abiertos a su dignidad. Entre la pelea y los reclamos, entre el sometimiento y los pequeños márgenes de libertad, de “fuga” reflexiva, se produce su construcción subjetiva y proyección a futuro. Es esta condición en particular que las expone a buscar el amor como una salida, como un refugio, como un lugar para sentirse acompañadas y que las hace sentirse fácilmente atraídas por las personas que se acercan a ellas y las hacen dejar de sentirse solas.

## Práctica de la anticoncepción

Al momento de explicar las razones por las que adolescentes y jóvenes quedan embarazadas de manera prematura se manejan tradicionalmente dos estereotipos: uno, que lo utilizan como una estrategia para obtener algo a cambio; es común escuchar comentarios acerca de que una joven queda embarazada para “atrapar” a su novio; y dos, considerar a las jóvenes incapaces de planificar. Estas son afirmaciones que no están demostradas ni son precisas, pero simplifican una situación compleja (Moore y Rosenthal, 1993).

La práctica anticonceptiva entre las jóvenes no es un tema que se pueda reducir a la falta de conocimientos, pues, aunque los haya, no signifique necesariamente que se apliquen: La conducta no es simplemente el resultado de un saber. Se han documentado las construcciones que los jóvenes hacen sobre sexualidad, embarazo, anticoncepción y los contextos sociales, políticos, culturales y de interacción con la pareja (Holland et. al. 1992; Browne y Minichiello, 1994; Castro y Videgaray, 1996; Berglund, et. al. 1997). Estos estudios han demostrado la gran complejidad de la práctica anticonceptiva y han hecho evidente que las conductas sexuales están vinculadas a contextos específicos (Lamas, 1995; Amuchastegui, 1996).

La mayoría de las jóvenes expresan tener suficiente conocimiento sobre los métodos anticonceptivos, es más, consideran estar aburridas de tanta charla sobre lo mismo: órganos reproductores, prevención de embarazos y enfermedades de transmisión sexual. Ya sea en la familia, escuela o en el Centro Femenino, la dinámica ha sido similar, recibir información sobre estos temas.

En el Centro nos daban muchas charlas sobre sexualidad, pero al final, para nosotras eso era aburrido porque las charlas iban enfocadas siempre en lo mismo: en métodos anticonceptivos, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, temas que sí eran importantes, pero que en realidad ya todas sabíamos

No hay resistencia desde sus creencias a la planificación familiar a través de métodos anticonceptivos, para la mayoría de las jóvenes, la opción es la inyección; sin embargo, pese a estar de acuerdo y considerarlo como una opción no lo hacen. Es una acción que postergan, sienten una falsa confianza que a ellas no les va a pasar nada y que no van a quedar embarazadas.

Después de casi 4 años, obtuve mi libertad con la ilusión de llevar a cabo mis nuevos planes. Sentía que algo había cambiado en mí y que deseaba tener una vida diferente. Pensaba primero en finalizar mis estudios, conseguir un trabajo y tener una casa donde algún día pudiera formar un hogar. Sin embargo, las palabras bonitas y las muestras de afecto aparecieron de manera prematura y al mes de haber salido comencé una relación con un joven, a quien no veía casi y con quien la comunicación era sobre todo por teléfono, por lo que pensaba que no iba a quedar embarazada tan fácil, ya que casi ni nos veíamos. En mi mente estaba la idea de planificar, ya que, a diferencia de hace unos años, hoy sí tenía otros planes y no quería ser madre en este momento. Sin embargo, siempre hubo algo que me hacía postergar ir a aplicarme la inyección y cuando finalmente me decidí ya era muy tarde. En el fondo, pensaba que no iba a suceder.

## Aceptación del embarazo

La maternidad es considerada por las jóvenes como una experiencia que tarde o temprano van a vivir por ser mujeres. La reconocen en términos biologicistas y esencialistas, lo que lleva a visualizarla como producto de un innato “instinto maternal” que poseen las mujeres. Diversos autores (Benedict, 1971; Rubin, 1986; Connell, 1987; Butler 1990; Mead 1994; Visweswaran, 1997 y Stolke, 2004) han argumentado junto con los debates feministas la maternidad como un constructo histórico y social. Esto implica que las formas legítimas de ejercicio de la maternidad, el apego, el amor materno, y las maneras en que esa afectividad debe ser demostrada no están basadas en algo “natural o biológico”, sino que son producto de largos y conflictivos procesos en los que una diversidad de actores y saberes fueron consolidando determinados sentidos acerca del modo correcto en que las mujeres deben ejercer su maternidad.

Las jóvenes expresan no haber planificado su embarazo, no deseaban tener un hijo en ese momento de sus vidas, pero también tienen arraigada la idea de que si sucedió deben hacerle frente y aceptarlo.

Cuando dejé de tener mi período comencé a sospechar, pero no me atreví a hacer, ni a decir nada. Pasaba con mucho sueño y vómitos. Tenía miedo. Fue algo inesperado, en realidad no lo tenía planeado y no me imaginaba que eso podría ser, pensaba que llevaba tan poco tiempo con este joven y que casi ni lo había visto. Pero como tenía dudas, compré una prueba de embarazo, me la hice y el resultado fue positivo. No sabía cómo sentirme, solo me ponía a pensar que ya nada iba a ser igual y que no podría continuar con mis planes como me lo había imaginado. Sin embargo, tampoco tenía opciones: para mí, si estás embarazada, hay que aceptarlo y hacerle frente.

Al inicio la noticia las ha impresionado a todas, sin embargo, la reacción de la familia, la pareja o las amistades se vuelve clave para que ellas acepten su embarazo.

Yo estaba convencida que no podía quedar embarazada. No quería en este momento de mi vida tener un hijo, pero no había otra opción, solo aceptar la situación. Al contárselo a mi pareja, él se alegró y eso me hizo pensar que todo podría estar bien. Se lo conté a un par de amigas y ellas también se alegraron, me dijeron que todo era muy lindo. Cuando le conté a mi mamá, ella también se alegró de ser abuela y me dijo que ella me apoyaría.

Las redes afectivas de las jóvenes se vuelven primordiales sobre todo en el caso que la pareja no está con ellas. Emocionalmente enfrentan sentimientos contradictorios, para muchas representa el momento de romper con la ilusión que les representaba formar una familia y les hace sentir que están nuevamente solas frente a una situación adversa.

Me deprimí mucho, me sentía sola y desilusionada de mi historia de amor. Tenía meses de no haber estado en contacto con mi familia, llamé a mi mamá y le di la noticia. Contrario a lo que pensaba, mi madre se alegró, me dijo que contaba con todo su apoyo si decidía regresar al país y que un hijo siempre era una bendición. Con tres meses de embarazo, decidí regresar

El aborto es un tema que genera resistencia en las jóvenes, sobre todo por las creencias religiosas, ven la interrupción del embarazo no como un derecho y una decisión sobre su cuerpo sino como un pecado y no está entre sus opciones independientemente del contexto. Algunas jóvenes lo han vivido sin tener la posibilidad de acompañamiento médico ni psicológico.

A los 14 años me acompañé. Entre la vida de la pandilla y la vida de pareja, mi infancia quedó atrás y las posibilidades de tener una adolescencia “normal”. Mi pareja quería tener un hijo, a mí no me parecía extraño, era normal entre las personas que conocía, por eso, yo no planificaba. De métodos anticonceptivos conocía y sabía que en la Unidad de Salud podía obtener los servicios, pero nunca fui. Con los meses, me comencé a sentir rara, pero no iba al médico y una de mis amigas fue la que me dijo que yo seguramente estaba embarazada. Yo no lo terminaba de creer, pero tampoco era algo que sorprendiera. Una noche me levanté con un fuerte dolor de vientre, fui al baño y sangré. Esa noche tuve un aborto espontáneo. No fui al médico, tenía miedo, porque yo sabía que a muchas mujeres se las llevaban presas por casos así. No conversé esto con nadie, hasta ahora. Pero yo pensaba que por lo que me había pasado yo no iba a poder volver a tener hijos y, por eso, nunca vi la necesidad de cuidarme y planificar.

Como este tema hay muchos otros que no han sido conversados abiertamente, la educación sexual ha sido limitada a prevención de embarazos y enfermedades de transmisión sexual, un enfoque tradicional y bastante conservador alejado de un enfoque de derechos sexuales y reproductivos.



## “La ilusión de la maternidad”: Reconstrucción de vínculos afectivos

Para muchas mujeres la maternidad representa una ilusión, en tanto que la llegada de los nuevos seres es tomada como una “bendición” otorgada para llenar de felicidad el seno del hogar en el que viven, sin embargo, esa misma ‘ilusión’ es vivida de forma diferente por las mujeres adolescentes que han estado en conflicto con la ley. Son muchas las variables a analizar, ya sea por su corta edad, la falta de experiencia, la idealización en la formación de una familia, la reconstrucción del tejido familiar a través del vínculo materno y la búsqueda permanente por un amor para toda la vida. Este apartado pretende realizar una aproximación a estas formulaciones.

### Formar una familia

Las condiciones de privación afectiva en la que se ven inmersas muchas de las jóvenes desde su infancia, hace que ellas guarden una ilusión en la construcción de una familia perfecta, sin los problemas, complicaciones y violencias que tuvieron que vivir, lo que las lleva a generar vínculos afectivos a muy corta edad y a buscar llenar con el amor romántico los vacíos afectivos a las que se han visto expuestas.

Con la adolescencia surgieron nuevos escenarios. Las amistades, los afectos, los noviazgos y la complicidad del silencio de las violencias vividas con mi hermana. Conocí a un joven que estaba involucrado en pandillas, me enamoró y sentí que alguien me quería, me hablaba bonito, me trataba bien y me cuidaba. A los 14 años sin darme cuenta me acompañé, nunca lo hablamos, solo que yo empecé a pasar más tiempo con él, me quedaba en su casa y convivía con su familia.

Muchas de las jóvenes han tenido vidas atribuladas, en las que el amor no ha sido un asunto del todo afortunado para ellas, por lo que en algunos casos encuentran en las relaciones clandestinas la oportunidad de soñar y alimentar la ilusión de la conformación de la familia con la sueñan. Es en estas relaciones en las que se conciben como madres.

Un día me volví a enamorar, un amor prohibido, un amor que también me ponía en riesgo y que nos podría costar la vida a ambos, pero lo hicimos. Me sentía ilusionada, pensaba que tenía una oportunidad para amar y quizás la posibilidad de tener una familia, volvía a sentir que alguien quería cuidarme, protegerme. Pensé que podía dejar de estar sola. Con los meses quedé embarazada.

Un tema reiterativo en las narrativas de las jóvenes, evidencia que, entre la ilusión de construir esta nueva familia, está el tener hijos, como elemento sustancial solicitado por sus parejas, lo que las jóvenes, en su condición de subalternidad con el hombre (la mayoría de las veces mayor), aceptan, normalizando el hecho de que tener pareja y vivir con ella es también el concebir hijos. Esto sin tener presente su corta edad para asumir la maternidad.

A los 14 años me acompañé. Entre la vida de la pandilla y la vida de pareja, mi infancia quedó atrás y las posibilidades de tener una adolescencia “normal”. Mi pareja quería tener un hijo, a mí no me parecía extraño, era normal entre las personas que conocía, por eso yo no planificaba.

Sin embargo, la ilusión en la construcción de la nueva familia se desvanece ante la inexperiencia de las jóvenes, la cual les juega en contra en su nuevo rol de madres adolescentes, encontrando un sinnúmero de dificultades que además de complejizar sus jóvenes vidas, trunca sus planes a futuro mediano e inmediato, y el sueño de ser madres se convierte en pesadilla.

No pensaba en lo difícil que podría ser tenerlo o cómo íbamos a hacer para mantenerlo, solo imaginaba que sería lindo tener una familia. En ese entonces no tenía otros planes para mi vida, por lo que la ilusión de convertirme en madre y tener una familia era mi único sueño.

En los casos en los que las jóvenes se han distanciado de sus familias de origen, que se han ido a vivir con hombres mayores que ellas, siempre vinculados a las pandillas, y han quedado en embarazadas, la situación de contarle a sus respectivas familias y parejas resulta toda una odisea, en algunos casos los hombres abandonan a las jóvenes dejándolas a su suerte con sus creaturas, como en otros casos en los que una respuesta positiva, alimenta la ilusión de la maternidad y de la construcción de la familia.

Pero le conté, él al inicio se alegró y comenzó a hacer muchos planes. Cuando le dije a mi mamá también se alegró y de alguna forma eso me dio tranquilidad y me Comencé a convencerme a mí misma que sería algo bonito y que iba poder tener una familia. Me resigné a la idea.

Otros relatos de las jóvenes ponen en escena la idealización de la familia una vez superan su conflicto con la ley, y fuera del centro de reclusión se reencuentran con el amor, en algunos casos las jóvenes ya tienen hijas o hijos producto de sus relaciones anteriores y encuentran en su nuevo amor un consorte que les permite soñar con una vida en familia.

Con el tiempo me volví a enamorar y eso me hizo replantearme la idea de ser madre nuevamente. En realidad, yo no quería, pero él sí deseaba ser padre y yo sentía que él se había comprometido conmigo y con mi hija, lo que me hacía pensar que sería un buen padre y una buena pareja.

Sin duda, otro aspecto interesante en los relatos de las jóvenes, es cuando la maternidad tiene lugar en el centro de reclusión, lugar en el que encuentran en sus compañeras de viaje una forma de colegaje y confraternidad permitiéndoles experimentar la consolidación de la familia desde otra perspectiva no tan tradicional, pero satisfactoria para ellas, dado que sienten que el apoyo brindado por su compañeras internas, se torna en una especie de familia no esperada que les ayudan a salir adelante con el proyecto de ser madres.

En el Centro mi maternidad la viví de forma colectiva. Mi hijo no tenía solo una madre sino muchas. Las demás jóvenes fueron parte indispensable de la crianza de mi hijo, siempre estaban ahí, siempre me apoyaron, nunca me sentí sola. Entre mujeres vivimos mi maternidad, me enseñaron y me ayudaron a seguir pensando en mí.

En otros casos, una vez en libertad y con los intentos fallidos de construcción de una familia con sus parejas, las jóvenes retornan al núcleo familiar de origen, reconstruyendo su vínculo, sanando sus viejas heridas y aventurándose en los nuevos desafíos que implica la crianza de sus hijos con el apoyo de su círculo familiar, convirtiéndolas en mujeres empoderadas y responsables y por supuesto, encontrando nuevas significaciones a la construcción de la familia y a su rol como madres.

Ahora pienso que todo va a estar bien y voy a poder sacar adelante a mi hija. Trabajo con mi madre en el puesto del mercado y cuento con el apoyo de mis hermanas para cuidar a mi hija.

## Reconciliarse con el vínculo materno

La maternidad para estas jóvenes ha revelado dos aspectos interesantes a ser leído para efectos de este análisis, en tanto que, en primera instancia, las jóvenes al enterarse de sus embarazos encuentran que son acompañadas y queridas, contrastando con sus historias de abandono vividas en su infancia. A través de su nueva maternidad se reconcilian con el mundo que las ha maltratado y que las ha vulnerado.

Al contárselo a mi pareja, él se alegró y eso me hizo pensar que todo podría estar bien. Se lo conté a un par de amigas y ellas también se alegraron, me dijeron que todo era muy lindo. Cuando le conté a mi mamá, ella también se alegró de ser abuela y me dijo que ella me apoyaría. El embarazo significó para mí en ese momento sentirme querida, sentirme que ya no estaba sola. Comencé a ilusionarme con la idea de tener un hijo. Mis amigas seguían diciendo que todo iba a ser muy lindo y que yo iba a estar bien, que un hijo era una bendición y que si había quedado embarazada era porque ese era mi destino.

La situación de maternidad, que en algún momento les generó incertidumbre, pánico y desolación, se tornó en una posibilidad de sentirse reconocidas, elegidas y amadas.

Por primera vez sentí que mi madre me elegía a mí. Después de tantos años, mi madre lo dejó y decidió protegerme y cuidarme. De alguna manera, la maternidad para mí ha significado una reconciliación con su madre, poder volver a casa y vivir lo que alguna vez quedó pendiente.

El miedo que les generaba el contarles a sus familias, en particular a sus madres, fue disipado y fue esta la oportunidad de reconstruir las relaciones familiares de origen, como una forma de reconciliación con su vínculo materno.

Yo tenía miedo de la reacción de mi madre, pensaba que lo iba a tomar mal, que se iba a enojar conmigo, aún más porque no estaba con el papá del bebé. Contrario a la reacción que esperaba, recuerdo que se le llenaron los ojos de lágrimas y me dijo que tenía que hacerle frente y que ella siempre me iba a apoyar.

Contrario a lo que pensaba, mi madre se alegró, me dijo que contaba con todo su apoyo si decidía regresar al país y que un hijo siempre era una bendición. Con tres meses de embarazo me decidí regresar.

Al sentir que mi madre reaccionó bien con la noticia y me brindó su apoyo, siento que pude emocionarse nuevamente con la idea de ser madre, me hizo feliz la idea de poder criarla y construir una vida para ella.

Si bien, encontraron algunas resistencias a su embarazo por parte de sus madres, el apoyo brindado por ellas surte con una fuente de autoestima y de motivación que las impulsa a pensar de manera positiva y siempre con ganas de salir adelante por ellas mismas y por sus hijos.

Se enojó, me regañó, pero no más de lo que yo esperaba. Lo considero una reacción normal ante la situación. Al final me dijo que ella me iba a apoyar, que siempre iba a estar conmigo y que podía contar con ella y que al salir yo me pondría a trabajar y ella cuidaría al bebé.

Mi mamá siempre me apoyó. Durante los últimos 3 meses del embarazo me sentí feliz, cada vez más sentía cómo se movía el bebé, me veía en el espejo y me veía bonita embarazada, mi autoestima subió por las nubes.

En segunda instancia, las jóvenes realizan otro tipo de reconciliación, esta vez con el rol de madre. Es posible evidenciar que la maternidad les proporciona esa oportunidad de cambiar sus vidas y que con el apoyo de sus familias encontrar esa felicidad anhelada. Su maternidad las reconcilia con el mundo, con sus familias, con la vida.

Cuando nació la bebé me sentí emocionada, feliz porque veía a mi familia feliz y sentí que en ese momento mi vida cambió, pensé que todo lo que alguna vez había deseado para mí ahora sería para ella.

Me doy cuenta de que, aunque todo fue difícil no lo habría logrado sin el apoyo de mi familia. No me imagino cómo hacen las jóvenes que no tienen ese apoyo y les toca enfrentar solas la maternidad. Yo me habría sentido en un callejón sin salida.

De alguna forma para mí la maternidad fue volverme a sentir viva, sentirme como una joven con una vida “normal”, quitarme la etiqueta de mi pasado y todos me decían que el amor de los hijos es diferente, así que también me ilusionaba sentirme amada y poder amar de una forma diferente.

## La búsqueda de un amor auténtico

En los relatos realizados por las jóvenes, es posible evidenciar un dejo nostálgico en torno a la búsqueda del denominado **amor verdadero**<sup>4</sup>. A pesar de su corta edad, para ellas las diferencias de años con sus parejas no representaba problema, razón por la cual muchas de sus relaciones amorosas se establecen con hombre mayores que ellas. Los detalles y las palabras bonitas se tornan en una constante para idealizar una relación y en consecuencia para irse a vivir con sus parejas de entonces, sin pensar en las consecuencias que esto puede llegar a traerles en el futuro.

Él era mayor, tenía 18 años y comenzó a hablarme bonito, tener detalles conmigo, finalmente nos volvimos novios. Para mí la edad no era un problema, sentía que él me quería y me tomaba en serio, porque hasta me llevó para presentarme con su mamá.

La relación continuó un par de meses y él me propuso que nos acompañáramos, que me fuera a vivir a su casa. A mí me gustaban los detalles, las palabras bonitas que me decía cada vez que él salía a comprar y se daba una vuelta a la casa para verme o a veces cuando me dejaba cartas debajo de la puerta. Para mí todo eso era muy romántico.

La promesa de amor encontrada en sus parejas se convierte en un bálsamo para la soledad vivida en su dura infancia y con esa ilusión del amor verdadero idealizado se vinculan en relaciones que las ponen a soñar con el romanticismo.

<sup>4</sup> El "amor verdadero" ("true love") es descrito como un sentimiento en extremo poderoso (Lubrich, 2006). Va dirigido a una sola persona y goza de una prioridad absoluta: al lado del ser amado todas las demás personas pierden importancia y, ante la importancia que adquiere ese amor, pierden significación todas las demás emociones. El "amor verdadero", más tarde llamado también "amor romántico", sostiene que los involucrados aman a su pareja en esencia, sustancia y singularidad; es decir, aman en primer término su carácter individual, su "interior". Aman a esa persona "por sí misma", como lo exige el concepto, "por lo que es"; lo que quiere decir que aman a su pareja haciendo abstracción de todas las causas secundarias que le atañen, tales como el aspecto físico, el estatus material o social, o de las influencias extrañas a que se ven expuestos los enamorados. El "amor verdadero" está lejos de tener una justificación racional y se eleva a sí mismo a la condición de misterio. En su centro se halla el "yo" desnudo, el "gracious self" ("[la] graciosa persona") del otro. Si el "amor verdadero" es correspondido, entonces se produce, en potencia, una simbiosis perfecta: dos seres humanos que se aman "por encima de todas las cosas", en perfecta reciprocidad y simetría.

Me enamoré. Para mí el amor era algo tan importante, ya que de alguna manera siempre tuve ausencia de él en mi hogar y lo buscaba siempre en otras personas.

Siempre pensé que amar se aprende con la experiencia y el entorno. Y las formas de amor que veía eran muy escasas, estaban limitadas a obtener amor o cariño sosteniendo una relación sentimental con otra persona.

Para mí el amor es un sentimiento bonito que uno tiene por otra persona, algo inexplicable que uno siente, pero que debe cuidar y dedicarle tiempo para demostrarlo.

Resulta interesante encontrar al final de los relatos, una reavivación con esta promesa del amor auténtico, el cual, siempre es referido a las parejas y relaciones sentimentales, dado que su maternidad para ellas representa autorrealización, pero no el encontrar el amor que desde el inicio anhelan. Una vez fuera del centro de reclusión, las jóvenes intentan reactivar sus vidas en todos los sentidos, el amoroso parece ser el más urgente de estos. Por esta razón muchas a pesar de ya ser madres se vinculan a nuevas relaciones amorosas. El reavivar la llama del amor en sus vidas representa algo significativo.

Comencé a hablar con un joven con quien volví a sentir la ilusión del amor, me sentía muy atraída por él, no le importaba todo por lo que había pasado antes, ni el que ya tuviera un hijo, además se portaba muy bien conmigo y me enamoré.

Pero también me enamoré y eso hizo que las cosas fueran más intensas, mi pareja al inicio era lindo, solo palabras bonitas, hacía todo para conquistarme.

Cuando uno piensa que está enamorada, confía en la otra persona, se siente segura y por eso pienso que uno se imagina que nada malo va a pasar.

Para el caso de las jóvenes que al momento de estar internas en el centro de reclusión no eran madres, al recuperar su libertad se enrolan en relaciones que desencadenan en la maternidad, todo a razón de la búsqueda de ese amor auténtico que pueda llenarles los vacíos emocionales.

Conseguí trabajo, intenté establecerme, comenzar una nueva vida y me enamoré. Conocí a la persona a quien consideraba hasta ese momento la más significativa de mis relaciones, él era de otro contexto social con quien pensé que podía tener una vida diferente. Inicié esta relación con mucha ilusión, con el deseo de encontrar la felicidad y a los meses quedé embarazada.

Para ese entonces yo ya conocía de anticonceptivos, sabía que me tenía que poner la inyección, pero yo quería ser mamá. Me ilusionaba la idea de tener un hijo, de cuidarlo y estar con mi pareja.

## “Reelaborar la vida”: Significados de la maternidad

Concebir la maternidad como una experiencia subjetiva implica considerar a las madres adolescentes como actores que, aunque inmersos dentro de contextos socioeconómicos y culturales concretos, tienen la capacidad de transformar sus prácticas sociales. Así, aunque la maternidad haya sido deseada o accidental, se considera que las adolescentes significan esta experiencia y le otorgan sentido a lo largo de sus trayectorias de vida. Tal planteamiento envuelve la adopción de una perspectiva teórica que posibilite la definición de las madres adolescentes como actores activos, por lo que se parte de la propuesta de Schütz (1993), desde la cual se concibe al actor como un sujeto consciente y reflexivo, para quien la acción tiene un sentido.

Es necesario aclarar que las vivencias no tienen significado per se, sino que éstas son significativas cuando se les capta reflexivamente; "sólo lo ya vivenciado es significativo" (Schütz, 1993: 81). En el mundo de la vida cotidiana el individuo actúa y piensa en el nivel espaciotemporal (un espacio y momento discretos), ya que el flujo de la duración no le permite diferenciar entre el pasado y el presente. Esto quiere decir que sólo al aislar la vivencia de la corriente de la duración es posible recordarla, aprehenderla y diferenciarla en un acto de atención reflexiva. Desde esta perspectiva, el individuo tiene la capacidad de significar una vivencia a partir de la mirada retrospectiva de la misma. Los actores sociales significan sus vivencias mediante una mirada reflexiva del proyecto, o de las motivaciones que las engendraron.

En este sentido, resulta importante comprender como la maternidad, desde las experiencias subjetivas de las jóvenes madres, pueden ser entendidas como cambio de vida; como sacrificio y estancamiento; y acto de responsabilidad y madurez

## La maternidad como cambio de vida

Para Noguera y Alvarado (20120), el embarazo en la adolescente genera un impacto psicológico, social y cultural que se denomina síndrome de las embarazadas adolescentes, que comprende la ambivalencia entre la identidad que se está creando como joven frente a la identidad materna y conductas de mujer adulta, inicio laboral para sustento de la constitución de una familia estable; de igual forma, se presenta el fracaso ante la adquisición de independencia, abandono escolar, limitación en el proyecto de vida y falta de apoyo familiar y de la pareja.

El primer cambio experimentado está relacionado a lo biológico, en tanto que sus dinámicas habituales se transforman, como el cese del ciclo menstrual, los cambios hormonales, dolores, mareos.

Con los meses me comencé a sentir rara, pero no iba al médico y una de mis amigas fue la que me dijo que yo seguramente embarazada estaba. Yo no lo terminaba de creer, pero tampoco era algo que sorprendiera.

Otro cambio experimentado por las jóvenes y plasmados en sus relatos, hace referencia a las transformaciones en su vida social, debido a que por miedo al rechazo las jóvenes se aíslan socialmente, evitando cualquier contacto que pueda señalarlas, convirtiéndose en mujeres solitarias e introvertidas.

La vida igual cambió, yo solo salía para lo que era necesario. Los días de fiesta, amistades y tardes de paseo quedaron atrás. Me volví una persona muy reservada, no conversaba con nadie.

La forma de relacionarse con los padres de sus hijos es otro cambio experimentado por las jóvenes, sumado a los cambios y/o detención de sus planes futuros a causa del embarazo. La incredulidad ante el hecho de enfrentar la maternidad a una temprana edad y el tener que aceptarlo de una manera inminente, mina de incertidumbres el futuro de estas jóvenes.

Fue algo inesperado, en realidad no lo tenía planeado y no me imaginaba que eso podría ser, pensaba que llevaba tan poco tiempo con este joven y que casi ni lo había visto. Pero como tenía dudas compré una prueba de embarazo, me la hice y dio positivo. No sabía cómo sentirse, solo me ponía a pensar que ya nada iba a ser igual y que no podría continuar con mis planes como me lo había imaginado. Sin embargo, tampoco tenía opciones, para mí si estas embarazada hay que aceptarlo y hacerle frente.

Una vez aceptada su nueva situación, su forma de pensar sufre una abrupta transformación. Su proyecto de vida deja de ser individual, si no se cuenta con el apoyo del padre y de la familia, está el hecho de tener que vincularse a la vida laboral, con el fin de “procurar que al bebé no le falte nada”. Esto sumado a que las visitas al médico deben ser más frecuentes, lo que afecta la rutinas y hábitos que traían estas jóvenes,

Los planes siguieron, comencé a trabajar, a preparar con ilusión la llegada de mi bebé. Pero los problemas de salud comenzaron, no tuve un embarazo sencillo, tuve que estar en mucho control médico, no me alimentaba bien. Al nacer mi bebé tuvo complicaciones y los primeros meses fueron de entradas y salidas en hospitales.

Se evidencia de manera reiterativa en los relatos de las jóvenes una sumisión al rol de madres, como una condición propia de las mujeres y que hay que aceptar de buena gana, dado que no hay más alternativas.

Desde pequeña, recuerdo escuchar que los hijos son una bendición independientemente en qué contexto se presentan y que como mujeres nos toca aceptarlo y enfrentarlo. No hay vuelta atrás.

## La maternidad como sacrificio y estancamiento

Además de los cambios, ya enunciados, experimentados en las vidas de las madres adolescentes, emergen en ellas sensaciones de estancamiento en sus proyectos de vida y de que uno de esos cambios significativos está relacionado al verse de manera inminente a llevar una vida de sacrificio, en particular, por la situación socioeconómica en la que viven y por supuesto, por la situación que enfrentan de conflicto con la ley.

Lo más difícil durante el embarazo para mí fue aceptar la realidad, romper la ilusión que no tendría una pareja con quien formar una familia con mi hija, eso me deprimía y me hacía pasar llorando.

El primer estancamiento que vivencian las jóvenes madres se relaciona con el aspecto académico, en el cual toma relevancia ante la realidad de su situación, al racionalizar que, para optar a un buen trabajo, es necesario contar con estudios. Nace entonces una necesidad de haber querido aprovechar mejor el tiempo y haber concluido exitosamente sus estudios antes de quedar embarazadas.

Yo siempre fui muy buena en los estudios, los profesores siempre me decían que era muy inteligente y eso hacía que mi mamá se sintiera muy orgullosa de mí, que me admirara. Me da tristeza pensar que las cosas ya no sean así, ahora no puedo ponerle mente a algo, los estudios me cuestan, cuando antes todo era muy sencillo, entendía las clases, las tareas. Ahora me cuesta leer, hacer alguna tarea, todas las cualidades que mi madre admiraba en mí, ya no las tengo. Llevo tres años intentando finalizar mi último año de bachillerato y nunca lo logro, siempre pasa algo. Eso me frustra, a veces hasta pierdo las ganas de seguirlo intentando.

La frustración amorosa podría entenderse como una forma de estancamiento, en tanto que las jóvenes relatan que con el embarazo perdieron el amor de sus parejas, lo que acrecentó la sensación de soledad y la depresión, llevándolas a afrontar las dificultades sin ánimo y con grandes vacíos emocionales.

La ilusión de la maternidad se desvaneció en las condiciones de pobreza que tenía y las dificultades por garantizar la salud de mi bebé. Me sentía cansada y frustrada. El amor de mi pareja también desapareció. Nos separamos y nuevamente me sentí sola con mi hijo teniendo que hacer frente a la vida.

Cuando nació el bebé y las cargas del cuidado eran cada vez mayores, también comenzamos a tener problemas con mi pareja, él parecía que seguía con su vida de siempre y la única que había cambiado todos sus planes era yo.

Me deprimí mucho, me sentía sola y desilusionada de mi historia de amor. Tenía meses de no haber estado en contacto con mi familia, llamé a mi mamá y le di la noticia.

La maternidad no desapareció mi inestabilidad emocional, la maternidad no desapareció el sentimiento de soledad que siempre he experimentado. A veces me siento mucho más frustrada porque no sé qué hacer. Quiero dejarlo todo y huir, pero no lo hago.

El no sentirse preparadas para asumir el rol de madres también ha sido un elemento reiterativo en las narrativas de las jóvenes, llevándolas a pensar que la vida misma se ha estancado y a olvidarse del cuidado de sí, de sentir que su libertad como individuos se ha perdido para siempre. Esto sumado a las condiciones de pobreza y de violencias que circundan sus entornos más próximos.

Con los meses lo más difícil para mí fueron los desvelos, saber qué quería o qué sentía la bebé, cuando se enfermaba no sabía siempre qué hacer, llegué a pensar que no iba a querer volver a ser mamá, porque era muy pesado estarse desvelando, levantándome súper temprano. Sentí que tener hijos era olvidarse de uno mismo y dedicarse a ellos. Ya no tuve tiempo para mí. Me sentía frustrada de pensar que toda la vida sería así, sin tiempo para mí, para divertirme, para pasear, para salir con mis amigas, ir a comer, ir a jugar fútbol. Todo quedó atrás.

Ha sido muy difícil para mí aceptar este embarazo porque pelagra mi vida, porque tengo una parte de mi vida en pausa y esa pausa es la que no me deja tener paz o poder disfrutar de esta etapa. Al mismo tiempo, siento culpa por no vivir, no sentir y no hacer las mismas cosas que en mi primer embarazo.

Cuando me confirmaron mis sospechas, me sentí muy triste, por mí y por mi bebé. No me sentía preparada para estar cuidando a alguien. Sentí que perdí toda mi libertad. Ya no seguí estudiando, todo se estancó y solo de pensar que esa situación iba para largo me deprimía, no tanto por tener al bebé, sino porque sería en esas condiciones.

La incertidumbre de su situación se proyecta en el campo laboral, en primera instancia dado que en la mayoría de los casos deben abandonar sus estudios para poder trabajar y así brindar el sostenimiento que el bebé necesita; en segunda instancia, por la falta de oportunidades que tienen las jóvenes madres de acceder a un empleo en condiciones dignas, fortaleciendo el miedo y la desazón por el futuro para ellas y sus hijos.

Trabajo en el negocio familiar y no he podido estudiar bachillerato.

Ha sido difícil para mí conseguir trabajo, no he podido continuar los estudios ni mi pasión por la música. Mi madre ha cuidado a mi hijo la mayor parte del tiempo. A veces me siento cansada y frustrada, porque veo todo cuesta arriba. No quiero tener más hijos en este momento y ni sé si voy a querer tener otro en algún momento. Mi vida sigue siendo muy incierta.

Sentí un balde de agua fría y que todos mis planes se volvían a caer. No tenía ni idea lo que iba a hacer, me dio miedo.

A pesar de las dificultades que puedan experimentar, resulta interesante encontrar que sus esfuerzos son vistos no como un sacrificio en vano, sino como una entrega profunda, desinteresada por darlo todo por sus pequeños.

Mi sueño más grande es que ellos puedan sentir que he entregado hasta la última vena de mi corazón por ellos y que puedan decir que su madre los amo e hizo todo por ellos.

## La maternidad como acto de madurez y responsabilidad

Mercer (2017), estableció fases o estadios que conducen a afrontar la maternidad como acto de madurez y responsabilidad, por las cuales, desde las vivencias expuestas en los relatos, han transitado las jóvenes de la siguiente forma: fase de compromiso y preparación, que se presenta durante la gestación e incluye los primeros ajustes sociales y psicológicos del embarazo, donde las madres aprenden las expectativas del rol, fantasía sobre este.

Hace dos años que nació mi hijo, pienso que la edad es uno de los factores que lo hace a uno ver la maternidad con ilusión, que me hacía no pensar en todo lo que tendría que enfrentar y hacerme cargo.

La fase de consecución, práctica y recuperación física que plantea Mercer empieza cuando el niño nace e incluye el aprendizaje del rol.

La llegada de mi hijo también me permitió volver a la familia, el ser madre parecía que favorecía que me vieran diferente, más formal, más seria, más madura. Un hijo sí cambia la manera en que la gente me ve y me trata.

Ahora todo lo que pienso es para ellas, mis planes, mis sueños son para construir otras posibilidades para ellas, por el momento pienso que mis propios sueños y planes se estancaron, quiero trabajar para que mis hijas tengan una casa, estudien y que ellas puedan decidir otros caminos para sus vidas.

Finalmente, en la fase de normalización e integración de la identidad maternal, la madre hace que el nuevo rol encaje en su estilo de vida, basándose en experiencias pasadas. La mujer aquí experimenta un sentimiento de armonía y confianza en el modo que lleva a cabo el nuevo rol y restablece su proyecto de vida a partir del apoyo social y educativo brindado

Aún tengo mucho que trabajar para salir adelante, sé que nada va a ser fácil, ya no veo todo con la misma imagen romántica, pero en el fondo sigo teniendo la esperanza de poder continuar con mis sueños, volver a estudiar, terminar mi bachillerato, seguir con una carrera, tener un trabajo justo y un día poder volver a tocar el violín.

Adicionalmente, es interesante ver como los relatos de las jóvenes se van transformando de un tono de desolación a un tono de esperanza y prospectiva, lo que denota que la experiencia de la maternidad ha representado para ellas un proceso de maduración y revisión de prioridades, proceso en el que la responsabilidad juega un rol destacado.

Para mí la maternidad ha significado responsabilidad y dedicación.

La experiencia de ser madre ha sido un cambio en mi vida ya que prácticamente ya no tengo que pensar solo en mí, sino que también en mi hija, dedicarle el tiempo completo a ella, dedicarle amor. Siento que es algo bonito que me ha pasado en la vida y para mí es una experiencia bonita la que estoy viviendo.

Pese a lo impactante de la noticia, me sentía feliz, mi embarazo era una muestra más del amor con mi pareja y decidí que mi mundo y mis ganas de seguir adelante tenían que ser por mi hijo. Además, había aprendido que una buena madre es la que sacrifica todo por sus hijos, y que todo lo que uno hace debe ser pensando en ellos, en que tengan una mejor vida de la que nosotros hemos tenido, que tengan mejores oportunidades y poder de alguna manera darles todo lo que nosotras no tuvimos de pequeñas.

Para mí la maternidad representaba madurez, tenía que asumir esa responsabilidad, tener una vida diferente. Pensaba que quizás con mi hijo el haber estado tan joven no me permitió asumir esa responsabilidad por completo. Para mí, mis hijos son los que han hecho que tenga

una vida diferente, de lo contrario quizás estaría muy metida en las drogas. La maternidad ha significado para mí aprender a quererme un poquito y aprender a querer, porque pienso que no es lo mismo entregar tu amor a un hombre, que entregar el corazón a tus hijos. Pese a que fue una experiencia mal vivida siento que la lección sí fue aprendida.

La maternidad también les ha procurado aprendizajes entorno al cuidado de sí como parte del cuidado del otro, es decir, para cuidar bien de sus hijos, deben cuidar bien de ellas. Lo que no significa renunciar a sus sueños, dado que la vida no acaba con el nacimiento de un hijo y a pesar de que el amor de pareja pueda llegar a fracasar, el amor de los hijos es para siempre.

La maternidad ha dejado de ser una ilusión romántica para mí, ahora pienso que puede ser una buena madre sin sacrificarme a mí misma, sin dejar de tener mis propios sueños, sin dejar de continuar con mis planes, seguir estudiando, trabajando, seguir con la música.

Mi mayor sueño sigue siendo ser la mejor madre del mundo para mis hijos, pero sin anular mis propios sueños, ser una profesional y tener la vida que, desde chiquita sueño con tener, vivir en paz y poder darles todo mi amor a mis hijos.

Él se fue y yo decidí dedicarme a mi hijo. Decidí que iba a hacer todo lo necesario para que él estuviera bien, actualmente solo estoy trabajando con mi mamá, pero tal vez más adelante pueda terminar bachillerato y conseguir un mejor trabajo.



## **“Derechos sexuales y reproductivos”: Una deuda con las jóvenes en procesos de inserción social**

Los derechos sexuales y reproductivos forman parte de los derechos humanos, los cuales corresponden a todas y a todos por el solo hecho de ser personas, sin discriminación alguna por motivos de raza, color, sexo, idioma, religión, opiniones políticas o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento u otra condición social. Sin embargo, las mujeres que nacen en contextos precarizados crecen alejadas de reconocer la sexualidad como derecho. Sobre estos grupos se mira la sexualidad como una práctica de riesgo y por tanto predomina un abordaje desde un enfoque de prevención, sobre todo lo vinculado a embarazos y enfermedades de transmisión sexual.

No recuerdo hablar de sexualidad con mi madre. Tal vez, porque nunca teníamos tiempo para hablar. Fue en la escuela en realidad donde me hablaron sobre este tema y luego con las amistades. Sin embargo, la sexualidad estaba reducida a hablar de órganos reproductores, embarazos no deseados y métodos anticonceptivos.

Los derechos sexuales reconocen que todas las personas tienen derecho a decidir cuándo, cómo y con quién tener relaciones sexuales. Tienen derecho a vivir la propia sexualidad sin presiones ni violencia. A que se respeten las orientaciones sexuales y la identidad de género, sin sufrir discriminación. A acceder a información sobre cómo cuidarse y a disfrutar del propio cuerpo y de la intimidad con otras personas. La sexualidad es parte de la identidad. Experimentarla y disfrutarla sin prejuicios ni culpas incluye que se respeten las decisiones, y que se pueda vivir sin presiones ni violencias.

Los derechos reproductivos tienen que ver con una parte de la sexualidad: la reproducción, es decir el derecho a decidir si tener o no hijos e hijas. Si las personas quieren tener hijos, tienen derecho a elegir con quién tenerlos, cuántos tener y cada cuánto tiempo. También tienen derecho a la atención de la salud durante el embarazo, el parto y post parto. Si no se quiere tener hijos, tienen derecho a que se les informen

sobre los diferentes métodos anticonceptivos y a acceder a ellos gratuitamente. También, a que se les asesoren sobre las opciones ante embarazos no deseados. Es un derecho de todas las mujeres la atención rápida, con calidad y respeto en situaciones de post aborto. Sin embargo, en el caso de El Salvador este tema está penalizado en todas las situaciones.

El movimiento feminista desde los años 70 viene ampliando las demandas y exigiendo al Estado el cumplimiento por estos derechos. Así las mujeres empezaron a expresar sus deseos, a visibilizarse como seres sexuados con agencia propia, a expresar distintos proyectos de vida, de identidad sexual, de manera de vivir el cuerpo, la maternidad y la sexualidad, la autonomía como seres sexuales, la maternidad como opción y el aborto como un derecho, y a vivir una vida libre de violencias. La vivencia de la sexualidad y el derecho a decidir tiene que ver con el cuerpo, con aspectos subjetivos y también con las condiciones sociales, culturales y económicas en las que se desarrolla la vida de las personas. De esta forma han situado las necesidades y demandas en la agenda pública. (Fundación Heinrich Böll, 2015)

Los derechos sexuales suponen el derecho a disfrutar de una vida sexual satisfactoria y placentera,; a poder manifestar la orientación e identidad sexual y de género,; a expresar y manifestar los deseos y el placer sexual, el derecho a la diversidad sexual, que han dado lugar a experiencias no hegemónicas de vivir el cuerpo y la propia identidad. También integran el derecho a vivir libres de violencia machista, en sus distintas manifestaciones: el acoso, las agresiones, la violación; las actitudes y violencias LGTB fóbicas de quienes niegan la sexualidad como derecho para todas y todos, y estigmatizan y excluyen a quienes contravienen los mandatos de género y las normas sexuales hegemónicas. Los derechos reproductivos contemplan el derecho a considerar la maternidad/reproducción como una opción y la capacidad reproductiva de las mujeres como una posibilidad que puede desarrollar o no. Por tanto, suponen el reconocimiento del derecho a adoptar decisiones sobre nuestra vida reproductiva, a decidir libremente si se quiere o no tener hijas e hijos, el número, el momento y con quien se quieren tener, y el derecho al aborto. (Coordinadora Feminista, 2016)

## Un concepto limitado de sexualidad

Los derechos sexuales reconocen que todas las personas tienen derecho a disfrutar de una vida sexual elegida, sin violencia, riesgos ni discriminación. Al hablar de sexualidad se hace referencia a la forma en que las personas viven y sienten el cuerpo, deseos, gustos, emociones y fantasías desde que nacen y a lo largo de toda la vida. Todas las personas tienen una sexualidad y la viven de distintas formas. Pero esas formas están condicionadas por la sociedad. Cuando la manera de expresar la sexualidad se aleja de los mandatos sociales, pueden aparecer prejuicios, discriminación, desigualdades e, incluso, violencia.

De pequeña, recuerdo que la primera vez que hablé de sexualidad fue con mi hermana, quien ya tenía novio. Ese era un tema que no se podía hablar con mi mamá, ahora que lo pienso, quizás no tanto era por ella sino en realidad, por mi padrastro. A él nunca le gustaba tocar ese tema, reaccionaba agresivo, mi mamá era un poco más calmada, pero igual no le parecía mucho hablar sobre esos temas. En una ocasión, mi padrastro como le causaba coraje que platicáramos de cosas así, cuando se dio cuenta que mi hermana tenía novio quiso enviarnos a un internado solo de niñas.

Uno de los hallazgos de esta investigación es cómo la sexualidad para las jóvenes ha estado a lo largo de la vida limitada a hablar de relaciones sexuales desde un enfoque de riesgo de embarazos o enfermedades de transmisión sexual. La educación sexual para ellas ha estado enfocada en métodos anticonceptivos y formas de protegerse. Esto lleva a reconocer que ha existido información, pero de manera limitada y desde un enfoque que en lugar de garantizar derechos genera en las jóvenes rechazo y poca aceptación a las prácticas que se promueven. La creencia que las jóvenes quedan embarazadas por no conocer de métodos anticonceptivos queda muy poco sustentada y por tanto tiene coherencia pensar que, si los procesos formativos han seguido esta línea de solo transferir información y contenido, eso no ha logrado ser efectivo para que las jóvenes opten por planificar su maternidad y vivir su sexualidad de manera más integral.

Estaba estudiando primer año de bachillerato. No estaba en mis planes, ni siquiera se me cruzaba por la mente quedar embarazada. Simplemente sucedió y me tocó hacerle frente. Yo pensaba que quien quedaba embarazada era porque quería, porque uno conoce como cuidarse, sabe de métodos de planificación, hasta aburridas pasamos de tantas charlas que nos dan y siempre es lo mismo. Yo nunca pensé que fuera por falta de información que uno se embarazaba. Desde la escuela nos hablaban de órganos reproductores y cómo prevenir los embarazos. Pero al final, parece que uno se atiene, se confía demasiado y se siente como intocable en ese tema, como que a uno no le puede pasar.

Todo lo no hablado sobre la sexualidad, precisamente se convierte en nudos, conflictos y en situaciones de violación a sus derechos que las coloca en posiciones donde son vulneradas de diferentes maneras a lo largo de la vida, abusos sexuales, abortos, embarazos no deseados, violencia de la pareja, se convierten en temas tabú que cada una debe vivir en silencio. Sin embargo, es importante reconocer que atrás de las historias de estas jóvenes también existen historias de las mujeres de generaciones anteriores en sus familias que han cargado con una larga trayectoria de violencias. Lo que nos lleva a reflexionar sobre los entornos dentro de los cuales se configuran y emergen estos escenarios que generan ataduras y cárceles para las mujeres.

## Entornos poco favorables para el desarrollo pleno de la sexualidad

La familia es el primer espacio de socialización de una persona y el primer lugar donde debería de sentirse segura y protegida. Sin embargo, la realidad de El Salvador, es que la familia se vuelve el primer lugar donde la mayoría de mujeres son violentadas y donde sus derechos son vulnerados. Es importante analizar este contexto de manera amplia, no por hablar de la familia, estamos haciendo referencia a una responsabilidad individual y alejada de las condiciones de su entorno. La familia como tal no es una agente solitario ni aislado de su entorno, es resultado de una interacción con la comunidad, con las instituciones, con el Estado, con la cultura en la cual se ha desarrollado. Por tanto, toda aquella responsabilidad que intentamos depositar en las familias en realidad también es responsabilidad de la sociedad en la cual está inmersa.

Las familias de las jóvenes del CPISF se encuentran en contextos precarizados, con carencias económicas que no les permite tener acceso a condiciones básicas de vida, zonas periféricas que desde los años de 1990 han venido siendo los escenarios donde emerge el fenómeno de las pandillas. Es decir, territorios donde la cultura de pandilla lleva casi 30 años y por tanto ha permeado en distintos aspectos de la comunidad y de las familias que ahí viven.

Las ausencias y carencias afectivas se vuelven parte de este escenario. En su mayoría ausencias paternas por abandono o alcoholismo y en el caso de las madres ausencias por vivir en condiciones laborales de explotación, alejadas de seguridad social y de condiciones que le permitan desarrollarse plenamente. Como se mencionaba anteriormente, las jóvenes son hijas de generaciones de mujeres que han vivido también violencias y por tanto sus propias cargas emocionales no les han permitido acompañar a sus hijas de otra manera más allá de la que ellas conocieron y vivieron. Estamos frente a una generación que ha heredado las violencias de las generaciones anteriores y por tanto también en la oportunidad de romper esos ciclos.

La violencia y el abuso sexual están presente en la mayor parte de las historias de las jóvenes, golpes, gritos, insultos y violencia sexual. En este país, según datos del Instituto de Medicina Legal, (IML) en 2019 se realizaron 2,894 reconocimientos por violencia sexual, es decir, 8 casos diarios. 75% de abusos se cometió en niñas y adolescentes menores de 17 años, incluyendo 848 casos de niñas menores de 11 años. La mayor parte de abusos cometidos a una menor de edad es por un familiar o una persona cercana. Estos temas no son hablados y generalmente para las jóvenes han sido historias que viven en silencio, lo cual no les permite procesarlo. Los sentimientos de culpa, vergüenza, autoestimas más frágiles y prácticas de autoflagelación son comunes en jóvenes que han vivido abuso sexual desde la infancia.

De pequeñas, a mi hermana mayor y a mí nos tocaba ir a pedirle ayuda económica a nuestro padre, que se había ido de la casa. Él comenzó a abusar sexualmente de nosotras y nos amenazaba que si decíamos algo nos quitaría el apoyo económico y le haría daño a nuestra mamá. Eso a nosotras nos paralizaba, ni siquiera entre nosotras hablábamos de eso. Fue tiempo que después que nos dimos cuenta que ambas estábamos viviendo la misma situación.

La educación sexual en la familia ha estado ausente. Hablar de sexualidad, así como de otros temas vinculados al desarrollo integral de la persona quedan en segundo lugar cuando lo importante es garantizar la vida misma, la alimentación, la vivienda de la familia. Además ¿Cómo hablar con las hijas de sexualidad cuando es algo que ni para la madre ni para el padre está claro en sus vidas? ¿Cómo una mujer que ha vivido violencia durante su vida y la ha normalizado puede hablar con su hija de derechos? Es necesario el empoderamiento de la familia, el reconocimiento de las mujeres de sus propias historias para no continuar perpetuándolas en las siguientes generaciones. Pero esto no es una tarea sencilla, requiere de un entorno y de condiciones para trabajar estas historias, sanarlas, nombrar las violencias y el dolor que las ha acompañado.

Una noche me levanté con un fuerte dolor de vientre, fui al baño y sangré. Esa noche tuve un aborto espontáneo. No fui al médico, tenía miedo, porque yo sabía que a muchas mujeres se las llevaban presas por casos así. No conversé esto con nadie, hasta ahora. Pero yo pensaba que por lo que me había pasado yo no iba a poder volver a tener hijos y, por eso, nunca vi la necesidad de cuidarme y planificar.

La escuela y la comunidad también fueron agentes fallidos en estos procesos. La escuela más enfocada en la escolarización que en la educación se vuelve un espacio poco motivante para las adolescentes, un espacio donde no encuentran apoyo y que no identificó las vulneraciones a las cuales habían estado expuestas. La falta de espacios comunitarios, alternativos que puedan ser agentes de contención para la vida de las adolescentes tampoco estuvieron presentes.

Nadie hablaba con nosotras sobre educación sexual, afectos, amores sanos, de autoestima, en la casa no hubo tiempo para tocar el tema y en la escuela tampoco. Dejé de estudiar en tercer grado. Sentía que el estudio no era para mí, que de nada me iba a servir para el futuro, me aburría cuando iba a la escuela. Lo que quería era ayudarle a mi mami en el negocio, porque lo que necesitábamos era dinero para comer.

Todo lo anterior parecieran piezas de un rompecabezas que van encajando para generar las condiciones en las que las adolescentes ven a la pandilla como un espacio atractivo, ya sea por su propia dinámica y práctica cultural, o como una alternativa de protección ante las violencias de la familia.

Las pandillas desde sus inicios han estado conformadas en su mayoría por hombres. Sin embargo, las mujeres se encuentran presentes de múltiples maneras en la vida de los pandilleros, sea como madres, hermanas, novias, amigas o compañeras de pandilla. El rol y experiencia de las mujeres vinculadas a pandillas ha sido siempre diferentes al de los

hombres. Algunos estudios (IUDOP, 2010; Interpeace, 2011) concuerdan en que algunas de las motivaciones de las mujeres para ingresar a las pandillas están asociadas a tres factores: las relaciones disfuncionales a nivel familia, el deseo de venganza hacia un agresor y la atracción por la identidad y dinámica de la pandilla. Entre las formas de ingreso eran comunes tener que someterse a una golpiza o a una violación sexual colectiva, la mayoría de mujeres optaban por la golpiza, ya que esto les daba respeto dentro del grupo.

La pandilla se presenta en la vida de las mujeres al inicio como refugio, como espacio de protección, donde sienten que nadie las puede tocar ni tratarlas mal. Sin embargo, con el paso del tiempo y el establecimiento de relaciones de pareja, ese mismo espacio se les convierte en una cárcel que no les permite decidir por ellas mismas. Además, esta vinculación es la que lleva a las jóvenes a verse implicadas en distintas situaciones en conflicto con la ley y por ende lo que lleva a que terminen cumpliendo medidas de privación de libertad en el CPISF.

Tuve otro par de relaciones, pero nada significativas. Al ir creciendo, la vida en la casa se volvía más difícil y la calle se volvió mi refugio. Comencé a relacionarme con los “bichos” en la zona, a salir con ellos, a pasarla bien como una forma de escapar. Me sentí más segura, más confiada. Tenía 14 años y sentía que ahora ya nadie me iba a poder decir nada, que iba a poder hacer lo que yo quería, me sentía más fuerte. Las amistades me decían que nadie se iba a poder meter conmigo porque se meterían con ellos, me sentía protegida y fuerte.

El CPISF es el único Centro para mujeres adolescentes y jóvenes menores de edad en el país. Según la Ley Penal Juvenil la medida de privación debe estar encaminada a una finalidad socio formativa privilegiada por el componente educativo que permita a las jóvenes un proceso de inserción que garantice sus derechos. Sin embargo, en la práctica, la medida sigue siendo de carácter punitivo, que castiga a la joven ante su conducta social.

En cuanto a la vivencia de la sexualidad el Centro también representa nuevos desafíos, entre ellos la convivencia entre mujeres, la construcción de nuevos lazos. Estar en condición de encierro durante la adolescencia genera una diversidad de inestabilidades emocionales, las jóvenes tienen una ruptura con sus vínculos afectivos, la mayoría dejó una pareja que era la persona en la que se refugiaban para llenar sus vacíos. Pese a que culturalmente las relaciones entre mujeres y la sororidad son temas no conocidos por las jóvenes, las prácticas que terminan ejerciendo entre ellas sí promueven complicidad, protección, apoyo mutuo. Pareciera parte de las experiencias del Centro, que más allá de ser una preferencia sexual, las jóvenes terminan estableciendo relaciones afectivas de parejas entre ellas para sentirse acompañadas durante el proceso. Relaciones que al salir del Centro quedan en el pasado y ni siquiera son nombradas algunas por vergüenza y otras simplemente por no comprender en realidad qué vivieron. Más allá del significado de este tipo de relaciones, el tema pareciera ser tratado como tabú o como pecado dentro del Centro, dejando a un lado la posibilidad de acompañar a las jóvenes en esta vivencia y experiencia de su sexualidad, reconocer que hay más allá en la necesidad de contar con una persona con quien se crea complicidad y con quien se intenta llevar la vida. Es decir, la misma vida de las jóvenes, sus propias experiencias cotidianas se convierten en la ventana para poder abordar con ellas los derechos sexuales y reproductivos. Pero no desde miradas juzgadoras, represivas sino desde la posibilidad de hablar los temas con libertad.

En el Centro nos daban muchas charlas sobre sexualidad, pero al final, para nosotras eso era aburrido porque las charlas iban enfocadas siempre en lo mismo: en métodos anticonceptivos, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, temas que sí eran importantes, pero que en realidad ya todas sabíamos. Hay temas que siempre quedan ocultos, que son tabú y aunque los vivamos y todo el mundo lo sabe nadie los habla. Los abusos sexuales de las infancias, la violencia de género dentro la pandilla, las relaciones de poder, los embarazos no deseados, por ejemplo. En el Centro, parte de vivir y experimentar la sexualidad, lleva a que muchas de las jóvenes establezcan relaciones entre ellas, algo que se

da por curiosidad, por soledad, por búsqueda de protección o por preferencia sexual que algunas ya venían de alguna forma experimentando desde antes de llegar al Centro. Pero como nunca se habla de eso, no hay ni siquiera una posibilidad de comprender por qué las jóvenes deciden establecer estas relaciones y al momento de salir del Centro muchas de ellas lo dejan a un lado, nunca vuelven a hablar de ello, algunas porque les da vergüenza o porque en el mundo de las pandillas eso es algo que no se les permite a todas. Entonces, podríamos decir que también por miedo.

El Centro no cuenta con un programa de acompañamiento en derechos sexuales y reproductivos, los procesos de formación que en algún momento han recibido las jóvenes son impartidos por organizaciones colaboradoras, pero esto representa un desafío en cuanto lineamientos de enfoques. ¿Desde qué enfoque se habla de sexualidad con las jóvenes? ¿Qué metodologías se implementan? Esto en la actualidad depende de cada organización, lo que lleva a que algunos discursos sean contradictorios y al uso metodologías tradicionales basadas en charlas sobre los mismos temas que han venido escuchando desde la escuela. Por un lado, se presenta el escenario de los derechos sexuales y reproductivos mientras de manera paralela se refuerzan estereotipos de roles de género y la imagen de cómo debería de ser una buena mujer. Sin duda, esto representa un desafío en cuanto a política pública, poder articular programas especializados que atiendan la realidad de las vidas de las jóvenes.

### **Políticas distantes y ausentes**

Pese a que en los últimos 10 años ha existido un avance significativo en leyes y políticas para garantizar los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres a nivel de país, estos siguen estando ausentes en la vida de jóvenes que han vivido contextos vinculados a las pandillas. Las jóvenes que han sufrido violencia o abuso sexual en sus infancias no han encontrado respaldos institucionales o comunitarios a través de los cuales hacer frente a esa situación y por el entorno, la pandilla ha sido su única salida para sobrevivir a esa primera violencia en sus vidas.

En este espacio, también encontraba protección, mi padrastro ya no se iba a volver a atrever a tocarme, porque ya no estaba sola, y si tenerme miedo era la única forma que el abuso se detuviera, lo prefería así. En más de una ocasión, me dieron ganas de vengarme y yo sabía que con la pandilla lo podía hacer.

Una vez dentro de las pandillas, el establecimiento de relaciones afectivas de pareja las lleva a vivir otra forma de violencia. Tienen control sobre ellas, sobre su cuerpo, sobre sus decisiones. Al momento de experimentar violencia las jóvenes se ven de manos atadas a donde recurrir, ni la policía, ni las instituciones asumen una tarea de protección cuando los casos están vinculados a pandillas. La violencia hacia las mujeres en estos escenarios es un vacío dentro de la política pública. Nadie está dispuesto a apoyar por el riesgo que representan las represarías de la pandilla. Muchas de las jóvenes optan por irse del país, como única alternativa para intentar sobrevivir nuevamente.

En el mundo de las pandillas, los derechos de las mujeres no existen y mientras él no decidiera terminar nuestra relación y dejarme libre, yo seguía atada. (...) Por más que yo trataba de explicarle que quería seguir con mi vida, para él yo seguía siendo su pareja pese a que él sigue cumpliendo condena. (...) Pero era difícil pensar en tener una relación "normal" porque me seguían teniendo controlada y sabía que las cosas podían complicarse.

Pese a toda historia de vida, siguen siendo jóvenes, mujeres, pero las diversas instituciones de Estado responsables de ser garantes de sus derechos no cuentan con programas específicos de acompañamiento para esta población. Esto las deja poco visibles, al margen de la política pública y al margen de los avances obtenidos por el movimiento feminista y distintas organizaciones que han luchado en estos años por los derechos de las mujeres.







# Capítulo 4

**Pensar los derechos sexuales y reproductivos:  
Una propuesta para procesos de  
inserción social**



## ¿Por dónde comenzamos?

Los derechos sexuales y reproductivos son aquellos relacionados con la expresión de la sexualidad considerando la autonomía corporal y la capacidad para decidir de manera libre e informada. Su ejercicio contribuye a fomentar la libertad, dignidad e igualdad entre las personas y se refleja en el bienestar social de la población. Alcanzar el cumplimiento de los derechos sexuales y reproductivos de mujeres en contextos vulnerados es clave para abordar la desigualdad social que enfrentan, luchar por la igualdad de género y contribuir a su empoderamiento.

### 1 Definir enfoques

El primer paso es tener clara la posición desde la cual hablamos de un tema. Es necesario definir una política institucional de acompañamiento en derechos sexuales y reproductivos para los procesos de inserción social que incluya como mínimo los siguientes enfoques:

- **Perspectiva de derechos humanos:** Se centra en los grupos de población que son objeto de una mayor marginación, exclusión y discriminación. Integrar la perspectiva de derechos pareciera ser hoy en día, un requisito ineludible de cualquier propuesta de trabajo con personas, sobre todo en áreas como la educación, la salud o el trabajo social. Sin embargo, esta perspectiva muchas veces no pasa de ser un enunciado, una declaración de intención que no se concreta en las prácticas. Esto sucede porque trabajar desde la perspectiva de derechos implica, para nuestras sociedades un cambio cultural muy importante y para nosotros en tanto personas, una revisión de nuestras ideas y prácticas.
- **Perspectiva de género:** Propone y permite el análisis profundo de las relaciones sociales entre hombres y mujeres, con el fin de esclarecer las diferencias e inequidades que están vinculadas al género. Otro enfoque que ha ganado popularidad, pero su incorporación también suele ser equívoca, incompleta y sólo enunciativa la mayor

parte de las veces. En la actualidad, anunciar que se trabajará “desde la perspectiva de género” resulta “políticamente correcto” e incluso aparece como una exigencia por parte de los organismos estatales y las agencias internacionales. Esto representa un avance en tanto se reconoce la necesidad de incorporar esta perspectiva para poder generar acciones eficaces y respetuosas de los derechos de las personas, aunque no siempre signifique una real apropiación de la perspectiva de género. Incorporar perspectiva de género implica comprometerse con dos ideas: 1) indignarse ante las desigualdades de género y motivarse a trabajar en pro de la equidad y 2) reconocer en nuestra vida, en la de quienes nos rodean y en nuestra sociedad las restricciones a la libertad y comprometerse a trabajar por una sociedad libre de estereotipos.

- **Perspectiva de diversidad:** La diversidad hace referencia a la variedad y se produce cuando hay diferencias entre los componentes de un conjunto. En la especie humana, la diversidad se manifiesta en diferentes culturas, diferentes genotipos, diferentes lenguas, diferentes organizaciones sociales, diferentes formas de ver el mundo, diferentes religiones. Los humanos nacemos únicos, con una especificidad genética. Eso hace parte de la diversidad humana pero no es lo principal. Las personas somos parte y productoras activas de nuestra cultura y de nuestra historia, vamos generando nuestra personalidad, actitudes, gustos, habilidades, deseos, acciones, que siempre serán únicas y distintas a las de las demás. Eso principalmente nos hace diversos, únicos e irrepetibles. La cultura, las relaciones, las ideas, todo se construye a partir de las diferencias y del aporte único que cada uno es capaz de hacer. La perspectiva de reconocimiento a la diversidad como inherente a la experiencia humana significa que todos somos aceptados como personas humanas, con igual poder para participar en la vida social desde nuestras identidades y modos de vida diferentes. Incluir el enfoque de diversidad supone una transformación de las relaciones inequitativas de poder.

El acompañamiento con adolescentes y jóvenes en procesos de inserción social implica reconocerlas como seres sexuados con derecho a una sexualidad placentera y que, si bien muchas personas manifiestan reconocer que las adolescentes tienen ciertos derechos, en la práctica prevalecen las normas sociales que valoran lo que es “bueno o malo”, “correcto o incorrecto” en el comportamiento de ellas. Los procesos de formación y acompañamiento con jóvenes en conflicto con la ley están fuertemente permeados por creencias religiosas desde las cuales se busca generar una transformación en la vida de ellas, sin embargo, es necesario que la promoción de los derechos sexuales y reproductivos se realicen desde una perspectiva laica.

En este sentido creemos pertinente y urgente poder hacer un aporte real para que las jóvenes sean tomadas en cuenta, sean escuchadas y respetadas desde un enfoque que habilite la participación activa en las diversas esferas en las que se desenvuelven. La promoción de los derechos sexuales y los derechos reproductivos es una de las formas que aportan al proceso de construcción de capacidades individuales y colectivas para que las adolescentes y jóvenes se asuman como personas con derechos, con habilidades para negociar, influir y tomar decisiones sobre las circunstancias y situaciones deseadas y no deseadas vinculadas al ejercicio de su sexualidad.

Significa expandir su libertad de escoger y de actuar en el marco del respeto de sus derechos y del reconocimiento de las responsabilidades que acompañan éstos. Aquí entra en juego un concepto sustancial para el ejercicio de los derechos por parte de las jóvenes y es el concepto de autonomía y empoderamiento, entendido como: “la generación de condiciones que posibiliten un proceso de construcción del autocuidado sobre la base del autoconocimiento y disfrute del propio cuerpo, el ejercicio pleno de derechos sobre la base del respeto y la integración del otro en tanto también sujeto de derechos. En este campo, empoderamiento significa entonces sentirse y considerarse con poder para tomar decisiones sexuales y reproductivas autónomas y responsables, respetuosas e informadas” (López, 2000). Para esto es necesario articular los esfuerzos

de todos los agentes clave involucrados en los procesos de inserción social para realizar acciones conjuntas que favorezcan la salud sexual y reproductiva de las adolescentes y jóvenes.

Esto implica un cambio en la visión de los equipos que acompañan procesos de inserción social y por tanto es primordial incorporar procesos de formación y sensibilización continuos para ellos. Además, es crucial que se otorgue tanta importancia a la promoción como a la asistencia, identificar las barreras que obstaculizan el acceso de las adolescentes y jóvenes a servicios dedicados a la atención y promoción de la salud sexual y reproductiva. Para ello deben existir espacios educativos adecuados y de calidad y servicios de salud accesibles, amigables y confiables. Deben ofrecer calidad de atención, estar adecuados y diseñados según las características y necesidades de las propias adolescentes y jóvenes.

## 2 Trazar rutas metodológicas

Para acompañar en derechos sexuales y reproductivos con adolescentes y jóvenes en procesos de inserción social proponemos un abordaje desde tres pilares: la pedagogía crítica, la educación popular y el arte para la transformación social.

*“Toda educación debe ser popular. Toda educación debe ser derecho. Toda educación debe tener como prioridad las personas que sufren de algún nivel de asimetría. Toda educación debe ser una educación que construye nuestras capacidades de soñar y de transformar, capacidades de conocimiento de los más sencillos a los más complejos, desde diálogos de saberes, como los saberes populares y los conocimientos ancestrales” (Oscar Jara)*

Paulo Freire afirma que **“la educación sola no cambia la sociedad. Pero, tampoco sin ella la sociedad cambia”** (2015, p. 46). Para que podamos construir una sociedad libre, la educación debe ser emancipadora, capaz de transformar el presente y el futuro de niñas, niños, adolescentes, jóvenes y personas adultas desde la reflexión, el diálogo, el pensamiento crítico; desde la capacidad de indagar, cuestionar, discernir, imaginar y accionar por otros mundos posibles. La emancipación parte, como dice Freire, del diálogo como un principio ético y político. Es desde el diálogo que la educación, siendo emancipadora, puede orientarse a los propósitos de los derechos humanos; a la construcción de la paz y de ciudadanías activas, críticas y participativas; al fortalecimiento de nuestras democracias; y a la superación de las desigualdades y discriminaciones. La consolidación de sistemas públicos de educación, que aseguren la gratuidad y la universalidad para todos y todas, y que sean emancipadores y garantes de derechos, es tarea pendiente y urgente para los países de América Latina y el Caribe.

Los principios de la educación popular nos enseñan que la educación debe ser dialógica, desde y para la promoción de relaciones horizontales con y entre educadores y educandos, y desde pedagogías y prácticas promotoras de conciencia crítica respecto al mundo en que vivimos respecto a nuestros tiempos y espacios, a nuestras historias y culturas, capaz así de promover transformación y liberación. Una educación emancipadora, promotora de conciencia crítica y que por lo tanto libera, genera condiciones para que todas las personas puedan participar, en pie de igualdad, en la vida económica, política, cultural y social de los distintos lugares.

Desde este lugar proponemos que la apuesta sea crear espacios de diálogo con las jóvenes donde se trabaje a partir de sus propias vidas. Un primer acercamiento que permita a las jóvenes reconocerse como seres sexuados y que han vivido una serie de violencias a lo largo de la vida. Reconocer y trabajar las historias de vida de las jóvenes, permitirá un proceso al mismo tiempo de reflexión para ellas. La metodología debe estar encaminada a que una vez reconozcan y puedan nombrar sus propias experiencias, sean capaces de cuestionarlas, indignarse y generar un deseo por transformar esas condiciones en las que se han venido desarrollando. Por supuesto que esta apuesta requiere de mucho cuidado, ya que estamos trabajando con el dolor de las personas y por tanto deben estar presente una ética del cuidado y un acompañamiento respetuoso.

Las jóvenes no son páginas en blanco, tienen historias, experiencias, conocimientos y saberes. Es a partir de ello el desafío de hablar desde esos lugares, comenzar a dialogar desde las propias experiencias y saberes de ellas. Establecer diálogos horizontales donde desaparezca la figura de alguien que tiene el conocimiento y alguien que lo recibe, estamos hablando de espacios donde el conocimiento se construye entre todas.

En este sentido, proponemos el arte, desde sus diferentes expresiones, como una posibilidad de trazar estas rutas metodológicas. El arte

permite trabajar con el dolor y nombrar lo innombrable de manera no revictimizante, el arte permite abrazar cuidadosamente ese dolor, pero al mismo tiempo resignificarlo. Un escrito, un cuento, un poema, una obra de teatro, una pintura, una pieza musical, tendrán la posibilidad de permitirnos acercarnos a lugares donde las adolescentes y las jóvenes no han querido volver por mucho tiempo.

Son procesos que requieren cercanía, empatía, respeto a la vida de cada persona. Una vez las jóvenes son capaces de reflexionar y cuestionar sus propias historias están preparadas para dar paso a actuar, movilizarse, tomar acciones para promover los derechos sexuales y reproductivos tanto en su vida personal pero también en sus entornos. Es importante crear condiciones para que sean las mismas adolescentes y jóvenes quienes diseñen estrategias de incidencia tanto al interior del Centro Femenino para la Inserción Social, hacia las diferentes instituciones responsables de acompañarlas en estos espacios, pero también con las jóvenes que ya retornaron a sus comunidades, con centros educativos donde sus propias historias pueden contribuir a que otras jóvenes no tengan que transitar sus mismos caminos o que al menos cuenten con más herramientas en su equipaje para hacerlo.

## **3 Construir mapas temáticos para comenzar a hablar de derechos sexuales y reproductivos**

Aunque cada persona, institución u organización define su propio mapa temático, queremos recomendar una base a partir de la cual se puede comenzar a construir, teniendo en cuenta las experiencias vividas por las jóvenes y sus intereses:

- ¿Qué conocemos de sexualidad? Diferenciando conceptos y comprendiendo el significado amplio e integral de la sexualidad.
- Hablando de Género. Nacer mujer, desigualdades, violencias
- Construir lazos afectivos y sororidad entre mujeres
- Luchar por entornos libres de violencias hacia las mujeres
- Cuerpo y sexualidad. Sobre derechos sexuales, conocimiento del propio cuerpo y el placer.
- La decisión de la maternidad. Sobre derechos reproductivos, salud y creencias sobre la maternidad.
- Diversidad sexual
- Moverse a la acción. Promoción de los derechos sexuales y reproductivos con énfasis en la participación de las adolescentes y jóvenes. Propuestas creativas para la incidencia.

# Conclusiones generales

A partir de la experiencia de acompañamiento con mujeres jóvenes en procesos de inserción social y la participación de algunas de ellas a través de sus relatos, consideramos relevante y urgente la construcción de una estrategia pedagógica para la garantía de los derechos sexuales y reproductivos de mujeres que se encuentran en conflicto con la ley para ser incluida como parte de una política de inserción social.

El embarazo y la maternidad para las jóvenes es un hecho sentimental y biográfico que marca un punto de inflexión en sus vidas, un nuevo inicio para ellas frente a su pasado. Las jóvenes al interior de sus relaciones muestran comportamientos y actitudes “conservadoras”, en el sentido que se ajustan a las reglas de género en una situación de amor romántico. Estos dos temas se vuelven claves para los procesos de acompañamiento en educación sexual. Sin embargo, en muchos casos, estos temas no son abordados por parte de los equipos institucionales o de organizaciones que brindan servicios en salud sexual y reproductiva, prevalece desde la política pública y desde los servicios de atención, una mirada pasiva sobre las jóvenes a quienes se consideran como receptoras de los servicios por lo que se generan pocos espacios para su participación activa.

La oferta de procesos de sensibilización y formación para el personal de las diferentes instituciones vinculadas a los procesos de inserción social es limitada y en muchos casos nula. La sexualidad no es abordada desde una perspectiva de derechos sino desde discursos conservadores, tradicionales y religiosos. Esto invita a las instituciones y/u organizaciones considerar este tema en sus intervenciones, no solo pensar los programas para las jóvenes sino también para aquellos que día a día las acompañan en sus procesos de inserción.

Los relatos de las jóvenes presentan el noviazgo y la formación de una familia con una imagen idealizada, construida a partir de sus propias carencias afectivas y la necesidad de sentirse amadas y cuidadas. En este contexto, el embarazo, aunque no es planeado tampoco es prevenido, se

deja al azahar en medio del cúmulo de emociones que experimentan, esto nos invita a pensar lo prioritario que debe ser trabajar y fortalecer el lado emocional de las jóvenes que viven procesos de inserción social, trabajar los dolores y heridas de la infancia y adolescencia, trabajar su autoestima y estimular la construcción de autonomía en sus proyectos de vida.

Las mujeres jóvenes en contextos vulnerados no reconocen la sexualidad y la reproducción como parte de sus derechos, desde pequeñas han sido privadas de sentirse dueñas de su cuerpo y poder decidir sobre él. La inclusión de una perspectiva feminista a los procesos de formación y acompañamiento se vuelve un desafío y al mismo tiempo una necesidad en la búsqueda por el empoderamiento de las mujeres sobre sus cuerpos y sus proyectos de vida.

El goce de los derechos sexuales y reproductivos es una parte de la vida de las mujeres jóvenes fundamental para la construcción de proyectos de vida más integrales que les permitan restituir diferentes derechos violentados. La sexualidad y la reproducción en las jóvenes son temas determinantes al momento de establecer sus proyectos personales y transitar a entornos que les permitan el desarrollo de sus procesos de inserción social.

Es importante ser conscientes de las afectaciones a nivel emocional que generan las condiciones de encierro y aislamiento en adolescentes, siendo esta una etapa clave en el desarrollo de su sexualidad y establecimiento de relaciones afectivas. Las personas que acompañan en temas de educación sexual y derechos sexuales y reproductivos deben reconocer los contextos particulares de las jóvenes, tanto en los que han crecido como en los que se encuentran al momento de acompañarlas con el fin de generar procesos más respetuosos, empáticos y aceptables por parte de las jóvenes. Esto además implica ver a las jóvenes no como receptoras de información sino como agentes transformadoras y protagonistas de esos espacios.

Desde la experiencia de TNT en derechos sexuales y reproductivos con jóvenes privadas de libertad y en procesos de inserción social, uno de los aprendizajes ha estado en que la estrategia debe de iniciar en el sentir antes del conocer. Un acompañamiento respetuoso, que se centre en la vida y las experiencias de las mismas jóvenes, desde sus propias historias, un trabajo que tiene un lado psicológico-terapéutico, pero al mismo tiempo educativo - pedagógico (desde un enfoque de educación popular). Dos procesos que resaltaron con fuerza durante estos años han sido la presentación del monólogo “No solo duelen los golpes” de la artista Pamela Palenciano<sup>5</sup> y un proceso terapéutico grupal que permitió hablar a las jóvenes de muchas de sus violencias vividas desde la infancia, invitándonos a pensar que el arte era además una posibilidad para sanar.

<sup>5</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=sªaMeSfcEJc>





## Referencias bibliográficas

- Alcántara, A. y Fainsod, P. (2005).** Desigualdad, embarazo/maternidad adolescente y escuela media. Trayectorias escolares de alumnas embarazadas y alumnas madres de sectores populares; en AA.VV, Sexualidad, salud y derechos. Maternidades adolescentes. Maltrato y abuso sexual. Psicopatologización de niños y adolescentes. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Alemán, Cueva e Isfrán (2017).** Tres enfoques que han guiado las políticas de prevención del embarazo adolescente [Mensaje en un blog]. Gente Saludable. Recuperado de: <https://blogs.iadb.org/salud/es/preven-cion-del-embarazo/>
- Atkin, L. (1994).** El embarazo en la adolescencia en América Latina y el Caribe: causas y consecuencias; en Memorias de la Conferencia Internacional sobre Fecundidad en Adolescentes en América Latina y el Caribe. México: Editorial Oaxaca.
- Blumer, H. 1969.** Symbolic Interactionism: Perspective and Method. Eglewood Cliffs. Prentice Hall.
- Chávez, C. y Melenge, J.A. (2019).** Las Guapas: Historias de vida, amor y libertad. San Salvador: Fundación Heinrich Boll.
- Cuff, E.; Sharrock, W. y Francis, D. 1990.** Perspectives in sociology. 3rd. Ed. London: Unwin Hyman.
- Fainsod, P. (2006).** Embarazo y maternidad adolescente en la escuela media. Una discusión sobre las miradas deterministas de las trayectorias escolares de adolescentes embarazadas y madres en contextos de pobreza. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Fernández, A.M. (2004)** Adolescencias y embarazos. Primera parte: Hacia la ciudadanía de las niñas. Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología. 9 (1), pp. 43-56.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas - UNFPA El Salvador (2015).** Maternidad y Unión en Niñas y Adolescentes, consecuencias en la vulneración de sus derechos. El Salvador.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas -UNFPA El Salvador (2015).** Mapa de Embarazos en Niñas y Adolescentes en El Salvador.

- Freire, P. (2015).** Pedagogía de la Autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa. Argentina: Siglo XXI Editores
- Fundación Heinrich Böll (2016).** Derechos Sexuales y Reproductivos: Un ensayo de Christa Wichterich. Ediciones Böll: Chile.
- Glasser, B. 1992.** Basics of Grounded Theory Analysis. Mill Valley: Sociology Press.
- Glasser, B. y Strauss, A. 1967.** The discovery of Grounded Theory: strategies for qualitative research. New York: Aldine.
- Guba E. y Lincoln, Y. 1994.** Competing Paradigms in Qualitative Research. En: K. Denzin N. y Lincoln, Y. (eds). Handbook of Qualitative Research. London: SAGE; 99-105.
- Instituto Universitario de Opinión Pública-IUDOP (2010).** Segundos en el aire: mujeres pandilleras y sus prisiones. El Salvador: UCA Editores.
- Interpeace (2010).** Violentas y violentadas: Relaciones de género en las maras Salvatrucha y Barrio 18 del triángulo norte de Centroamérica. Guatemala.
- Kaplan, C. y Fainsod, P. (2001).** Pobreza urbana, diversidad y escuela media. Notas sobre las trayectorias escolares de las adolescentes embarazadas. Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras, 18 (10), pp. 23-38.
- Layder, D. 1994.** Understanding Social Theory. London: SAGE.
- Lubrich, Oliver (2006).** La deconstrucción del mito del "amor verdadero" en Romeo y Julieta Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey, 20(1), pp. 53-93
- Melenge, J.A. y Chévez, C. (2018)** LiberArte: Una sistematización a múltiples voces. Colombia: Editorial CINDE.
- Mercer, R. (2004).** Becoming a mother versus maternal role attainment Journal of Nursing Scholarships
- Morgade, G. y Alonso, G. (2008).** Cuerpos y Sexualidades en la Escuela. De la "normalidad" a la disidencia. Buenos Aires: Paidós.

**Noguera, N. y Alvarado, H. (2012).** Embarazo en adolescentes: Una mirada desde el cuidado de la enfermería. Colombia.

**Organización Panamericana de la Salud - OPS, Fondo de Población de las Naciones Unidas -UNFPA y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia - UNICEF (2018)** Acelerar el progreso hacia la reducción del embarazo en la adolescencia en América Latina y el Caribe.

**ORMUSA (2018).** Informe 2018 Observatorio de los Derechos Sexuales y Derechos Reproductivos. El Salvador.

**Pascual-Fernández, A. (2016).** Sobre el mito del amor romántico. Amores cinematográficos y educación. DEDICA. REVISTA DE EDUCAÇÃO E HUMANIDADES, 10, 63-78

**Pick de Weiss, S. (1994).** Soy importante. México: Instituto Mexicano de Investigación de Familia y Población. A.C. Editorial - Grupo Noriega Editores.

**Piñero, L. (1998).** Felices por un rato. El embarazo adolescente desde la mirada de sus protagonistas; Argentina: Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa.

**Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos (2009)** 1º informe situacional sobre el embarazo en adolescentes y su impacto en el derecho a la educación. El Salvador.

**Ritzer, G. 1993.** Teoría Sociológica Contemporánea. Madrid: Mc Graw-Hill.

**Schwartz, H. y Jacobs, J. 1979.** Qualitative Sociology. New York: The Free Press.  
Stern, C. y García, E. (1996). Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente. México: inédito.

**Strauss, A. 1987.** Qualitative Analysis for Social Scientists. Cambridge: Cambridge University Press.

**Strauss, A. y Corbin, J. 1990.** Basics of Qualitative Research: Grounded Theory Procedures and Techniques. London: SAGE.



# Anexos

**Relatos para hablar sobre  
derechos sexuales y reproductivos**



## Siempre estuve sola

“ Mi vida nunca fue sencilla. Tengo 22 años y desde pequeña crecí con mi madre y mis dos hermanas en una zona popular a la periferia de la ciudad. Era la hermana del medio. Recuerdo que siempre estuvimos solas con mis hermanas, porque mi mamá tenía que trabajar casi todo el día. Cuando regresaba del trabajo, ya estábamos dormidas. Se iba antes que nos despertáramos, pero siempre nos dejaba el desayuno listo. Ella siempre ha trabajado de empleada doméstica en una casa en San Salvador, no le pagan ni el salario mínimo, pero eso le ha permitido siempre contar por lo menos para la comida. A ella sola le ha tocado mantenernos; mi padre nos abandonó desde muy pequeñas y nunca le ayudó.

Desde muy pequeña comencé a estudiar y me gustaba mucho, pero eso sí, siempre me fue difícil relacionarse con otras personas; soy fría, distante, “rara” con los demás. Yo siempre fui muy buena en los estudios, los profesores siempre me decían que era muy inteligente y eso hacía que mi mamá se sintiera muy orgullosa de mí, que me admirara. Me da tristeza pensar que las cosas ya no sean así, ahora no puedo ponerle mente a algo, los estudios me cuestan, cuando antes todo era muy sencillo, entendía las clases, las tareas... Ahora me cuesta leer, hacer alguna tarea, todas las cualidades que mi madre admiraba en mí, ya no las tengo. Llevo tres años intentando finalizar mi último año de bachillerato y nunca lo logro, siempre pasa algo. Eso me frustra, a veces hasta pierdo las ganas de seguirlo intentándolo...

No recuerdo hablar de sexualidad con mi madre. Tal vez, porque nunca teníamos tiempo para hablar. Fue en la escuela en realidad donde me hablaron sobre este tema y luego con las amistades. Sin embargo, la sexualidad estaba reducida a hablar de órganos reproductores, embarazos no deseados y métodos anticonceptivos. Con la adolescencia, la vida me cambió. Mi madre se había acompañado y mi padrastro no era la persona que esperábamos. Comencé a sufrir abuso sexual y a los 11 años decidí contarle a mi madre. Nunca olvidaré sus ojos llenos de lágrimas, se puso a llorar y desde ese día dejé de ser la “la niña de mamá”, dejé de ser la consentida y algo se rompió en la relación entre nosotras. Decidí irme de la casa a vivir con mi papá. Pasé un año con él, pero las cosas tampoco fueron fáciles; él es una persona complicada con su propia historia, durante la guerra estuvo vinculado al ejército y después de los Acuerdos de Paz fue uno de los primeros en organizarse con las pandillas. Así que su forma de ser y de tratarme no era la que yo

esperaba. Él ya tenía otra familia, no me sentí cómoda y me regresé a la casa con mi mamá.

Pero las cosas no cambiaron y no hubo vuelta atrás. Yo empecé a refugiarme en la calle, con las amistades, con los “bichos” que me invitaban a fiestas y espacios donde me podía olvidar de lo que sucedía en casa, comencé a fumar marihuana, a tomar cerveza y me sentía bien. En este espacio, también encontraba protección, mi padrastro ya no se iba a volver a atrever a tocarme, porque ya no estaba sola, y si tenerme miedo era la única forma que el abuso se detuviera, lo prefería así. En más de una ocasión, me dieron ganas de vengarme y yo sabía que con la pandilla lo podía hacer.

A los 14 años me acompañé. Entre la vida de la pandilla y la vida de pareja, mi infancia quedó atrás y las posibilidades de tener una adolescencia “normal”. Mi pareja quería tener un hijo, a mí no me parecía extraño, era normal entre las personas que conocía, por eso, yo no planificaba. De métodos anticonceptivos conocía y sabía que en la Unidad de Salud podía obtener los servicios, pero nunca fui. Con los meses, me comencé a sentir rara, pero no iba al médico y una de mis amigas fue la que me dijo que yo seguramente estaba embarazada. Yo no lo terminaba de creer, pero tampoco era algo que sorprendiera. Una noche me levanté con un fuerte dolor de vientre, fui al baño y sangré. Esa noche tuve un aborto espontáneo. No fui al médico, tenía miedo, porque yo sabía que a muchas mujeres se las llevaban presas por casos así. No conversé esto con nadie, hasta ahora. Pero yo pensaba que por lo que me había pasado yo no iba a poder volver a tener hijos y, por eso, nunca vi la necesidad de cuidarme y planificar.

Entre una historia y otra me fui cada vez involucrando más con la pandilla. Junto a mi pareja fuimos detenidos por un caso de extorsión en el 2012 por el cual pasé cuatro años en el Centro Femenino para la Inserción Social del Instituto Salvadoreño para el Desarrollo Integral de la Niñez y la Adolescencia- ISNA. Ahí mi vida cambió. Me sentí abandonada por la pandilla y mi madre era la única que se preocupaba por mí y la que me llegaba a visitar. Comencé a participar en todas las actividades que daban en el Centro, ya que eso nos ayudaba frente a los jueces. Un día llegó la propuesta de aprender música, un espacio que, aunque yo sabía que no daban diplomas ni beneficios frente al juez, me atraía porque siempre me había gustado la música. Comencé a aprender violín y me convertí en una de las mejores estudiantes. Volví a sentir que mi madre estaba orgullosa de mí cuando me veía tocar. Comencé a relacionarse de una manera diferente con las otras jóvenes: nos reuníamos para ensayar, preparar canciones... y eso me hizo comenzar a llevarse mejor con ellas y a tejer lazos de amistad.

Algo estaba cambiando. Comenzaba a volver a tener sueños sobre estudiar y poder tener una carrera. A pesar de no tener contacto con mi pareja, yo sabía que seguía vinculada a él. Para las mujeres, no es tan sencillo finalizar una relación en la pandilla, son ellos quienes deben finalizarla y, mientras eso no sucediera, yo sabía que tenía ese lazo que me limitaba a tomar otros caminos. Siempre pensaba cómo le iba a hacer cuando saliera, cómo iban a ser las cosas y si él estaría de acuerdo con que yo ya no siguiera involucrada en nada con la pandilla.

El tiempo pasó y finalmente obtuve mi libertad. Pensaba que podía volver a comenzar, salí con muchos sueños, muchos deseos de hacer las cosas diferentes, nuevas metas y proyectos. Pero no era tan sencillo. Al salir, comencé a estudiar el último año de bachillerato e intenté llevar una vida "normal", pero con los meses las cosas cambiaron. Al inicio, seguía comunicándome con mi pareja y a mí me gustaba cómo él me trataba, me cuidaba, parecía que me protegía y se preocupaba por mí. Él me aconsejaba y se enojaba cuando yo salía, me decía que tuviera cuidado, que dejara de andar con los "bichos", que me quedara en la casa con mi mamá y siguiera estudiando.

Pero con el tiempo, me di cuenta que a él le decían cosas de mí, que andaba solo en la calle, que me juntaba con otras amistades, y que seguramente yo ya tenía a alguien más. Eso a él no le pareció y mandó a dar la orden de desaparecerme. Me tocó empacar todo, incluidos mis sueños, abandonar el bachillerato y huir para que no me hicieran nada. Tuve que esconderse un tiempo. Y desde ese momento, la persona a quien yo amé y pensé que era mi protector, se convirtió en mi mayor peligro. Ya no estaba tranquila, mientras él no cancelara esa orden. Mientras él no me permitiera seguir con mi vida, yo no iba a poder hacer nada.

Los meses pasaron, intenté trabajar, estudiar, pero la inestabilidad emocional siempre fue más fuerte. Yo me desesperaba muy rápido, sentía que me asfixiaba, sentía siempre ganas de huir, no me gustaba estar sola. Quería hacer las cosas diferentes, pero no podía, no sentía que tenía control sobre mi vida. Siempre huía, siempre buscaba refugios, no solo físicos, sino también emocionales. Un día me volví a enamorar, un amor prohibido, un amor que también me ponía en riesgo y que nos podría costar la vida a ambos, pero lo hicimos. Me sentía ilusionada, pensaba que tenía una oportunidad para amar y quizás la posibilidad de tener una familia. Volví a sentir que alguien quería cuidarme, protegerme. Pensé que podía dejar de estar sola. Con los meses, quedé embarazada y fue la primera vez que hablé de mi aborto. Yo estaba convencida que no podía quedar embarazada. No quería en este momento de mi vida tener un hijo, pero no había otra

opción, solo aceptar la situación. Al contárselo a mi pareja, él se alegró y eso me hizo pensar que todo podría estar bien. Se lo conté a un par de amigas y ellas también se alegraron, me dijeron que todo era muy lindo. Cuando le conté a mi mamá, ella también se alegró de ser abuela y me dijo que ella me apoyaría. El embarazo significó para mí en ese momento sentirme querida, sentirme que ya no estaba sola. Comencé a ilusionarme con la idea de tener un hijo. Mis amigas seguían diciendo que todo iba a ser muy lindo y que yo iba a estar bien, que un hijo era una bendición y que si había quedado embarazada era porque ese era mi destino. La verdad en ese momento solo había una cosa que no me dejaba tranquila, mi expareja. No sabía cómo iba a tomar la noticia que yo estuviera con alguien más y que además estuviera embarazada. En el contexto de la pandilla, esta situación podía significarnos la muerte a ambos.

No podía estar tranquila. Las cosas se complicaban aún más, porque a él le disminuyeron condena y estaba por salir. Nosotros estábamos viviendo cerca de dónde él regresaría. Me cansé de esperar, de estar huyendo, de vivir con la incertidumbre, decidí que tenía que enfrentar esa situación y que si me iban a hacer algo que lo hicieran antes que naciera mi hijo. Esperé que saliera y lo busqué. Para suerte mía, justo en esos días, había salido también otro viejo amigo que me quería mucho, era como un hermano mayor para mí. El intercedió por mí y me ayudó para que no me hicieran nada. La orden fue cancelada. Al final, este amigo tenía mayor rango de poder que mi expareja y eso fue lo que me salvó. Pareciera que siempre necesité del aval de un hombre para lograr mi libertad.

En ese momento, pensé que ya todo iba a estar bien. Los planes siguieron, comencé a trabajar, a preparar con ilusión la llegada de mi bebé. Pero los problemas de salud comenzaron, no tuve un embarazo sencillo, tuve que estar en mucho control médico, no me alimentaba bien. Al nacer mi bebé, tuvo complicaciones y los primeros meses fueron de entradas y salidas en hospitales. La ilusión de la maternidad se desvaneció en las condiciones de pobreza que tenía y las dificultades por garantizar la salud de mi bebé. Me sentía cansada y frustrada. El amor de mi pareja también desapareció. Nos separamos y nuevamente me sentí sola con mi hijo teniendo que hacer frente a la vida. Como siempre, encontré el apoyo en mi madre y en mis hermanas. La llegada de mi hijo también me permitió volver a la familia. El ser madre parecía que favorecía que me vieran diferente, más formal, más seria, más madura. Un hijo sí cambia la manera en que la gente me ve y me trata. Yo quiero una vida diferente para mi hijo, quiere darle lo mejor, pero sé que no basta con quererlo, que todo es muy complicado, sobre todo cuando

tengo muchas cargas no resueltas. La maternidad no desapareció mi inestabilidad emocional; la maternidad no desapareció el sentimiento de soledad que siempre he experimentado. A veces me siento mucho más frustrada porque no sé qué hacer. Quiero dejarlo todo y huir, pero no lo hago. Hoy comprendo cuando mi madre nos decía de chiquitas que estudiáramos, que nos preparáramos, nos ponía el ejemplo de ella para no quedarnos nosotras trabajando en casas, porque ella nos decía que era pesado y que nosotras podíamos hacer mucho más y obtener una carrera.

Hace dos años que nació mi hijo, pienso que la edad es uno de los factores que lo hace a uno ver la maternidad con ilusión, que me hacía no pensar en todo lo que tendría que enfrentar y hacerme cargo. Ha sido difícil para mí conseguir trabajo, no he podido continuar los estudios, ni mi pasión por la música. Mi madre ha cuidado a mi hijo la mayor parte del tiempo. A veces me siento cansada y frustrada, porque veo todo cuesta arriba. No quiero tener más hijos en este momento y ni sé si voy a querer tener otro en algún momento. Mi vida sigue siendo muy incierta. A mí nunca me hablaron de amor propio, de autoestima, de abuso sexual, de violencia de género, hasta que llegué al Centro, vimos algunos de esos temas. Nunca me hablaron de amor, de lo que es y no es, de cómo relacionarme con las demás personas. Es hasta ahora que me doy cuenta de cómo me ha afectado todo lo vivido desde pequeña, las cargas emocionales y físicas acumuladas en la vida. Nunca me hablaron de ser mujer de otra forma, yo aprendí a serlo viendo a las mujeres de mi alrededor, aprendí a callar el dolor y a continuar pese a todo. Para mí, muchas cosas de las que viví eran “normales” y nos tocaba vivirlas a todas las mujeres. Ahora me doy cuenta que no es así. Nunca me hablaron de derechos sexuales y reproductivos, hasta en el Centro, de ser libre, de ser plena como mujer, de aprender a amar de una forma diferente, de poder elegir sobre su cuerpo. Aún tengo mucho que trabajar para salir adelante, sé que nada va a ser fácil, ya no veo todo con la misma imagen romántica, pero en el fondo sigo teniendo la esperanza de poder continuar con mis sueños, volver a estudiar, terminar mi bachillerato, seguir con una carrera, tener un trabajo justo y un día poder volver a tocar el violín.



## Todo lo que hago ahora es por ellas

Tengo 22 años y soy la tercera de cuatro hijos. Desde pequeña viví con mi mamá y mi padrastro. Mi papá nos abandonó cuando yo estaba muy pequeña, pero pienso que fue lo mejor porque él era muy violento y agresivo. En ese entonces, yo era la hija menor. Recuerdo una infancia difícil, llena de violencias y gritos, aunque mi padrastro no llegaba a los extremos de mi padre, la violencia seguía estando presente. Yo siempre fue muy unida con mis hermanos, siempre estábamos haciendo planes de cómo huir de la casa o cómo irnos a vivir a otro lado. Lo que más tristeza me da de esa época es la sensación de que mi madre siempre lo eligiera a él, por mucho tiempo me pregunté ¿por qué no lo dejaba?, ¿por qué teníamos que aguantar esa situación?

De pequeña, recuerdo que la primera vez que hablé de sexualidad fue con mi hermana, quien ya tenía novio. Ese era un tema que no se podía hablar con mi mamá, ahora que lo pienso, quizás no tanto era por ella sino en realidad, por mi padrastro. A él nunca le gustaba tocar ese tema, reaccionaba agresivo, mi mamá era un poco más calmada, pero igual no le parecía mucho hablar sobre esos temas. En una ocasión, mi padrastro como le causaba coraje que platicáramos de cosas así, cuando se dio cuenta que mi hermana tenía novio quiso enviarnos a un internado solo de niñas.

A mí no me gustaba la idea de tener novio en la escuela, pero en una oportunidad, cuando tenía 13 años, tuvimos una fiesta en mi casa y conocí a un amigo de mi primo. Él era mayor, tenía 18 años y comenzó a hablarme bonito, tener detalles conmigo, finalmente, nos volvimos novios. Para mí la edad no era un problema, sentía que él me quería y me tomaba en serio, porque hasta me llevó para presentarme con su mamá.

La relación continuó un par de meses y él me propuso que nos acompañáramos, que me fuera a vivir a su casa. A mí me gustaban los detalles, las palabras bonitas que me decía cada vez que él salía a comprar y se daba una vuelta a la casa para verme, o a veces cuando me dejaba cartas debajo de la puerta. Para mí todo eso era muy romántico. Cuando me propuso que nos acompañáramos, solo pensé en su mamá, en cómo iba a reaccionar, pensé en sus estudios, cómo los iba a dejar a medias si apenas iba a séptimo grado, pensé en la reacción violenta de mi padrastro, pienso que por miedo le dije que no.

Tuve otro par de relaciones, pero nada significativas. Al ir creciendo, la vida en la casa se volvía más difícil y la calle se volvió mi refugio. Comencé a relacionarme con los “bichos” en la zona, a salir con ellos, a pasarla bien como una forma de escapar. Me sentí más segura, más confiada. Tenía 14 años y sentía que ahora ya nadie me iba a poder decir nada, que iba a poder hacer lo que yo quería, me sentía más fuerte. Las amistades me decían que nadie se iba a poder meter conmigo porque se meterían con ellos, me sentía protegida y fuerte.

Tuve una amiga muy cercana, ambas estábamos involucradas con la pandilla y vivíamos dinámicas similares, lo que nos hizo tener mucha empatía entre nosotras. Sin embargo, con el tiempo ambas nos vimos involucradas en situaciones delictivas que nos llevaron a que nos detuvieran. Con 15 años, tenía ya una medida de privación de libertad que me hizo permanecer dos años en el Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA. Las cosas no fueron fáciles, pero trataba de adaptarme, encontré en la música un escape, una pequeña pizca de libertad. Tuve tiempo para replantearme y pensar que quería hacer cosas diferentes al momento de salir. Había continuado mis estudios y pensaba que al salir, quizás podría hacer las cosas diferentes. Pero las cosas se complicaron, meses antes de obtener mi libertad, mi amiga tuvo permiso para salir un fin de semana, y la intentaron matar. Esto nos alertó que no podíamos regresar a donde vivíamos porque pensaban que los habíamos traicionado. Con diversos apoyos, conseguí la forma de irme del país y eso hice.

Cuando me dieron la libertad me fui. El plan era irme a EEUU, sin embargo, me quedé en el camino. Conseguí trabajo, intenté establecerme, comenzar una nueva vida y me enamoré. Conocí a la persona a quien consideraba hasta ese momento la más significativa de mis relaciones. Él era de otro contexto social, con quien pensé que podía tener una vida diferente. Inicié esta relación con mucha ilusión, con el deseo de encontrar la felicidad y a los meses quedé embarazada. No estaba en mis planes. No lo busqué. El día que le di la noticia a mi pareja, él me dijo que no era el momento y que no estaba en sus planes. La familia de él me rechazó y me retiró todo su apoyo. Para ellos, no era momento para que su hijo se comprometiera de esa manera. Me ofrecieron apoyo para interrumpir el embarazo ya que en ese país sí podía hacerlo, pero eso no era opción para mí, yo sentía que tenía que hacerle frente a esa situación.

Me deprimí mucho, me sentía sola y desilusionada de mi historia de amor. Tenía meses de no haber estado en contacto con mi familia, llamé a mi mamá y le di la noticia. Contrario a lo que pensaba, mi madre se alegró, me dijo que contaba con todo su apoyo si decidía regresar al país y que un hijo siempre era una bendición. Con tres meses de embarazo, decidí regresar.

Mi padrastro no estaba de acuerdo con mi regreso ni con recibirme en la casa, pero por primera vez sentí que mi madre me elegía a mí. Después de tantos años, mi madre lo dejó y decidió protegerme y cuidarme. De alguna manera, la maternidad para mí ha significado una reconciliación con su madre, poder volver a casa y vivir lo que alguna vez quedó pendiente.

A mi regreso tuve mucho apoyo de mi familia, mi bebé fue muy esperada, pero por la situación que había pasado con mi amiga, sentía miedo y tenía que esconderme. Sin embargo, cuando ya estaba en los últimos meses del embarazo decidí que esa no podía ser la vida para mi hija, tenía que saber si estaba en peligro o no, si realmente era necesario esconderme. Me armé de valor y decidí ir a reunirme con los que mandaban en ese momento, que ya no eran los mismos de cuando yo estuve. Tenía claro que si me iba a pasar algo que mejor fuera en ese momento y no después cuando mi hija ya hubiese nacido. Llegué, conversamos y al parecer las cosas eran diferentes a lo que se decían, me dijeron que no tenía ningún problema conmigo y que podía continuar mi vida sin esconderme.

La vida igual cambió. Solo salía para lo que era necesario. Los días de fiesta, amistades y tardes de paseo quedaron atrás. Me volví una persona muy reservada, no conversaba con nadie. Lo más difícil durante el embarazo para mí fue aceptar la realidad, romper la ilusión que no tendría una pareja con quien formar una familia con mi hija, eso me deprimía y me hacía pasar llorando. Cuando nació la bebé, me sentí emocionada y feliz, porque veía a mi familia feliz y sentí que en ese momento mi vida cambió, pensé que todo lo que alguna vez había deseado para mí ahora sería para ella.

Con los meses lo más difícil para mí fueron los desvelos, saber qué quería o qué sentía la bebé, cuando se enfermaba, no sabía siempre qué hacer, llegué a pensar que no iba a querer volver a ser mamá, porque era muy pesado estarse desvelando, levantándome súper temprano. Sentí que tener hijos era olvidarse de uno mismo y dedicarse a ellos.

Ya no tuve tiempo para mí. Me sentía frustrada de pensar que toda la vida sería así, sin tiempo para mí, para divertirme, para pasear, para salir con mis amigas, ir a comer, ir a jugar fútbol... Todo eso quedó atrás. Por lo menos los primeros dos años. Me doy cuenta que, aunque todo fue difícil no lo habría logrado sin el apoyo de mi familia. No me imagino cómo hacen las jóvenes que no tienen ese apoyo y les toca enfrentar solas la maternidad. Yo me habría sentido en un callejón sin salida.

Con el tiempo me volví a enamorar y eso me hizo replantearme la idea de ser madre nuevamente. En realidad, yo no quería, pero él sí deseaba ser padre y yo sentía que él se había comprometido conmigo y con mi hija, lo que me hacía pensar que sería un buen padre y una buena pareja. La primera vez que me tocó el tema de ser papá y que tuviéramos otro hijo, aún no me animaba, le dije que lo pensáramos bien y que esperáramos que la niña creciera un poco más, pero él me dijo que, si esperaba que la niña creciera, yo iba a ser mayor y me iba a costar más, que mejor lo tuviéramos ahora que éramos jóvenes, así los niños crecían juntos y que si más adelante queríamos tener un varón lo pensábamos bien o nos quedábamos solo con dos hijos. Pensé que estaba bien la idea y acepté. Así quedé embarazada de mi segunda hija, pero ella sí fue planificada.

Cuando pienso si algo haría diferente en mi vida, tal vez habría postergado un poco más la maternidad, me habría tomado el tiempo para concluir mis propios planes, para finalizar mis estudios de bachillerato y tener un mejor trabajo. Ahora todo lo que pienso es para ellas, mis planes, mis sueños son para construir otras posibilidades para ellas. Por el momento, pienso que mis propios sueños y planes se estancaron. Quiero trabajar para que mis hijas tengan una casa, estudien y que ellas puedan decidir otros caminos para sus vidas.



## Me ilusionaba tener un hijo, cuando no tenía otros planes

Tengo 19 años y acabo de tener a mi primer hijo. Hace un año salí del Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA donde estuve cumpliendo una condena por casi 4 años. Soy la segunda de ocho hijos: siete mujeres y un hombre. Mi madre siempre se ha dedicado a vender verduras en un puesto en el mercado. Desde muy pequeña, nos tocó vivir con muchas limitaciones económicas, hemos experimentado la pobreza de diferentes maneras, sin casa, sin servicios básicos, rebuscándonos cada día para tener qué comer.

Cada día hemos luchado por sobrevivir a nuestra manera. De pequeñas, a mi hermana mayor y a mí nos tocaba ir a pedirle ayuda económica a nuestro padre, que se había ido de la casa. Él comenzó a abusar sexualmente de nosotras y nos amenazaba que si decíamos algo nos quitaría el apoyo económico y le haría daño a nuestra mamá. Eso a nosotras nos paralizaba, ni siquiera entre nosotras hablábamos de eso. Fue tiempo que después que nos dimos cuenta que ambas estábamos viviendo la misma situación.

El abuso sexual se volvió parte nuestra infancia, así como las carencias económicas y afectivas. Nadie hablaba con nosotras sobre educación sexual, afectos, amores sanos, de autoestima, en la casa no hubo tiempo para tocar el tema y en la escuela tampoco. Dejé de estudiar en tercer grado. Sentía que el estudio no era para mí, que de nada me iba a servir para el futuro, me aburría cuando iba a la escuela. Lo que quería era ayudarle a mi mami en el negocio, porque lo que necesitábamos era dinero para comer.

Todos estos temas sobre sexualidad quizás hasta que estábamos en el Centro comenzamos a conocer un poco más. De pequeñas, nadie nos decía más allá de métodos anticonceptivos y cuidarse para no quedar embarazada. Recuerdo que la que nos decía eso era la nueva pareja de mi papá, que tenía 20 años. Pero no hablábamos de derechos, de poder elegir sobre nuestro cuerpo, de placer, esos temas no los tocamos nunca.

Con la adolescencia surgieron nuevos escenarios. Las amistades, los afectos, los noviazgos y la complicidad del silencio de las violencias vividas con mi hermana. Conocí a un joven que estaba involucrado en pandillas. Me enamoré y sentí que alguien me quería, me hablaba bonito, me trataba bien y me cuidaba. A los 14 años, sin darme cuenta, me acompañé. Nunca lo hablamos, solo que yo empecé a pasar más tiempo con él. Me quedaba en su casa y convivía con su familia. En el fondo, había un deseo de alejarme de mi casa, dejar de sufrir los abusos de mi padre y quizás también de dejar de tener tantas privaciones económicas. Desde

que nos vinculamos a la pandilla, mi padre no volvió a tocarnos. Esa fue nuestra única salida: él no tuvo miedo y respeto. Para mí el amor es un sentimiento bonito que uno tiene por otra persona, algo inexplicable que uno siente, pero que debe cuidarse y dedicarle tiempo para demostrarlo.

Para ese entonces yo ya conocía sobre anticonceptivos, sabía que me tenía que poner la inyección, pero yo quería ser mamá. Me ilusionaba la idea de tener un hijo, de cuidarlo y estar con mi pareja. No pensaba en lo difícil que podría ser tenerlo o cómo íbamos a hacer para mantenerlo, solo imaginaba que sería lindo tener una familia. En ese entonces, no tenía otros planes para mi vida, por lo que la ilusión de convertirme en madre y tener una familia era mi único sueño.

A los 15 años, fui detenida y condenada a cumplir medidas de privación de libertad en el Centro Femenino. Nunca he podido disfrutar plenamente de una etapa de mi vida, entre violencias, privaciones y saltos abruptos, he tenido que ir enfrentando los distintos momentos de la vida como he podido. Durante mi tiempo en el Centro, continué los estudios hasta noveno grado. Participé en distintos programas de formación que me ayudaron a repensar mis planes de vida. También, fue la primera vez que me hablaron con más profundidad sobre la sexualidad y sobre derechos sexuales. Yo conocía muy poco, entre charlas, videos, nos hablaban de cómo prevenir un embarazo y conversaban con nosotras sobre lo que conocíamos para cuidarnos. En mi mente, siempre pensaba que al salir iba a poner todo en práctica, pero no lo hice; no porque fuera complicado, sino por atendida y confiada, por creer que no me iba a suceder.

Después de casi 4 años, obtuve mi libertad con la ilusión de llevar a cabo mis nuevos planes. Sentía que algo había cambiado en mí y que deseaba tener una vida diferente. Pensaba primero en finalizar mis estudios, conseguir un trabajo y tener una casa donde algún día pudiera formar un hogar. Sin embargo, las palabras bonitas y las muestras de afecto aparecieron de manera prematura y al mes de haber salido comencé una relación con un joven, a quien no veía casi y con quien la comunicación era sobre todo por teléfono, por lo que pensaba que no iba a quedar embarazada tan fácil, ya que casi ni nos veíamos. En mi mente estaba la idea de planificar, ya que, a diferencia de hace unos años, hoy sí tenía otros planes y no quería ser madre en este momento. Sin embargo, siempre hubo algo que me hacía postergar ir a aplicarse la inyección y cuando finalmente me decidí ya era muy tarde. En el fondo, pensaba que no iba a suceder.

Cuando dejé de tener mi período comencé a sospechar, pero no me atreví a hacer, ni

a decir nada. Pasaba con mucho sueño y vómitos. Tenía miedo. Fue algo inesperado, en realidad no lo tenía planeado y no me imaginaba que eso podría ser, pensaba que llevaba tan poco tiempo con este joven y que casi ni lo había visto. Pero como tenía dudas, compré una prueba de embarazo, me la hice y el resultado fue positivo. No sabía cómo sentirme, solo me ponía a pensar que ya nada iba a ser igual y que no podría continuar con mis planes como me lo había imaginado. Sin embargo, tampoco tenía opciones: para mí, si estás embarazada, hay que aceptarlo y hacerle frente.

No se lo conté a nadie. Pero mi mamá comenzó a sospechar y me dijo que íbamos a ir a la clínica, ahí tuve que volver a hacerme la prueba y salió positiva. Ya tenía cuatro meses de embarazo. Tenía miedo de la reacción de mi madre, pensaba que lo iba a tomar mal, que se iba a enojar conmigo, aún más porque no estaba con el papá del bebé. Contrario a la reacción que esperaba, recuerdo que se le llenaron los ojos de lágrimas y me dijo que tenía que hacerle frente y que ella siempre me iba a apoyar. Hasta la fecha aún no he hablado de este tema con ella, no sé cómo se sintió y qué pensó realmente. Pienso que tal vez fue la emoción de que fuera su primer nieto.

Antes de darme cuenta que estaba embarazada, ya había terminado la relación con el papá de mi bebé por diferentes problemas que me hicieron ya no sentirme cómoda. Sin embargo, al parecer, a él le llegaron comentarios y me buscó para saber si era cierto. No tuve más opción que decirle la verdad y actualmente solo tenemos comunicación por teléfono para saber cómo está la bebé.

Al sentir que mi madre reaccionó bien con la noticia y me brindó su apoyo, siento que pude emocionarse nuevamente con la idea de ser madre; me hizo feliz la idea de poder criarla y construir una vida para ella. Ahora pienso que todo va a estar bien y voy a poder sacar adelante a mi hija. Trabajo con mi madre en el puesto del mercado y cuento con el apoyo de mis hermanas para cuidar a mi hija. Para mí, la maternidad ha significado responsabilidad y dedicación.

Por el momento, no pienso en tener más hijos, pero no estoy planificando porque no tengo ninguna relación actual. Solo que ahora tengo claro que, si volviera a tenerla, planificaría desde el inicio y no esperaría a llevarme una sorpresa. Sin embargo, la experiencia de ser madre ha sido un cambio en mi vida, ya que prácticamente ya no tengo que pensar solo en mí, sino que también en mi hija, dedicarle el tiempo completo a ella, dedicarle amor. Siento que es algo bonito que me ha pasado en la vida y para mí es una linda experiencia la que estoy viviendo.



## Una experiencia diferente de maternidad

Tengo 22 años. Estoy finalizando mi primer año de universidad. En 2018, obtuve mi libertad del Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA, donde permanecí tres años. Soy la cuarta hija, de cinco hermanos. Tengo tres hermanos mayores y una hermana menor. Llegué al Centro en 2016, estaba embarazada, aunque yo no lo sabía. Vivía con mis padres y mis hermanos. Recuerdo una infancia feliz, pese a las violencias en mi hogar, las ausencias de mi padre debido a su alcoholismo y las de mi madre por la necesidad de trabajar para mantenernos. Mi figura paterna siempre fue uno de mis hermanos mayores, mi ídolo y a quien yo siempre admiré. Uno de los golpes más duros en mi adolescencia fue la detención de mi hermano, se me vino el mundo abajo y no supe cómo manejar esa ausencia.

Entre el deseo de garantizar la seguridad de mi hermano y la búsqueda de mis propios afectos, poco a poco fui conociendo el mundo de las pandillas. Me enamoré. Para mí el amor era algo tan importante, ya que de alguna manera siempre tuve ausencia de él en mi hogar y lo buscaba siempre en otras personas.

Nunca hablé de sexualidad con mi mamá. Pienso que ella asumía que no era necesario, pues para ella ya sabíamos sobre ese tema. No hablamos, ni cuando tuve mi primera menstruación. En la escuela todo era limitado a hablar de embarazos y formas de cuidarse. Después con las amistades y el internet, uno iba resolviendo algunas curiosidades, pero nunca hablé de amor propio, autoestima, relaciones sanas. Siempre pensé que amar se aprende con la experiencia y el entorno. Y las formas de amor que veía eran muy escasas, estaban limitadas a obtener amor o cariño sosteniendo una relación sentimental con otra persona.

No pensaba quedar embarazada tan joven. No estaba en mis planes. Pienso que de alguna forma a esa edad hay confianza y una falsa seguridad de que no te va a pasar a ti. Pero cuando pasa no hay opción, más que aceptar. El embarazo tiene un solo destino, pienso que el factor religioso es clave. Desde pequeña, recuerdo escuchar que los hijos son una bendición independientemente en qué contexto se presentan y que como mujeres nos toca aceptarlo y enfrentarlo. No hay vuelta atrás.

El aborto es un tabú. Recuerdo lo que pensaba sobre este tema, que era algo que iba en contra de la voluntad de Dios y que un aborto nos convertía en personas malas y que era un pecado imperdonable. Hablar de libertad sobre el cuerpo, placer de la sexuali-

dad o derechos sexuales eran temas muy abstractos hace un tiempo para mí. Pareciera que estaba prohibido hablar de esos temas o que generaban malestar e incomodidad.

Cuando llegué al Centro Femenino, pese a lo impactante de la noticia, me sentía feliz. Mi embarazo era una muestra más del amor con mi pareja y decidí que mi mundo y mis ganas de seguir adelante tenían que ser por mi hijo. Además, había aprendido que una buena madre es la que sacrifica todo por sus hijos, y que todo lo que uno hace debe ser pensando en ellos, en que tengan una mejor vida de la que nosotros hemos tenido, que tengan mejores oportunidades y poder, de alguna manera, darles todo lo que nosotras no tuvimos de pequeñas.

Mi primera experiencia con la maternidad fue muy particular. Mantuve una relación a través de cartas con el padre de mi hijo. Estaba ilusionada con que, sin importar las condiciones, tendría una familia. En el Centro, mi maternidad la viví de forma colectiva. Mi hijo no tenía solo una madre sino muchas. Las demás jóvenes fueron parte indispensable de la crianza de mi hijo, siempre estaban ahí, siempre me apoyaron, nunca me sentí sola. Entre mujeres vivimos mi maternidad, me enseñaron y me ayudaron a seguir pensando en mí. Pude terminar mis estudios de bachillerato, me apasioné con la música y desarrollé muchas habilidades, que ahora pienso que, sin el apoyo de ellas, no lo habría logrado.

En el Centro nos daban muchas charlas sobre sexualidad, pero al final, para nosotras eso era aburrido porque las charlas iban enfocadas siempre en lo mismo: en métodos anticonceptivos, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, temas que sí eran importantes, pero que en realidad ya todas sabíamos. Hay temas que siempre quedan ocultos, que son tabú y aunque los vivamos y todo el mundo lo sabe nadie los habla. Los abusos sexuales de las infancias, la violencia de género dentro la pandilla, las relaciones de poder, los embarazos no deseados, por ejemplo. En el Centro, parte de vivir y experimentar la sexualidad, lleva a que muchas de las jóvenes establezcan relaciones entre ellas, algo que se da por curiosidad, por soledad, por búsqueda de protección o por preferencia sexual que algunas ya venían de alguna forma experimentando desde antes de llegar al Centro.

Pero como nunca se habla de eso, no hay ni siquiera una posibilidad de comprender por qué las jóvenes deciden establecer estas relaciones y al momento de salir del Centro muchas de ellas lo dejan a un lado, nunca vuelven a hablar de ello, algunas porque les da vergüenza o porque en el mundo de las pandillas eso es algo que no se les permite a todas. Entonces, podríamos decir que también por miedo. La sexualidad para

las mujeres se nos vuelve algo que vamos experimentando sin hablarlo, sin poderlo comprender, sin tener claro lo que vivimos y sentimos en las diferentes relaciones con otras personas, en realidad se piensa que lo que uno vive es lo “normal” y que así son las cosas.

Durante los años en el Centro, mi hijo fue el motor para salir adelante y mi motivo para soñar. Mi principal miedo era cómo iban a ser las cosas cuando saliera, cómo iba a hacerle frente a la vida sin las otras mujeres que me habían apoyado. A los tres años, llegó el momento. Salí con mi hijo a hacerle frente al mundo, con un nuevo equipaje, viejos amores y los deseos de tener una vida diferente. No tenía claro lo que sentía por el padre de mi hijo. El tiempo había pasado y sabía que ya nada era igual. Yo había cambiado, tenía otros planes y él no era parte de ellos. Pero sabía que siempre iba a tener un vínculo con él por nuestro hijo e intenté mantener esa comunicación para él. Sin embargo, eso hizo que me enfrentará a otra realidad. En el mundo de las pandillas, los derechos de las mujeres no existen y mientras él no decidiera terminar nuestra relación y dejarme libre, yo seguía atada.

La ilusión del amor y sentirme enamorada se desvaneció en una sensación de sentirme atrapada, en cautiverio. Por más que yo trataba de explicarle que quería seguir con mi vida, para él yo seguía siendo su pareja pese a que él sigue cumpliendo condena. Intenté seguir con mi vida, conseguí trabajo, seguí mis estudios, seguí con la música. Pero el tiempo también me llevó a volverme a enamorar. Comencé a hablar con un joven con quien volví a sentir la ilusión del amor, me sentía muy atraída por él, no le importaba todo por lo que había pasado antes, ni el que ya tuviera un hijo, además se portaba muy bien conmigo y me enamoré. Pero era difícil pensar en tener una relación “normal” porque me seguían teniendo controlada y sabía que las cosas podían complicarse.

Sin buscarlo y sin planificarlo, quede embarazada. No me lo esperaba, no estaba en mis planes. Cuando me di cuenta, sentí que mi mundo otra vez se venía encima. Sentía temor y preocupación con tan solo pensar en qué iba a decir el papá de mi primer hijo. Y pensé en interrumpir el embarazo, era la única salida, el embarazo me traería demasiados problemas y que de alguna manera peligraba mi vida, la de mi niña y la de su padre. No estaba en mis planes tener un segundo hijo. Menos en estos momentos.

Cuando recuerdo por qué no me cuidé o no planifiqué a tiempo, pienso que fui una tonta, que de nada sirvió tener todo el conocimiento sobre algo si al final nunca lo puse en práctica, por confiada. Ha sido muy difícil para mí aceptar este embarazo porque

peligra mi vida, porque tengo una parte de mi vida en pausa y esa pausa es la que no me deja tener paz o poder disfrutar de esta etapa. Al mismo tiempo, siento culpa por no vivir, no sentir y no hacer las mismas cosas que en mi primer embarazo. Sin embargo, sé que no soy la misma, y ahora miro las cosas de manera muy diferentes. Amo a mi hija, pero soy consciente de la realidad por la que estoy pasando y sé que este embarazo implicará muchos riesgos, no solo para mí.

La maternidad ha dejado de ser una ilusión romántica. Ahora pienso que puedo ser una buena madre sin sacrificarme a mí misma, sin dejar de tener mis propios sueños, sin dejar de continuar con mis planes, seguir estudiando, trabajando y seguir con la música. En estos momentos, lo que más me preocupa es la reacción del papá de mi primer hijo ante mi nuevo embarazo, ya que se vuelve triste y frustrante saber que tengo que depender de alguien más para poder vivir en paz.

Mi mayor sueño sigue siendo ser la mejor madre del mundo para mis hijos, pero sin anular mis propios sueños, ser una profesional y tener la vida que, desde chiquita sueño con tener. Sueño, vivir en paz y poder darles todo mi amor a mis hijos.



## Voy a ser una mejor persona, pero para mis hijos

Tenía 16 años cuando quede embarazada por primera vez. Vivía con mi madre, quien sabía que yo tenía una relación estable con mi pareja. Estaba viviendo un momento intenso de mi adolescencia, quería experimentar, hacer cosas diferentes y descubrir un poco el mundo. Comencé a consumir drogas, ir a fiestas y a relacionarse con chicos de la pandilla. Fui detenida y trasladada al Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA donde me di cuenta que estaba embarazada. Al inicio pensaba que tendría una larga estancia en el Centro, mi mente daba vueltas y no estaba tranquila solo de pensar la vida que tendría mi bebé. Comencé a reflexionar en todo lo que había hecho y que no quería tener a mi bebé adentro, porque yo veía otras jóvenes que sufrían, no por no tener cosas materiales, porque ahí tienen lo básico. Pero, en realidad, se sufre de pensar que los hijos deben pagar también por las decisiones que nosotras tomamos.

En el primer mes en el Centro Femenino, hubo una campaña médica y aunque yo tenía dudas decidí hacerme la prueba. Cuando me confirmaron mis sospechas, me sentí muy triste, por mí y por mi bebé. No me sentía preparada para estar cuidando a alguien. Sentí que perdí toda mi libertad. Ya no seguí estudiando, todo se estancó y solo de pensar que esa situación iba para largo me deprimía, no tanto por tener al bebé, sino porque sería en esas condiciones. A pesar de llevar dos años en una relación estable, no se me pasaba por la mente el quedar embarazada, no lo veía posible. No estaba en mis planes. Durante el primer año de la relación, sí planifiqué con inyección, pero después de eso ya no seguí haciéndolo, no porque quisiera quedar embarazada, sino porque me estaba generando molestias y no consulté otras alternativas.

A la primera persona que le dije de mi embarazo fue a mi madre cuando llegó a visita. Ella me dijo que no lo creía, que estaba jugando con ella, que no era posible, que si era consciente del error que había cometido y que mi hijo tendría que pagar eso por mí. Se enojó, me regañó, pero no más de lo que yo esperaba. Lo considero una reacción normal ante la situación. Al final, me dijo que ella me iba a apoyar, que siempre iba a estar conmigo y que podía contar con ella y que, al salir, trabajaría y ella cuidaría al bebé.

Los primeros meses fueron muy difíciles, pasaba triste, lloraba todo el tiempo. Pero pensaba que en algún momento iba a salir. Sabía que los delitos de los que me estaban acusando no los había cometido, así que tenía esperanza que podía salir. Pese a lo difícil, también hubo cosas que me llenaron de mucha satisfacción, viví experiencias bonitas, aprendí nuevas actividades y sentí por parte de las otras jóvenes cariño, amor,

nunca me dejaban sola, siempre me daban palabras de aliento a pesar que me sentía mal. En medio de todo, considero que fue una etapa bonita, no me puedo quejar, no pasó nada malo como yo me lo imaginaba, nadie me tenía de menos, por el contrario, todas eran muy solidarias.

A los seis meses y medio salí con seguimiento de medidas. Regresé a vivir con mi mamá, durante la semana me quedaba en casa y los fines de semana estudiaba. Mi mamá siempre me apoyó. Durante los últimos tres meses del embarazo me sentí feliz. Cada vez sentía más cómo se movía el bebé, me veía en el espejo y me veía bonita embarazada, mi autoestima subió por las nubes. A pesar que aún tenía pendiente la resolución del juzgado y que sabía que me podían dar una pena mayor, me sentía feliz que el bebé no naciera en el Centro.

Después del parto, todo volvió a cambiar. No fue una etapa como yo la había imaginado, no pasaron las cosas como yo pensaba. A los dos meses, finalicé la relación con el padre del bebé. A los meses, mi mamá fue detenida y llevada a prisión por un año. Esto significó para mí nuevamente una situación de mucha tristeza. Sentí que perdí a la única persona que me apoyaba, sentí que me habían arrancado el corazón, me sentía desesperada y sola.

Me fui a vivir con mi abuela. Comencé a trabajar de lunes a sábado, cuidaba al bebé y los domingos estudiaba. A los 10 meses, volví a enamorarme y comencé una nueva relación. El cansancio de la rutina y la falta de tiempo para mí provocaron que dejara mis estudios, no pensé que eso fuera algo grave, sentía que lo importante era trabajar y ya no estar involucrada en ninguna situación que me asociara o me vinculara a situaciones delictivas. Yo sentía que estaba haciendo las cosas bien. Sin embargo, al igual que muchas de las jóvenes que han estado en el Centro Femenino, el poco conocimiento de los procesos y la falta de claridad en las condiciones de mi libertad, me hizo caer en incumplimiento. Cuando mi hijo tenía un año y un mes, me presenté a audiencia para revisión de medidas, me acusaron de "rebeldía e incumplimiento de deberes" y el juez me dijo que iba de regreso al Centro a terminar la pena completa.

Lo que no me imaginaba es que la historia se iba a repetir. Nuevamente llegaba al Centro embarazada. En esta ocasión había estaba planificando, pero cometí el error de no aplicarme la inyección en la fecha exacta. Para mí era imposible. Yo sentía que tenía una especie de maldición, tener que volver a repetir la historia. Mi hijo se quedó con mi abuela y me tocó regresar a cumplir condena. Para mí fue muy duro. No sentía que había

cometido un delito o que había hecho algo grave, sentía que era injusto porque vivía trabajando, lo único que no me había sido posible seguir los estudios.

Con casi tres meses de embarazo y con la claridad que en esta ocasión sí iba permanecer más tiempo en el Centro, me tocó aceptar la nueva situación y me hice la idea que mi hija nacería ahí. Me resigné, y sabiendo que no había otra opción comencé a cuidarme. Pensaba que ahora que mi madre también estaba detenida nadie me iba a llegar a visitar, nuevamente me sentí sola. Mi pareja no me podía visitar, pero seguíamos juntos. Yo le mandé a decir con una nota que estaba embarazada, pero que no se desesperara, que lo más que estaría sería año y medio. Me contaron que cuando él leyó esa nota se puso a llorar y que decía que mejor hubiera dejado de trabajar y me hubiera dedicado solo a estudiar. Él estuvo pendiente de mí, en lo que pudo. El nuevo embarazo también me llenó de ilusión, pero al mismo tiempo de tristeza, porque en realidad los dos queríamos tener un bebé, aunque no en ese momento. Esta etapa para mí significó resignación y aprendizaje, tenía que aprender en esta segunda ocasión y cambiar mi vida.

El juez me había enviado a decir que él quería que yo estudiara, que eso era lo que a él le importaba. Me comencé a esforzar. Estudié noveno grado casi que hasta con honores y en noviembre, con ocho meses de embarazo, me presenté a revisión de medidas. Cuando llegué, sentí extraño que me quitaran las esposas y pensé que tal vez iba a salir. El juez me dijo: - Buenos días, señorita, en unos meses hiciste lo que no habías querido hacer desde el principio ¿Qué me ofreces a cambio de tu libertad? – Me reí y le dije: - Con todo respeto, mi libertad no la negociaré con nadie, pero le prometo que voy a ser una mejor persona desde este momento. No voy a seguir estudiando porque realmente ya no va ser un hijo el que voy a tener que mantener, sino que dos, así que me voy a dedicar solo a trabajar-. El juez me preguntó: - ¿No piensas seguir estudiando? - Le respondí: -La verdad no. Sé que con el estudio voy a lograr algo sumamente grato y grande, pero yo ya tengo dos hijos y por eso yo ya no puedo seguir estudiando, pero si usted me da la libertad a mis hijos no les va hacer falta nada, porque mis hijos no dependerán de mis padres, ni de ningún otro familiar, sino que dependerán de su madre, porque ella es la que metió las patas y es la que le tiene que hacer frente. Entonces si usted me da la libertad, le prometo que voy hacer una mejor persona, pero para mis hijos-. El juez me miró y me dijo que le gustaba cómo pensaba y que me daba su libertad, pero que, si no hacía las cosas bien, no me iba a quitar a uno sino a mis dos hijos y que yo me iba a quedar como un perro faldero en la calle, porque no iba a tener lo que más amaba. Le respondí que eso no iba a pasar.

Obtuve mi libertad justo antes de tener a la bebé. Sentía que con mi primer hijo no había hecho las cosas totalmente bien, por lo que con mi hija no quería que pasara lo mismo. Para mí, la maternidad representaba madurez, tenía que asumir esa responsabilidad, tener una vida diferente. Pensaba que quizás con mi hijo el haber estado tan joven no me permitió asumir esa responsabilidad por completo. . Para mí, mis hijos son los que han hecho que tenga una vida diferente, de lo contrario quizás estaría muy metida en las drogas. La maternidad ha significado para mí aprender a quererme un poquito y aprender a querer, porque pienso que no es lo mismo entregar tu amor a un hombre, que entregar el corazón a tus hijos. Pese a que fue una experiencia mal vivida siento que la lección sí fue aprendida.

Después de todo lo vivido recuerdo mi propia infancia, llena de ausencias, abandonos y carencias afectivas. Mi actitud en la adolescencia y el escape hacia el mundo de las drogas y la pandilla fue una forma de olvidar y alejarme del dolor que no podía comprender, ni hablarlo. La sexualidad estuvo reducida a las relaciones de pareja que he tenido y con quienes he intentado llenar mis vacíos emocionales. Nunca me hablaron de amor propio, autoestima, siempre sentí que el amor de una pareja era el que me protegía, el que me decía palabras bonitas, el que me hacía promesas de cuidarme. Ahora veo las cosas un poco diferentes, pienso que, tal vez por la edad, sin embargo, muchas de las emociones que cargo, siguen sin estar resueltas, nunca las había hablado con alguien.

Tengo actualmente 20 años, vivo con mi madre, quien obtuvo la libertad un año después, y con mis dos hijos. Trabajo en el negocio familiar y no he podido estudiar bachillerato. Sin embargo, no descarto seguir estudiando y pienso que no lo descartaré, aunque pasen los años. Lo haré ya no por obligación, sino más bien por un deseo de querer hacer algo para sobresalir. Tengo que luchar por mis hijos, porque ellos me necesitan, no necesitan a una madre que recaee en drogas. Pienso que no necesitan que les diga que los quiero, pero sí necesitan que se los demuestre. Mi sueño más grande es que ellos puedan sentir que he entregado hasta la última vena de mi corazón por ellos y que puedan decir que su madre los amo e hizo todo por ellos.



## Ser madre me hizo sentir viva y amada

Tenía 17 años cuando quedé embarazada. Llevaba seis meses de haber salido del Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA. Vivía con mi madre y mis hermanos. Estaba estudiando primer año de bachillerato. No estaba en mis planes, ni siquiera se me cruzaba por la mente quedar embarazada. Simplemente sucedió y me tocó hacerle frente. Yo pensaba que quien quedaba embarazada era porque quería, porque uno conoce como cuidarse, sabe de métodos de planificación, hasta aburridas pasamos de tantas charlas que nos dan y siempre es lo mismo. Yo nunca pensé que fuera por falta de información que uno se embarazaba. Desde la escuela nos hablaban de órganos reproductores y cómo prevenir los embarazos. Pero al final, parece que uno se atiene, se confía demasiado y se siente como intocable en ese tema, como que a uno no le puede pasar.

En mi casa de pequeña no se hablaba de ese tema. Siempre fue como en forma de amenaza o para meter miedo, que había que tener cuidado para no quedar embarazada, pero solo eso. Yo vivía con mi mamá y mi papá, pero él era muy violento, siempre insultaba y golpeaba a mi mamá cuando no se hacía lo que él quería. Nunca supe si sentía por el miedo u odio. Me enojaba mucho ver esa situación, de pequeños nos escondíamos cada vez que sucedía, pero al ir creciendo también trataba de meterme para que no le hiciera nada, lo que llevó a que me acusaran de "rebelde", "malcriada" e "irrespetuosa".

En la adolescencia, comencé a llevarme con los chicos de la pandilla. Al inicio, eran mis amigos. La pasaba bien con ellos y, de alguna forma, me sentía bien de no estar en la casa. La escuela era aburrida para mí. No lograba concentrarme y fui cada vez alejándome más. Al parecer, tampoco nadie sentía mi ausencia: yo era muy respondona, no me dejaba y creo que, al final, yo era más un dolor de cabeza para los profesores. Así que siempre pensé que estaban alegres de que me fuera. Así me comencé a involucrar cada vez más, me gustaba que nadie se metiera conmigo, sentir el respeto que de otra forma no lo conseguía. Pero también me enamoré y eso hizo que las cosas fueran más intensas. Con mi pareja al inicio todo era lindo, solo palabras bonitas, hacía todo para conquistarme. Yo me negaba porque sabía que volverme novia de él complicaría todo. Había visto lo que les pasaba a otras jóvenes que eran novias de pandilleros, pero llegó un momento que no me pude seguir negando y comencé una relación con él. Todo aquel bonito amor que me prometió se convirtió en celos, control, insultos y maltratos.

En ese entonces, yo caí detenida y a él lo mataron. De alguna manera, eso hizo que me liberara de esa relación porque no sé cómo habría todo si él estuviera aún. En el Centro Femenino para la Inserción Social del ISNA, tuve un respiro, tiempo de pensar en las cosas que había hecho, en pensar que quería otras cosas para mi vida. Continué estudiando. Me involucré en los talleres vocacionales y artísticos. Convivir con las otras chicas y conocer a otras personas también me permitió pensar de otra manera.

Mi madre siempre estuvo ahí. En ese entonces, mi papá ya se había ido de la casa. Y de alguna forma, pensé que todo estaría bien cuando saliera. En el Centro también nos daban charlas sobre sexualidad, pero eran cosas que ya sabíamos y nos aburrían. En el fondo, pensábamos que le puede pasar a las demás, pero no a nosotras. Nos hablaban de métodos anticonceptivos, cómo cuidarnos y de enfermedades de transmisión sexual.

Al salir del Centro, comencé a estudiar primer año de bachillerato. La meta era terminar mis estudios, conseguir un trabajo, tal vez si las cosas iban bien pensar en estudiar en la universidad. Pero lo importante era trabajar para poder ayudarle a mi mamá. Tengo hermanos pequeños y no quería que ellos pasaran por lo mismo. Sin embargo, cuando uno lleva bastante tiempo encerrada, alejada de las amistades, de las personas, pareciera que sale con mucha más necesidad de cariño. Es bien fácil que una persona te comience a decir palabras bonitas, a tratarte bien, a tener detalles y eso después de haber estado en esas condiciones a uno le hace sentir especial.

Casi al siguiente día de salir uno ya tiene gente que le está escribiendo, mandándole mensajes, endulzándote el oído. La vida en el Centro no sé si afecta más nuestra autoestima, pero al salir sentir que alguien aún nos quiere, no le importa que hayamos estado ahí, a uno lo hace sentir bien. Te hace sentir que puedes volver a tener una vida normal y recuperar el tiempo perdido. En menos de un mes, ya tenía novio. Cuando uno piensa que está enamorada, confía en la otra persona, se siente segura y por eso pienso que uno se imagina que nada malo va a pasar. Ya tenía pensado planificar, él nunca me dijo nada, esto es algo que nos toca a nosotras porque a ellos pareciera que les da igual. Al final, ellos pueden tener hijos por todos lados y no asumen su paternidad si no quieren, pero uno no tiene esa opción. Te tocó, te tocó.

No llevábamos mucho de estar juntos cuando quedé embarazada. Sentí un balde de agua fría y que todos mis planes se volvían a caer. No tenía ni idea lo que iba a hacer, me dio miedo. Pero le conté, él al inicio se alegró y comenzó a hacer muchos planes

Cuando le dije a mi mamá también se alegró y de alguna forma eso me dio tranquilidad y me resigné a la idea. Comencé a convencerme a mí misma que sería algo bonito y que iba poder tener una familia. De alguna forma, para mí la maternidad fue volverme a sentir viva, sentirme como una joven con una vida "normal", quitarme la etiqueta de mi pasado y todos me decían que el amor de los hijos es diferente, así que también me ilusionaba sentirme amada y poder amar de una forma diferente.

Me imaginaba con mi hijo y con su padre, como una familia feliz. No pensaba en otras cosas. No terminé de estudiar, comencé a trabajar con mi mamá en su negocio y los primeros meses todo estuvo tranquilo. Cuando nació el bebé y las cargas del cuidado eran cada vez mayores, también comenzamos a tener problemas con mi pareja. Él parecía que seguía con su vida de siempre y la única que había cambiado todos sus planes era yo. Él se fue y yo decidí dedicarme a mi hijo. Decidí que iba a hacer todo lo necesario para que él estuviera bien, actualmente solo estoy trabajando con mi mamá, pero tal vez más adelante pueda terminar bachillerato y conseguir un mejor trabajo. No quiero más hijos en este momento, no sé si una pareja a futuro va a querer que tengamos otro hijo, pero yo no quiero. Siento que mis sueños quedaron en pausa y espero algún día poder retomarlos.







**Desde la mujer que soy,  
a veces me da por contemplar  
aquellas que pude haber sido...**

*("No me arrepiento de nada", Gioconda Belli)*